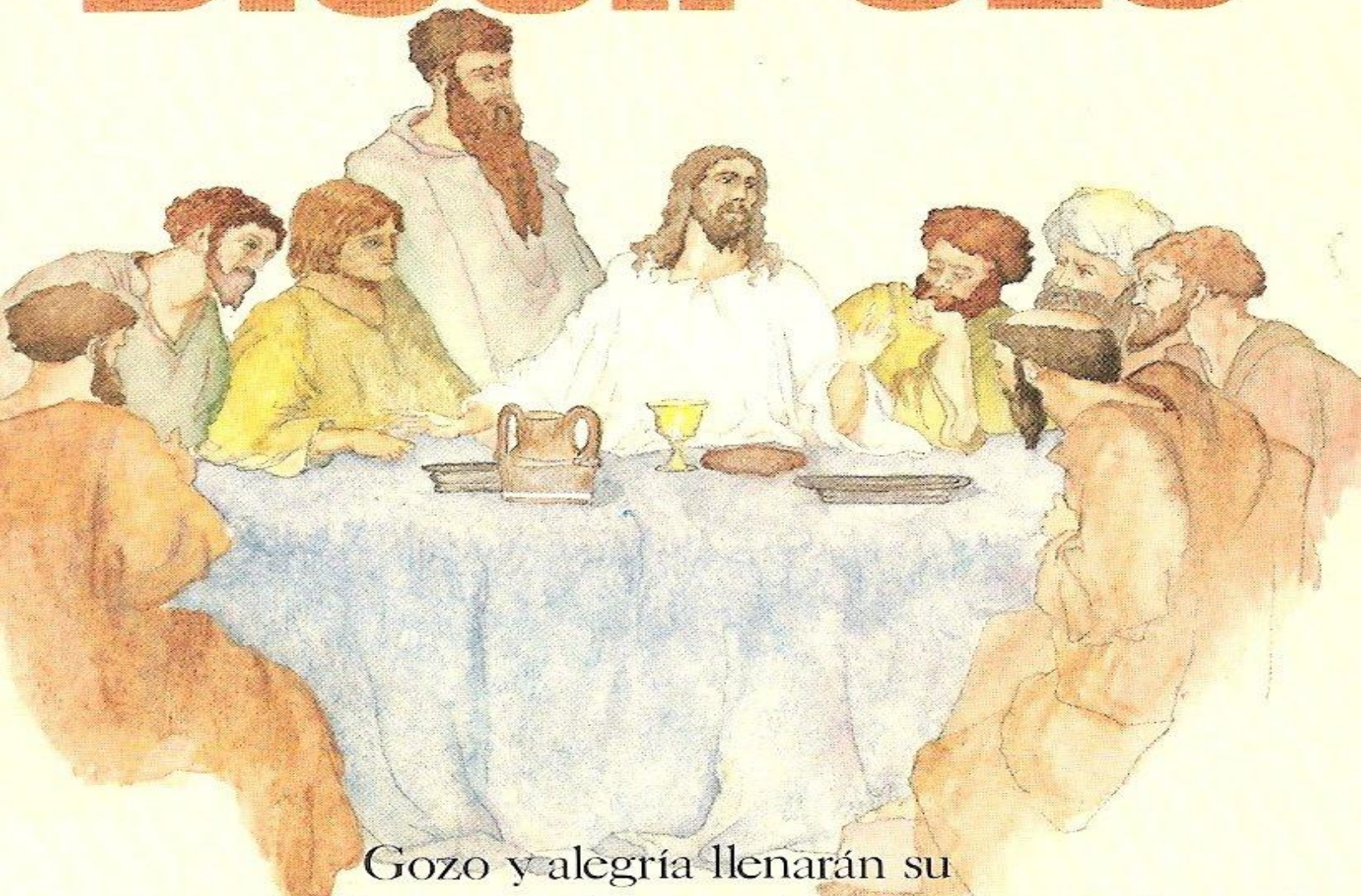
EDITORIAL BETANIA

DISCIPULO



Gozo y alegría llenarán su corazón al comprender a través de la lectura de este libro, cúales son las tareas de "los siervos del Reino".

Juan Carlos Ortíz

DISCÍPULO

Juan Carlos Ortiz, 1975

EL VINO NUEVO

1. EL EVANGELIO SEGÚN LOS SANTOS EVANGÉLICOS 2. EL EVANGELIO DEL REINO
3. SIERVOS DEL REINO
4. LA VIDA EN EL REINO
5. EL OXÍGENO EN EL REINO 6. AMOR AL PRÓJIMO
7. AMOR FRATERNAL 8. PURÉ DE PAPAS
9. EL IDIOMA DEL REINO
10. CON LOS OJOS ABIERTOS

LAS ODRES NUEVAS

11. ¿NIÑOS POR SIEMPRE?
12. EL CRECIMIENTO
13. ¿MIEMBROS O DISCÍPULOS?
14. FORMACIÓN DE DISCÍPULOS
15. LAS SANTAS TRADICIONES PROTESTANTES 16. CAMBIO DE TRADICIONES

17. DESPUÉS DEL DOMINGO POR LA MAÑANA 18. LA CÉLULA
19. LA PROMESA DEL PADRE: UN CORAZÓN NUEVO 20. LA PROMEDA DEL PADRE: UN NUEVO PODER

PRIMERA PARTE

EL VINO NUEVO

¿Qué es un discípulo? Un discípulo es uno que sigue a Jesucristo. Sin embargo, el hecho de ser cristiano no significa necesariamente que seamos discípulos aun cuando nos consideremos miembros de su Reino. Seguir a Cristo es reconocerle como Señor; es servirle como un esclavo sirve a su amo. El seguir a Cristo también tiene que ver con el amor y la alabanza.

Es de esto lo que trata esta primera parte del libro.

1

EL "EVANGELIO SEGÚN LOS SANTOS EVANGÉLICOS"

¿Por qué me llaman: Señor, Señor, ¿y no hacen lo que yo digo? (Lucas 6:46)

En nuestro idioma castellano ha surgido un interesante problema en torno a la palabra "Señor". Al dirigirnos a alguien lo hacemos diciéndole: "señor Pérez, señor Fernández", y también a Jesús lo llamamos Señor.

Esta falta de distinción ha hecho que perdiéramos el verdadero concepto o significado de la palabra "Señor". El hecho de que a Jesús lo llamemos "Señor" no despierta en nosotros ningún reconocimiento en cuanto al verdadero significado de esa palabra.

Sin embargo, esto no sucede únicamente en los pueblos de habla hispana. Lo mismo ocurre con los de habla inglesa, aun cuando empleen dos palabras: *mister* y *Lord*; la primer la usan para las personas y la última para dirigirse a Jesús. Es posible que el concepto de *Lord* haya perdido su significado a causa del comportamiento poco encomiable de los "lores" ingleses.

En la actualidad, la palabra *Señor* no tiene para nosotros el mismo significado que tuvo en los tiempos en que Jesús vivió sobre la faz de la tierra. Entonces esta palabra se usaba para referirse a la autoridad máxima, al primero, al que estaba por encima de los demás, al dueño de toda la creación. Los esclavos se dirigían a sus amos utilizando la palabra griega *kurios* ("señor") escrita en minúscula. Pero si esta palabra estaba escrita en mayúscula, entonces se refería a una sola persona en todo el Imperio Romano. El Cé-sar era *el Señor*. Más aún, toda vez que algún funcionario de estado o tal vez algún sol-dado se cruzaban por la calle tenían que saludarse diciendo: "¡César es el Señor!" Y la respuesta habitual era: "¡Sí, César es el Señor!"

Es así que los cristianos en aquel entonces se veían confrontados con un problema bastante difícil. Toda vez que alguien los saludaba con las consabidas palabras -¡César es el Señor! – invariablemente su respuesta era - : No, ¡Jesucristo es el Señor! -. Esto les creó dificultades, no porque César tuviera celos de ese nombre, sino que era algo que tenía raíces más profundas. César no tenía la menor duda respecto de lo que ello significaba para los primero cristianos; estaban comprometidos con otra autoridad. En sus vidas Jesucristo pesaba más que el mismo César.

Su actitud decía bien a las claras: "César, tú puedes contar con nosotros para ciertas cosas, pero cuando nos veamos forzados a escoger, nos quedaremos con Jesús, por cuanto le hemos entregado nuestras vidas. Él es el primero. Es el Señor, la autoridad máxima para nosotros". No es de extrañarse entonces que el César hiciera perseguir a los cristianos.

El Evangelio que tenemos en la Biblia es el Evangelio del Reino de Dios. Allí encontramos a Jesús como Rey, como el Señor, como la autoridad máxima. Jesús es el eje

sobre el cual gira todo. El Evangelio del Reino se centra es un Evangelio que se centra en Jesucristo.

Sin embargo en estos últimos siglos hemos venido prestando oídos a otro Evangelio, uno centrado en el hombre, un Evangelio humanista.; el Evangelio de las grandes ofertas, de las grandes liquidaciones, de las colosales rebajas. Es un Evangelio en que el pastor dice: "Señores, si ustedes aceptan a Jesús ..." (ya en esto solamente hay un problema por cuanto es Jesús quien nos acepta a nosotros y no nosotros quienes lo aceptamos a él. Hemos puesto al hombre en el lugar que legítimamente le pertenece a Jesús y por lo tanto ahora el hombre ocupa un lugar muy importante).

Y el evangelista agrega: "Pobre Jesús, está llamando a la puerta de tu corazón. *Por favor, ábrele*. ¿Es que no lo ves allí fuera tiritando de frío? Pobre Jesús, ábrele la puerta". No es de extrañarse entonces que los que están escuchando al evangelista pien-sen que si se hacen cristianos le harán un favor a Jesús.

Muchas veces hemos dicho a la gente: "Si usted acepta a Jesús tendrá gozo, paz, salud, prosperidad ... Si le da cien pesos a Jesús Él le devolverá doscientos ..." Siempre apelamos a los intereses del hombre. Jesús es el Salvador, el Sanador, el rey que vendrá por *mí*. El centro de nuestro Evangelio son *mí*, *yo*.

Las reuniones que realizamos se centran alrededor del hombre. Hasta la misma disposición del mobiliario, los bancos, y el púlpito, son para el hombre. Cuando el pastor prepara su bosquejo para el desarrollo de la reunión no piensa en Dios sino en su audiencia. "Para el primer himno todos se pondrán de pie, para el segundo estarán sentados para no cansarse; después habrá un dúo para cambiar un poco el ambiente, luego haremos alguna otra cosa y todo cuanto se hace tiene que tener cabida en una hora para que la gente no se canse demasiado". ¿Dónde está Cristo el Señor en todo esto?

Y con nuestros himnos ocurre lo mismo. "Oh Cristo mío". "Cuenta tus bendiciones". ¡Y qué decir de nuestras oraciones! "Señor, bendice mi hogar, bendice mi esposo, bendice también a mi gatito y el perro, por amor a Jesús. Amén". Esa oración no es por amor a Jesús sino ... ¡por amor a *nosotros*! Con frecuencia empleamos las palabras apropiadas con una actitud equivocada. Nos engañamos a nosotros mismos.

Nuestro Evangelio viene a ser como la lámpara de Aladino de las *Mil y una noches*; pensamos que si lo frotamos recibiremos lo que queremos. No es de extrañarse que Karl Marx llamara a la religión el opio de los pueblos. Tal vez tuviera razón, no era ningún tonto. Sabía que nuestro Evangelio con frecuencia no es nada más ni nada menos que una vía de escape para la gente.

Pero Jesucristo no es un opio. Él es el Señor. Usted debe venir y entregarse a Jesús y cumplir con sus demandas cuando Él habla como Señor.

Si nuestros dirigentes hubieran sido amenazados por la policía y el sumo sacerdote tal como ocurrió con los apóstoles, es posible que hubieran orado así: "Oh, Padre, ten misericordia de nosotros. Ayúdanos, Señor. Ten piedad de Pedro y Juan. No permitas que los soldados les hagan ningún mal. Por favor, danos una vía de escape. No permitas que suframos. Oh, Señor, mira lo que nos están haciendo. ¡Detenlos, no dejes que nos hagan daño!" *Nosotros, nuestro, yo, mí*.

Sin embargo, cuando leemos el capítulo cuatro de los Hechos, vemos que ellos no oraron así. Fíjese cuántas veces los apóstoles dijeron *tú*.

*Y ellos, habiéndolo oído, alzaron unánimes la voz a Dios, y dijeron: Soberano Señor, **tú** eres el Dios que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay; que por boca de David **tu** siervo dijiste: ¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se reunieron los reyes de la tierra, y los príncipes se juntaron en uno contra el Señor, y contra su Cristo. Porque verdaderamente se unieron en esta ciudad contra **tu** santo Hijo Jesús, a quien (**tu**) ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y el pueblo de Israel, para hacer cuanto **tu** mano y **tu** consejo habían antes determinado que sucediera. Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a **tus** siervos que con todo denuedo hablen **tu** palabra, mientras extiendes **tu** mano para que se hagan sanidades y señales y prodigios median-te el nombre de **tu** santo Hijo Jesús. Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios. (versículos 24-31)*

No se trata de un problema de semántica sino que me estoy refiriendo a un gran problema que tenemos en las iglesias respecto de nuestra actitud. No es suficiente que usemos otro vocabulario; debemos dejar que Dios tome nuestros cerebros, que los lave con detergente, que los cepille bien fuerte y que nos los vuelva a colocar en una manera distinta de su posición previa. Todo nuestro sistema de valores debe ser cambiado.

Somos como aquellas personas de la Edad Media que creían que la tierra era el centro del universo. Ellos estaban equivocados y nosotros también. Pensamos que somos el centro del universo y que tanto Dios como Jesucristo y los ángeles giran alrededor nuestro. El cielo es nuestro, todo es para nuestro provecho.

¡Cuán equivocados estamos! Dios es el centro. Es necesario que nuestro centro de gravedad cambie. Él es el Sol y nosotros debemos girar alrededor de él.

Pero es muy difícil cambiar nuestro patrón de pensamiento. Aun nuestra motivación para la evangelización se centra en torno al hombre. Muchas fueron las ocasiones que escuché decir mientras me encontraba estudiando en el Seminario: – Queridos alumnos, ¡fíjense en las almas perdidas! Esa pobre gente irremisiblemente va camino al infierno. Cada minuto que pasa otras cinco mil ochocientas veintidós personas y media se van al infierno. ¿No sienten lástima de ellos? – Y nosotros llorábamos y decíamos–: Pobre gente. ¡Vayamos a salvarla! – ¿Se da cuenta? Nuestra motivación no era el amor a Jesús sino el amor a las almas perdidas.

Todo esto puede parecer hermoso pero es un error, porque toda nuestra motivación debe ser Cristo. No predicamos a las almas perdidas porque están perdidas. Vamos para extender el Reino de Dios porque así lo dice Jesús y *Él es el Señor*.

Nuestro Evangelio en la actualidad es lo que yo llamo el Quinto Evangelio. Tenemos los Evangelios según San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan y el Evangelio según los Santos Evangélicos. Este Evangelio según los Santos Evangélicos se basa en versículos entresacados de aquí y de allá en los otros cuatro Evangelios. Hacemos nuestros todos los versículos que nos gustan, los que nos ofrecen o prometen algo, como Juan 3:16 o Juan 5:24 y otros, y con esos versículos formamos una Teología Sistemática en tanto que nos olvidamos por completo de los otros versículos que nos

en tanto que nos olvidamos por completo de los otros versículos que nos confrontan con las demandas y los mandamientos de Jesucristo.

¿Quién nos autorizó a hacer semejante cosa? ¿Quién dijo que estamos autorizados para presentar solamente una faceta de Jesús? Supóngase que se celebrara un matrimonio y llegado el momento de pronunciar los votos, el hombre dijera: –Pastor, yo acepto a esta mujer como mi cocinera personal, y también como mi lavaplatos personal.

No me cabe la menor duda de que la mujer diría: –¡Un momentito! Sí, voy a cocinar, voy a lavar los platos, voy a limpiar la casa, pero no soy una sirvienta. Voy a ser su esposa. Tú tienes que darme todo tu amor, tu corazón, tu casa, tu talento, todo.

Y lo mismo es verdad respecto a Jesús. Él es nuestro Salvador y nuestro Sanador, pero no podemos cortarlo en pedazos y tomar solamente aquellos que nos gustan más. A veces nos parecemos a los niños cuando se les da una rebanada de pan con mermelada, se comen la mermelada y vuelven a darnos el pan. Entonces volvemos a poner más mermelada y de nuevo se la comen y nos vuelven a dar el pan.

El Señor Jesús es el Pan de Vida y tal vez el cielo es como la mermelada.

¿Qué le parece que sucedería si en algún gran Congreso de Teólogos se llegara a la conclusión de que no hay cielo ni infierno? ¿Cuántas personas seguirían asistiendo a la iglesia después de un anuncio de esa naturaleza? La mayoría no volvería a poner los pies en la iglesia. “Si no hay cielo, ni tampoco infierno, ¿para qué venimos aquí?” Esas personas van a la iglesia nada más que por la mermelada, es decir, por sus propios intereses, para ser sanados, para escapar del infierno, para ir al cielo. Los tales son los que siguen el Quinto Evangelio.

El día de Pentecostés, después que Pedro concluyera su sermón, dijo con toda claridad: “Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a éste Jesús a quien ustedes crucificaron, Dios le ha hecho Señor y Cristo” (Hechos 2:36). Ese fue su tema.

Cuando los oyentes comprendieron que Jesús era en realidad Señor “se compungieron de corazón” (versículo 37) y preguntaron: “Varones hermanos, ¿qué haremos?”

La respuesta fue: “Arrepiéntanse, y bautícese cada uno de ustedes en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibirán el don del Espíritu Santo” (versículo 38).

En Romanos 10:9 encontramos resumido el Evangelio del Reino de Dios: “Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo”. Jesús es mucho más que Salvador, él es el Señor.

Y ahora voy a darles un ejemplo de lo que es el Quinto Evangelio. Lucas 12:32 dice: “No teman, manada pequeña, porque al Padre de ustedes le ha placido darles el reino”. Este es un versículo muy conocido. Muchísimas veces prediqué sobre ese texto.

Pero, ¿qué dice el versículo siguiente? Lucas 12:33 dice: “Vendan lo que poseen, y den limosna”. Jamás escuché ningún sermón o conferencia basado en este texto, por-que no está en el Evangelio según los Santos Evangélicos. El versículo 32 forma parte de nuestro Quinto Evangelio, pero el 33, aunque también es un mandamiento de Jesús, lo ignoramos por completo.

Jesús nos mandó arrepentirnos.

Jesús nos mandó gozarnos y alegrarnos.

Jesús nos mandó amarnos unos a otros como él nos amó.

Jesús nos mandó amar a nuestros enemigos.

Jesús nos mandó vender nuestras posesiones y darlas a los necesitados.

¿Quién tiene el derecho de decidir cuáles mandamientos son obligatorios y cuáles son opcionales? ¿Me comprende? El Quinto Evangelio ha hecho algo extraño: ¡nos ha dado mandamientos opcionales! Si uno quiere los cumple, y si no, es lo mismo.

Pero ese no es el Evangelio del Reino.

2

EL EVANGELIO DEL REINO

Vengan a mí todos los que están trabajados y cargados, y yo los haré descansar; lleven mi yugo sobre ustedes, y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallarán descanso para sus almas. (Mateo 11:28-29)

No cabe duda que a todos nos encanta escuchar el primero de los dos versículos, el 28. Pero las palabras de Jesús "Lleven mi yugo sobre ustedes" no nos resultan tan agradables.

La salvación es más que ser librados de cargas y problemas. Sí, en verdad la persona es librada de su yugo pero recibe otro para reemplazarlo: el de Jesús. Jesús nos libra de nuestras antiguas cargas a fin de usarnos para su Reino. Nos liberta de nuestros propios problemas para que podamos llevar sus problemas. Cuando la persona se convierte, vive ya no para sí, sino que vive para el Rey.

Podría decirse que el Quinto Evangelio está compuesto de todos los versículos que hemos subrayado en nuestras Biblias. Pero si usted quiere leer el Evangelio del Re-ino, entonces lea los versículos que *nunca* subrayó porque esa es la verdad que le falta conocer. Yo ya no subrayo más la Biblia porque al hacerlo la divido en versículos de primera y de segunda categoría. Mi costumbre era subrayar la Biblia con lápices de distintos colores, pero ahora no subrayo nada. Todo es importante.

En el Antiguo Testamento a Jesús siempre se le profetizaba como el Señor venidero y el Rey. Él es mayor que Moisés, David o los ángeles. Hasta el mismo David lo llama "Mi Señor" (Salmo 110:1).

¿De qué manera se presentó Jesús ante Zaqueo? Si en lugar de haber sido Jesús hubiéramos sido algunos de nosotros (pastores del siglo veinte) con toda seguridad que le hubiéramos dicho: – ¿Es usted en Señor Zaqueo? Encantado de conocerlo.

– Oh, este ... mucho gusto, encantado ...

– Señor Zaqueo, quisiera charlar un ratito con usted. Por favor, ¿podría usted consultar su agenda? Sé que es una persona muy ocupada, pero tal vez podría concederme algunos momentos. ¿Cuándo le parece que podría ser?

Esta clase de enfoque le permitiría hacer a Zaqueo la elección. Es muy posible que respondiera: – Bueno, veamos, ¿se trata de algo importante?

– A decir verdad, pienso que es sumamente importante, aunque tal vez usted no esté de acuerdo conmigo.

– Bien, veamos. Hum ... esta semana la tengo toda ocupada. Tal vez algún día de la semana próxima.

Jesús nunca actuó así. Miró arriba, donde se encontraba encaramado Zaqueo, y le dio una orden: – Zaqueo, baja rápido, porque hoy tengo que quedarme en tu casa–. Cuando uno es el Señor no permite que la gente escoja. La salvación no es cuestión de elegir, es un mandamiento.

Zaqueo tenía que decidir qué hacer con la orden. No le quedaba otra alternativa que obedecerle o no. (No es de maravillarse que en una ocasión Jesús dijera: "El que no está conmigo está en contra de mí". Jesús polarizaba a la gente a favor o en contra.) Obedecer significa el reconocimiento de que Jesús es la autoridad, el Señor. Si Zaqueo no obedecía, entonces se convertía en enemigo de Jesús.

Pero Zaqueo estuvo dispuesto a obedecer. Rápidamente bajó del árbol y llevó a Jesús y a sus discípulos a su casa. Tan pronto como cruzó el umbral de la puerta dijo: – Querida, por favor, prepara algo de comer para esta gente.

Es posible que su esposa contestara: – Pero, queridito, ¿cómo no me avisaste que traerías invitados a comer?

– Querida, yo no los invité ... ¡se invitaron solos!

Jesús no necesita ninguna invitación. El es Señor no solamente de todas las personas, sino también de todas las casas.

Luego de haber pasado un rato en la casa, Jesús dijo: "Hoy ha llegado la salvación a esta casa". ¿Cuándo habrá sido salvo Zaqueo? Nadie le había explicado el plan de salvación. Nadie le había indicado las cuatro leyes espirituales. Nadie le había guiado en una oración para recibir a Cristo en su corazón. ¿En qué momento habría sido salvo Zaqueo? Fu salvo cuando *obedeció* al Señor Jesucristo. En el mismo momento en que bajó del árbol se puso bajo el señorío de Jesucristo.

Exactamente igual ocurrió con Mateo. Se encontraba cobrando impuestos. Jesús no se quedó de pie a su lado aguardando hasta que tuviera un momento libre cuando pudiera decirle: – Hola, me llamo Jesús. Encantado de conocerlo. Yo sé que usted es una persona sumamente ocupada. Oh, aquí viene alguien .. atiéndalo ... yo puedo esperar ... – No, una actitud así le hubiera dado una opción a Mateo para decidir si prestaría atención a Jesús o no. Jesús simplemente dijo: – Sígueme. No fue una invitación. Fue una orden. Mateo podía obedecerla o desobedecerla. Este es el Evangelio del Reino. "Arrepentíos y creed", no hay alternativa posible: u obedece o desobedece.

Exactamente igual ocurrió con el joven rico que preguntó: "Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?" (Lucas 18:18). Este joven había hecho casi todo.

Jesús le respondió: "Aún te falta una cosa: vende todo lo que tienes ... y ven, sígueme" (versículo 22).

EL joven regresó muy triste a su hogar.

¿Qué hubiéramos hecho nosotros? Sin duda hubiéramos corrido hasta darle alcance y le hubiéramos dicho: – Joven, no lo tome tan a pecho, venga igual. Haremos un arreglo especial ...

De actuar así hubiera sido como decirle que podía seguirlo en sus propios términos.

Sin embargo, aun cuando Jesús lo amaba, lo dejó ir. Si Jesús se hubiera reducido a sus requerimientos, el joven nunca se hubiera salvado realmente de sí mismo.

En otra ocasión Jesús le mandó a otro hombre que lo siguiera, y este dijo: "Señor, déjame que primero vaya y entierre a mi padre" (Lucas 9:59).

Nosotros le hubiéramos dicho: "Por supuesto, lógicamente, discúlpeme por hacerle el llamado precisamente ahora. Pobre amigo, ¡cuánto lo siento! Tómese dos o tres días para el entierro".

¡No! Jesús le dijo que dejara que otros se ocuparan del entierro. Él es mucho más importante que un padre muerto o cualquier otra cosa. El hombre había convenido en seguir a Jesús pero "déjame que primero vaya ..." ¿Es que hay alguien que sea primero que Jesús? Este es otro ejemplo de alguien que quería seguir a Jesús según su propia conveniencia. Pero con sus palabras Jesús le hizo ver que tenía que ser de acuerdo a sus términos.

Resulta obvio que Jesús podía haberle permitido que fuera a dar sepultura a su padre. Pero aquí estaba en juego otro principio.

Cierto hombre le dijo: "Te seguiré, Señor, pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa" (Lucas 9:61).

El Señor podría haberle contestado: – Por supuesto. Ve y cena con tus familiares y dales las gracias de mi parte por dejar que vengas conmigo–. Pero Jesús nunca dio lugar para que se pudiera hacer una elección.

No somos salvos porque estemos de acuerdo con ciertas doctrinas o fórmulas. Somos salvos porque obedecemos lo que Dios dice. Todo lo que Jesús dice es: "¡Sígueme!" El no nos dice a dónde o si nos pagará o no. Simplemente nos da la orden.

La salvación es una orden. Dios quiere que todos sean salvos, por cuanto todos hemos pecado. En virtud de eso es que nos manda que nos arrepintamos. Si no lo hacemos estamos desobedeciéndole. Es por eso que los que no se arrepienten reciben su castigo. Si se tratara solamente de una invitación no habría castigo.

Supóngase que usted me dijera: – Juan Carlos, ¿le gustaría un pedazo de pastel?

– Oh, no, muchas gracias – yo le contestaría.

Y usted, ante mi rechazo a su ofrecimiento me golpeara.

– ¿Por qué me está golpeando?

– Porque no quiere aceptar mi pastel.

– Pero usted me preguntó si yo quería un trozo de pastel. ¿Se puede saber por qué me golpea?

El arrepentimiento no es una invitación, es un mandamiento. De otro modo Jesús no castigaría a los que lo rechazan.

Si Jesús hubiera permitido que el joven rico lo siguiera sin vender antes sus posesiones, hubiera sido un discípulo mimado. Toda vez que Jesús le ordenara algo se preguntaría: "*Bueno, ¿lo hago o no?*".

Esa es la clase de personas que tenemos en nuestras iglesias porque les hemos estado predicando el Quinto Evangelio.

La salvación es sumisión. La salvación es someterse a Cristo. Es posible que usted no alcance a comprender qué es la expiación o la propiciación, pero puede comprender lo que significa someterse al Señor. Al convertirse en ciudadano de Su reino está cubier-to bajo Su protección.

¿Qué es lo que quiere significar el Padrenuestro con las palabras: "Venga tu reino. Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo"? Quiere decir que yo debo abdicar al trono de mi vida en el cual he estado sentado y dejar que sea Él quien se siente allí. Antes de conocer a Jesús yo comandaba mi vida, desde que lo encontré a él, manda Él.

"Sea hecha Tu voluntad aquí en la tierra" se trata de algo para aquí y para ahora, no algo para mañana o para los siglos venideros. Nosotros los pastores de hoy día no solamente hemos diluido el Evangelio del Reino, sino que lo hemos presentado en có-

modas cuotas mensuales. Es como si uno comprara un automóvil. Con un anticipo le entregan el auto, pero después tiene que seguir pagando las cuotas.

Es posible que hayamos querido vender el evangelio como si se tratara de automóviles. Decimos a la gente: – ¿Quiere ser salvo? Levante su mano. Eso es todo.

¿Cómo que eso es todo? Eso no es nada más que el anticipo. Después de transcurrido un tiempo, alguien dirá: – Pronto vamos a celebrar un bautismo. Procuraremos de que sea un día hermoso y templado. Calentaremos el agua del bautisterio, y un grupo de personas se van a bautizar. Esa es la segunda cuota.

Y si la persona dice: – Oh, no, la verdad es que no tengo interés en bautizarme.

– Bueno, no se preocupe. Puede esperar hasta que esté dispuesto a hacerlo, – le contestamos.

Ese no era el mensaje que proclamaba la iglesia primitiva. Mas bien quiere decir, mandaban: "¡Arrepentíos! ¡Bautizaos!" Puesto que era una orden no había opción.

Y luego de transcurrido cierto tiempo viene un nuevo pago. – Sabe, hermano, tenemos que sufragar los gastos de lo que estamos haciendo aquí en la iglesia, y por eso diezmamos nuestro dinero. Pero no crea que es algo tan malo como parece, porque cuando usted diezma, el noventa por ciento que le queda le rinde mucho más que lo que le rendía anteriormente el cien por ciento de sus ingresos. Dios multiplicará su dinero.

Es nada más y nada menos que un Evangelio centrado en el hombre. Lo que sucede es que inoculamos a la gente contra el verdadero Evangelio del Reino con esas pequeñas dosis de vez en cuando. Y después nos preguntamos por qué predicamos y seguimos predicando y predicando y es como si nuestra predicación no hallara eco en las personas.

Jesús dijo: "Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas" (Mateo 6:33). ¿Qué cosas? El contexto no deja lugar a dudas: comida, ropa, un techo donde cobijarse, las cosas elementales de la vida. Es muy frecuente escuchar que la gente le pide a Dios: "Por favor, dame un trabajo mejor". "Señor, te ruego que me des esto o aquello". Si tienen que pedir esas cosas no deben tenerlas. Y la razón porque nos las tienen es porque no están buscando primero el Reino de Dios.

Dios prometió todas esas cosas a las personas que buscan Su Reino. Todo lo que yo necesito hacer es buscar Su Reino y al mirar a mi alrededor, sin duda voy a exclamar: – ¿De dónde me vinieron todas esas cosas? Me deben haber sido añadidas mientras buscaba Su Reino.

Suponiendo que un ser extra terrestre viniera para ver cómo vivimos los cristianos pensaría que Jesús dijo más o menos algo así: "Busquen primero lo que van a comer, lo que se van a poner, la casa que van a comprar, qué clase de automóvil les gustaría tener, cuál empleo les produciría mayores ingresos, con quién se casarán, y luego, si es que les sobra tiempo, si no les resulta molesto, por favor hagan algo para el Reino de Dios".

En una oportunidad le pregunté a un hombre: – ¿Para qué trabaja?

– Bueno, trabajo porque tengo que comer. Si no trabajo no como.

– Bueno, ¿y para qué come? – quise saber.

– Para tener fuerzas para poder trabajar.

– ¿Y por qué vuelve a trabajar?

– Bueno, lo hago para comer otra vez, para trabajar para poder comer ...

Eso no puede llamarse vivir. No es nada más que existir. Es algo carente de sentido. Y un día lo comprendí. Mi propósito es extender el Reino. Jesús dijo: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra" (Mateo 28:18). Jesús debe conquistar todo el universo para Dios. El Padre le había dicho: "Hijo, tú tendrás que ocuparte de mis enemigos. Reinarás hasta que todos tus enemigos estén debajo de tus pies. Después de eso volveremos a conversar".

Jesús vino a esta tierra y dijo a sus discípulos: – Yo soy el Comandante en Jefe de los ejércitos de Dios. Debo conquistar el universo para mi Padre y a ustedes los pongo a cargo de este planeta. Tienen que ir por todo el mundo y hacer discípulos, bautizándolos a todos y enseñándoles a que obedezcan mis mandamientos. Mientras tanto yo voy a ir a preparar lugar para ustedes en la casa de mi Padre. Adiós. ¡Hagan un buen trabajo!

Es así que, centímetro a centímetro, debemos ir recuperando aquello que pertenece a Dios. Para poder hacerlo necesito comer y para comer tengo que trabajar. Pero el propósito de todo eso es extender el Reino de mi Señor. Esto significa que mi sentido de los valores necesita sufrir un cambio. No concurro a la Universidad para recibir un Título; voy allí como un miembro del Reino de Cristo, para ocuparme de los asuntos del Reino. Y mientras lo hago también obtendré un Título.

No trabajo en Ford Motors para ganar mi sustento. Trabajo allí porque Dios necesita ese lugar en esta tierra; hace falta uno de sus soldados para conquistarla para Él. Y sucede que la compañía Ford paga mi conquista. Pero mi verdadero Señor es Jesucristo.

De no ser así debo dejar de usar Su nombre, porque Jesús nos pregunta: – ¿Por qué me llamáis Señor, Señor, y no hacéis lo que yo os digo?

3

Siervos del Reino

¿Quién de vosotros, teniendo un siervo que ara o apacienta ganado, al volver él del campo, luego le dice: Pasa, siéntate a la mesa? ¿No le dice más bien: Prepárame la cena, cíñete, y sírveme hasta que haya comido y bebido; y después de esto, come y bebe tú? Acaso da gracias al siervo porque hizo lo que se le había mandado? Pienso que no. (Lucas 17:7-9)

Ya hemos visto qué es un Señor. Consideremos ahora qué es un siervo.

Jesús hablaba con personas que sabían sin lugar a dudas el significado de la palabra "esclavo". Hoy día no hay esclavos; la comparación más aproximada a un esclavo podría ser una sirvienta o mucama que trabaja por un sueldo, que ha sido reglamentada por un convenio laboral y que además, en muchos casos pertenece a un sindicato obrero.

Pero en el primer siglo de nuestra era, el siervo era verdaderamente un esclavo, una persona que había perdido todo en este mundo: su libertad, su inmunidad, su volun-tad y hasta su misma identidad. Era alguien que había sido llevado al mercado de escla-vos y ofrecido al mejor postor como si realmente en lugar de un ser humano fuera un animal. Sobre su cuello colgaba una tablilla con el precio fijado y su posible comprador regateaba antes de comprarlo. Por lo general el que lo compraba lo llevaba a su casa y le horadaba el lóbulo de su oreja para ponerle un arco con el nombre de su amo. Había per-dido su nombre, ya no era más ni Juan ni Pedro ni Carlos sino el esclavo del señor Gó-mez o del señor Fernández.

No recibía ninguna paga por su trabajo; había perdido todas sus libertades. Si su amo le decía: "Tienes que levantarte a las seis", a esa hora se levantaba. Si le decía que tenía que hacerlo a las cuatro, a esa hora ya estaba en pie. Si su amo quería que hiciera algo a la media noche, tenía que hacerlo. Era un esclavo. No tenía libertad. No tenía po-der de decisión. Era un don nadie.

Por lo tanto cuando Jesús narró esta historia relativa al amo invitando a su esclavo a que primero comiera él, los que le escuchaban se echaron a reír. Nadie haría semejante cosa. El esclavo siempre tenía que servir primero a su amo. Suya era la tarea de lavar, cambiar las ropas, preparar la comida, servirla y una vez que su amo había comido y se había retirado a dormir, el esclavo podía quedarse para comer las sobras.

Cuando Jesús preguntó: "¿Acaso da gracias al siervo porque hizo lo que se le había mandado?" La gente contestó con una negativa. Entonces Jesús terminó diciendo: "Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer lo hicimos" (Lucas 17:10).

Aunque no nos guste, nosotros somos esclavos de Jesucristo. Fuimos comprado por él. Pablo lo había comprendido perfectamente pues escribió: "Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí. Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Se-

ñor somos. Porque Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven" (Romanos 14:7).

Con mucha frecuencia se nos ha dicho que Jesús murió por nuestros pecados. Esa es tan solo una parte de la historia. La razón por la cual él murió y resucitó, dice Pablo, fue para hacer el Señor de todos nosotros, los esclavos. En 2ª Corintios 5:15 lo explica de una manera que no deja lugar a dudas: "Y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos".

Hemos sido comprados por precio. Es en virtud de eso que con tanta frecuencia leemos en el Nuevo Testamento palabras como esta: "Pablo, siervo de Jesucristo", "Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo", "Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo ...". Aun la misma María se consideró a sí misma "sierva del Señor" (Lucas 1:38).

Antes de que nuestro amo nos hallara estábamos perdidos. Íbamos rumbo a la perdición eterna.

Pero atención que aquí viene otra verdad: todavía seguimos perdidos. Estábamos perdidos en el pecado, en las manos de Satanás. Ahora estamos perdidos pero en las manos de Jesucristo.

Muchas personas tienen la idea de que la salvación es estar libre. "¡Oh, gloria a Dios, ahora soy libre, libre, libre!" Bueno, yo no diría que tan libre. "Y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia." (Romanos 6:18).

Como usted sabe en este mundo hay solamente dos amos y cada uno tiene su propio reino. Nosotros nacimos en el reino de las tinieblas. Éramos ciudadanos naturales del reino donde prevalece el egoísmo, donde todos hacen su propia voluntad porque así es como Satanás regentea su reino; "Todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos ..." (Efesios 2:3).

Vivíamos como mejor nos parecía. Hacíamos lo que nos placía. ¿Cuál era la diferencia? El reino de las tinieblas es como un barco averiado que se está yendo a pique con suma rapidez. Cuando el capitán se entera de que su barco está perdido y se dirige a los pasajeros y les dice: – ¡Atención, los pasajeros de segunda clase pueden pasar a primera. Están en libertad para hacer lo que quieran! Si alguno quiere tomar un trago que vaya al bar y se sirva. No le costará nada. Y si hay alguien que tiene ganas de jugar fútbol en el salón comedor, tiene libertad para hacerlo. Si se rompe algo, no se aflijan.

Y los pasajeros piensan: – ¡Qué maravilla de capitán que tiene este barco! ¡Nos da plena libertad para hacer lo que nos venga en gana!

Pero ignoran que en breves momentos todos ellos estarán muertos.

El que vive en el reino de las tinieblas no tiene ningún escrúpulo en cuanto a ingerir drogas, a llevar una vida lujuriosa y a cometer cualquier cosa impropia. Piensa que es el rey de su vida, pero está perdido. Lo guía el espíritu egoísta que predomina en su reino. Pero eso no seguirá por mucho tiempo.

¿Y qué es la salvación? La salvación es que Dios nos ha librado "de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo" (Colosenses 1:13). No es una total liberación de los reinos sino que es pasar del dominio de Satanás y entrar a estar bajo el dominio de Jesucristo.

En este nuevo reino la persona no puede hacer lo que le place. Forma parte del *Reino de Dios*. El es el Rey. El reina y nosotros vivimos de acuerdo con su voluntad y sus

deseos. Hay algunos que piensan que lo que nos distingue a los que estamos en el Reino de Dios es que no fumamos, ni bebemos, ni vamos al bar. Sin embargo es algo mucho más que eso. En el Reino de Dios hacemos lo que Él dice. Él es el Señor del Reino.

Los que han pasado de muerte a vida, de un reino a otro, dan testimonio de que antes de tener un encuentro con Jesús ellos eran los que dirigían sus vidas, pero una vez que tuvieron un encuentro con el Señor, él es quien dirige sus vidas.

Algunas personas quisieran que no fuera necesario hacer una definición tan precisa. Viven y piensan como si en lugar de dos caminos hubiera tres: el camino ancho para los pecadores que van rumbo al infierno; el angosto para los pastores y misioneros, y un término medio, ni tan angosto ni tan ancho, para el resto de los creyentes. Por supuesto que esto no figura en ningún libro de doctrina pero sí en el libro del diario vivir donde la gente se mueve y actúa.

El camino medio es invención del hombre. O se vive en el reino de las tinieblas donde cada uno hace su voluntad o se vive en el Reino de Dios y se cumple con la voluntad de Él. No hay término medio.

Es más, pasar de un reino al otro no es tan fácil. No hay ni pasaportes ni visas. Somos *esclavos* de nuestro propio pecado. No podemos huir. Ningún esclavo puede hacerlo.

La única manera en que puede librarse de la esclavitud es por medio de la muerte. ¿Por qué en los tiempos que en los países de nuestro Hemisferio Norte la esclavitud todavía no había sido abolida, la gente de color del sur de Norteamérica, solían siempre referirse al cielo en sus cánticos espirituales? Porque era la única esperanza que tenían para ser libres. Y nosotros podemos ser libres de la esclavitud del pecado solamente cuando morimos.

Pero existe un problema. En el Reino de Dios no se aceptan ciudadanos naturalizados. Para pertenecer a ese Reino hay que nacer allí. Supongamos que las leyes de nuestro país o de cualquier otro país lo establecieran así. Imaginemos a modo de ejemplo que yo me presentara en la oficina de inmigración de los Estados Unidos y le dijera al empleado que me atiende que quiero ser americano.

– ¿Dónde nació usted? – me preguntaría.

– En Buenos Aires, en la República de Argentina.

– Entonces no puede ser americano, porque para serlo tiene que haber nacido en territorio americano.

– Sí, pero de todos modos yo quiero ser americano.

– ¿Dónde nació?

– En Buenos Aires.

– Bueno, ya le he dicho que la única manera de ser americano es naciendo en los Estados Unidos de Norteamérica.

– Sí, ¿pero qué puedo hacer? Le digo de todo corazón que quiero ser americano.

– Mira, la verdad que lo único que puede hacer es morir y nacer de nuevo, y cuando lo haga, cerciórese de nacer en nuestro país. Únicamente así podrá ser ciudadano americano. Aquí no damos entrada a los turistas ni tampoco aceptamos visas. Si quiere ser americano tiene que nacer aquí.

¿Cómo puede un hombre cambiar su ciudadanía? ¿Cómo puede pasar del reino de las tinieblas al Reino de Dios?

Jesús nos ha dado la solución. Su muerte en la cruz y su resurrección en realidad significan que cualquier esclavo que mira con fe hacia la cruz puede contar como suya esa muerte. El esclavo muere y Satanás ya no puede contarlo como súbdito suyo.

Después de la muerte viene la resurrección. Es por medio de esta resurrección que pasamos al nuevo Reino. Estos es algo tan importante como la misma cruz. Morimos al dominio de un rey y volvemos a nacer en el Reino de otro.

Esto es el bautismo. Durante muchos años bauticé a las personas que querían ser bautizadas, pero era solamente un rito. La ceremonia era muy linda, llevaban puestas lindas túnicas, un fotógrafo les tomaba una foto en el momento de ser bautizados y el coro proporcionaba la música de fondo. Era todo un espectáculo.

Pero eso era así antes de que Dios comenzara a renovarnos. Ahora nos damos cuenta que el bautismo tiene un significado mucho más importante que el cumplir con un rito establecido. El bautismo debe tener lugar enseguida, tan pronto como la persona comienza a vivir en el nuevo reino. A mí no me resulta tan importante el hecho de que sea por inmersión o aspersión o cualquier otra manera. Respecto a la forma de bautizarnos la Biblia no es tan clara como lo es, digamos por ejemplo, en que nos amemos unos a otros (¡y eso sí que no lo hacemos!). Empero por medio de la inmersión podemos comprender de una manera inequívoca la muerte y resurrección de Cristo. Sepultamos a la persona en el agua, pero no la dejamos enterrada allí, sino que la volvemos a levantar.

Esto no es idea de los apóstoles ni de nosotros. El bautismo se hace “en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”. En realidad la persona es bautizada por Dios por medio de un hombre que lo representa.

En nuestra congregación algunas veces usamos esta fórmula: “Yo te mato en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y te hago nacer en el Reino de Dios para que sirvas y agrades a Jesucristo”. Es algo fuera de lo común, pero produce mejores resultados.

Hay personas que piensan que la salvación se recibe solamente a través del bautismo; otros señalan en cambio que es solamente por fe. Pero los apóstoles dijeron: “¡Arrepentíos y bautizáos!” Ambas cosas: creer y ser bautizados. El no dijo: “El que creyere y fuere salvo, después de unos meses será bautizado”. Para los apóstoles el bautismo tenía su significado en cuanto a la salvación.

¿Cuál es el significado? Podría comparársele con un billete de papel moneda. El billete tiene dos valores: el intrínseco, es decir, el valor del papel y la tinta para hacer la impresión que no es mucho. Es posible que con una moneda se pueda comprar un papel de mayor tamaño que el de un billete y más tinta que la necesaria para imprimirlo. El otro valor, mucho más grande, es que el papel moneda está respaldado por el Banco Central o las Reservas Federales del país que lo acuñó. Con ese billete de un valor intrínseco tan escaso, se puede ir al supermercado y comprar bastantes cosas (o por lo menos algunas).

Lo mismo sucede con el bautismo. El agua y la ceremonia no son mucho, pero está respaldado por lo que Jesucristo llevó a cabo en la cruz y en la tumba y por lo tanto el bautismo tiene un valor inmenso. A la persona que se bautiza esta ceremonia le está dando a entender que ha pasado de muerte a vida. Es por eso que el bautismo tiene que llevarse a cabo en el mismo momento en que tiene lugar la salvación.

Esto no es algo que haya inventado yo. La Iglesia Primitiva nunca bautizaba a nadie después de pasado el primer día de su conversión. Es más, ni siquiera esperaban a la reunión vespertina. Si una persona era salva en la mañana, en la mañana se bautizaba. O si era salva a la medianoche, tal como el carcelero de Filipos, del que leemos en Hechos capítulo 16, pues se le bautizaba a la medianoche.

Es por ello que en Argentina, y principalmente en nuestra congregación, no aseguramos a la persona que es salva hasta que se bautiza, no por el bautismo en sí, sino por el hecho de obedecer a un mandamiento. Si una persona dice "yo creo" pero no quiere cumplir con la ceremonia del bautismo, su entrega al nuevo Reino es discutible porque la obediencia es la esencia de la salvación.

Si no nos encontramos cerca de un río, estanque o piscina para bautizar a la gente, no nos hacemos mayor problema. La bautizamos en la bañera de su casa.

El bautismo encierra una gran lección objetiva. Si se hace en el momento apropiado, la persona comprenderá mejor lo que hace. Se dará cuenta que está pasando de muerte a vida; del reino de las tinieblas al Reino de Dios.

4

LA VIDA EN EL REINO

Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará (Matero 16:24,25).

Debemos escapar de las tinieblas y del reino del egoísmo donde todos y cada uno vive para sí y hace su propia voluntad. Es necesario que entremos en el Reino de Dios, donde todos viven para Él y hacen su voluntad. El Reino de Dios debe crecer y crecer y crecer hasta que "Los reinos del mundo (hayan) venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo" (Apocalipsis 11:15).

Para poder pertenecer a su Reino es necesario que muramos a nosotros mismos. Sin embargo, muchos que han sido salvos aún no comprenden que son esclavos. Quieren seguir haciendo su propia voluntad y eso no es posible.

Es por eso que Jesús dijo que es necesario perder la vida a fin de salvara. Son muchos los que acuden a la Iglesia procurando salvar sus vidas. Pero esta actitud de parte de los tales nos prueba que ignoran la voluntad de Jesús y en este Reino Él es el Señor. En el capítulo 13 de Mateo leemos que Jesús señaló que el Reino de Dios era como un comerciante que buscaba perlas finas y cuando encontró la perla de gran precio vendió todo cuánto poseía para comprarla.

Es sabido que muchos cristianos piensan que en esta parábola, la perla de gran precio somos nosotros y que Cristo tiene que dar todo para redimirnos. Pero ahora nos damos cuenta que Él es la perla de gran precio. Nosotros somos aquel comerciante que anda buscando felicidad, seguridad, fama, eternidad.

Y una vez que encontramos a Jesús, debemos darle todo cuanto poseemos. Él posee felicidad, gozo, paz sanidad, seguridad, eternidad, todo. Y por eso nosotros preguntamos: --¿Cuánto cuesta esta perla? Quiero tenerla.

-- Bueno, -- dirá el vendedor --, es muy cara.

-- Bien, pero, ¿cuánto cuesta? – insistimos.

-- Es muy, muy cara.

-- ¿Piensa que podré comprarla?

-- Por supuesto. Cualquiera puede adquirirla.

-- Pero, ¿es que no me acaba de decir que es muy cara?

-- Sí.

-- Entonces, ¿cuánto cuesta?

-- Todo cuánto usted tiene –responde el vendedor.

Pensamos unos momentos. –Muy bien, estoy decidido ¡voy a comprarla! – exclamamos.

-- Perfecto ¿Cuánto tiene usted?. –nos pregunta--. Hagamos cuentas.

--Muy bien. Tengo cinco millones de pesos en el Banco.

-- Bien, cinco millones. ¿Qué más?

-- Eso es todo cuánto pose.

--¿No tiene ninguna otra cosa?

--Bueno... tengo unos pesos en el bolsillo.

--¿A cuánto ascienden?

Nos ponemos a hurgar en nuestros bolsillo. –Veamos, esto ... cien, doscientos, trescientos ... aquí está todo ¡ochocientos mil pesos!

-- Estupendo. ¿Qué más tiene?

-- Ya le dije. Nada más. Eso es todo.

--¿Dónde vives?—nos pregunta.

-- Pues, en mi casa. Tengo una casa.

--Entonces la casa también, --nos dice mientras toma nota

-- ¿Quiere decir que tendré que vivir en mi carpa?

--Ajá, ¿con que también tiene una carpa? La carpa también. ¿Qué más?

--Pero, si se la doy entonces tendré que dormir en mi automóvil.

--¿Así que también tiene un auto? -

-Bueno, a decir verdad tengo dos.

--Perfecto. Ambos coches pasan a ser de mi propiedad.

¿Qué otra cosa?

--Mire, ya tiene mi dinero, mi casa, mi carpa, mis dos autos ¿Qué otra cosa quiere?

--¿Es solo?¿No tiene a nadie? -

-Sí, tengo esposa y dos hijos..

--Excelente. Su esposa y niños también. ¿Qué más?

--¡No me queda ninguna otra cosa! Ahora estoy solo.

De pronto el vendedor exclama: --Pero, ¿casi se me pasa por alto! Usted ¡Usted también! Todo pasa a ser de mi propiedad: esposa, hijos, casa, dinero, automóviles y también usted.

Yen seguida añade: --Preste atención, por el momento le voy a permitir que use todas esas cosas pero no se olvide que son mías y que usted también me pertenece y que toda vez que necesite cualquiera de las cosas que acabamos de hablar debe dármelas porque yo soy el dueño. Así ocurre cuando se es propiedad de Jesucristo.

Cuando por vez primera comenzamos a predicar este mensaje del discipulado en buenos Aires, nuestras congregaciones estaban muy dispuestas a obedecer. Muchos de nuestros miembros traían sus casas y departamentos para darlos a la Iglesia. (En los últimos años la inflación en Argentina ha sido tan grande que la gente no deposita su dinero en el Banco, porque de hacerlo pronto se vería totalmente descapitalizada, y por lo tanto en lugar de guardar dinero compra cualquier cosa que tenga valor y que no se desvalorice con la inflación. Es así que nuestras propiedades vienen a ser como nuestros salvavidas).

Nosotros no sabíamos qué hacer con todas esas propiedades. Los pastores nos reuníamos. Uno dijo: --Tal vez podamos vender todo eso y usar el dinero para edificar una gran iglesia en la ciudad.

Pero otros dijeron: --No, no. Eso no es la voluntad del Señor--. Después de haber pasado seis meses en oración el Señor nos mostró qué teníamos que hacer. Reunimos a

los que habían dado sus casas y departamentos y les dijimos: --Vamos a devolverles a todos ustedes sus bienes raíces. El Señor nos ha mostrado que no quiere casas vacías. Quiere casas con gente viviendo en ellas para cuidarlas. Quiere las alfombras y la calefacción y el aire acondicionado y la luz y la comida y todo listo para El. También quiere su automóvil con usted como chofer. Pero tengan presente que aún así todo le pertenece a El.

Es así que ahora todas las casas están abiertas. Cuando recibimos visitas en nuestra congregación nos preguntamos quiénes pueden llevar a su casa a esos hermanos, sino que le decimos a alguno: --Hermano, tienes que llevar a estas personas a tu casa-- . No pedimos, podemos dar órdenes por qué la casa ya ha sido dada al Señor. Y la gente le agradece al Señor porque le permite vivir en su casa.

Es un enfoque totalmente distinto. Pero una vez que la persona piensa de sí como un esclavo en el Reino de Dios, entonces tiene sentido.

El Reino de Dios también puede compararse con un matrimonio. Cuando la mujer se casa pasa a pertenecer a su esposo. Y todo lo de él es de ella. Si él tiene un automóvil o dos, son de ella.

Pero en el proceso la mujer pierde hasta su apellido.

En el pasado nos hemos equivocado al no explicar a la gente toda la historia. Les hemos dicho que todo lo que Jesús tiene pasa a ser de ellos, pero nos hemos olvidado de dejar bien claro que todo cuánto ellos tienen pasa a ser de El. Si no hacemos así entonces no habrá señorío.

Jesús dijo: "¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca" (Apocalipsis 3:15,16)

¿Sabe usted lo que significa esto? Dispénseme por valerme de esta ilustración, pero es algo que dijo el mismo Jesús. ¿Cuáles son las cosas que vomitamos? Las que no digerimos. Aquello que se digiere no se vomita.

Las personas que son vomitadas son aquellas que se niegan a ser digeridas por el Señor Jesucristo.

En la digestión todo se desintegra. Su vida termina. Usted se transforma en Cristo Jesús. De manera inequívoca está asociado a Él.

Casi todos sabemos que Argentina es famosa por esos sabrosísimos bistecs (o bifes como por lo general se llaman aquí). Supongamos que el delicioso bistec llega a mi estómago y los jugos gástricos se alistan para digerirlo a la par que le dicen: --Buenas noches, ¿cómo le va?

Entonces el filete le contesta: --Muy bien. ¿Qué es lo que desean?

--Bueno, estamos aquí para digerirlo, para transformarlo en Juan Carlos.

Supongamos también que ante estas palabras el bistec conteste: --No, un momentito. Ya es bastante con que me haya comido, pero desintegrarme por completo no y no.

Aunque ahora me encuentro en su estómago quiero seguir siendo bistec. No quiero perder mi identidad. Quiero seguir siendo un bistec.

--No señor. Usted tiene que disolverse y pasar a ser Juan Carlos.

--¡Jamás De los jamases! ¡He sido y seguiré siendo un bistec!

Y así es cómo empieza la pelea. Supóngase que gane el bistec y los jugos gástricos no puedan hacer otra cosa que permitir que este permanezca en mi estómago

sin ser digerido. Si eso ocurre, no pasará mucho rato sin que lo arroje. Pero en cambio, si son los jugos gástricos los que ganan, el filete perderá su identidad y pasará a ser Juan Carlos Ortiz. (Antes de que yo comiera el filete éste era parte de una vaca anónima que pastaba vaya a saber en qué lugar. Nadie reparaba en ella, pero ahora, por cuanto ha sido digerida, ¡hasta pude escribir un libro!)

Lo mismo sucede con el Señor. Estamos "en Cristo" . El que estemos allí o no depende de nosotros. A fin de poder permanecer en Jesús debemos perder todo para llegar a ser Jesús. Perdemos, igual que el esclavo del que leemos en el capítulo 17 de Lucas, nuestra vida y todo cuanto tenemos. Todo nuestro tiempo pasa a ser de su propiedad, ya sean las ocho horas que trabajamos, las ocho que dormimos y también las otras ocho horas restantes.

Se da el caso de creyentes que piensan "Bueno, por suerte terminé mi trabajo del día. Ahora me voy derechito a casa y me daré un buen baño. Después voy a mirar un rato la televisión y entonces ¡a la cama! Sí, ya sé que esta noche hay reunión en la iglesia, pero, después de todo el pastor tiene que comprender que tengo derecho a un poco de descanso..."

¿Qué tiene derecho a qué, señor esclavo? ¡No tiene derecho a nada! Ha sido comprado por Jesucristo y El es dueño de todas sus horas.

Luego que el esclavo de la parábola que refirió Jesús concluyó su tarea en el campo no pensó: "Bien, veamos qué es lo que puedo comer yo ahora". Mas bien pensó: "¿Qué puedo hacerle de comer a mi amo? ¿Arroz con frijoles? No, ayer comió eso. ¿Un lindo y jugoso bistec con papas fritas? Hum. . ., se me ocurre que le va a gustar más si se lo preparo con papas al horno. . . "

--Bueno, me parece que esta noche no voy a ir a la iglesia,¿Tienes idea de quién predica hoy, querida?

--Oh, me parece que el hermano Fulano de Tal.

--Sí es así, pensándolo bien, me quedo en casa.

Realmente sí que estamos patas para arriba. Hoy día los señores se sientan en los bancos. Tratamos a Jesús como si El fuera nuestro esclavo.

Cuando oramos decimos: "Señor", (pero nuestra actitud demuestra todo lo contrario), "tengo que salir. Por favor vigila mi casa que nadie entre a robar mientras me encuentro fuera. Y por favor, no te olvides de protegerme de cualquier accidente mientras conduzco mi auto".

¿Qué es lo que esperamos que nos diga Jesús? "Sí, señora" o "muy bien, señor?"

Los siervos no dan órdenes sino que preguntan: "señor, ¿qué quieres que haga?" La satisfacción del siervo es ver contento a su amo. No es de extrañarse que las cosas no anden bien en la Iglesia. Todavía no hemos empezado a pensar cómo servir a Jesús. Nuestras alabanzas son su comida. Los himnos son el agua en su mesa. La ofrenda constituye otra parte de su comida.

Sin embargo nos engañamos a nosotros mismos puesto que decimos: "Vamos a levantar una ofrenda para el Señor, para poder comprar un equipo de aire acondicionado para la iglesia". ¡Mentira! Es para nosotros. Muchas de las ofrendas que decimos que son para el Señor en realidad son para nosotros. Lo único que Jesús dijo que se le daba a El eran las limosnas a los pobres.

¿Cuál es la comida principal de Jesús? Las vidas de los hombres. En Romanos 12:1 Pablo dice que el culto espiritual es presentar nuestros cuerpos a Jesús. Cuando Jesús nos ve que llevamos a otros a sus pies, dice: “Muy bien. Aquí llega mi siervo con mi comida”. Otra persona ha sido disuelta para transformarse en Jesús.

El Señor concluyó su historia diciendo: “Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os ha sido ordenado, decid: Siervos inútiles somos, pues lo que debíamos hacer, hicimos” (Lucas 17:10).

¿Puede decir usted que ha hecho todo cuánto el Señor le ha mandado? De serráis podríamos tener una ceremonia de colación de grados para usted donde le entregaríamos un diploma con la siguiente leyenda: “Siervo inútil”.

Estamos tan patas para arriba que hoy día le entregamos a un siervo inútil un diploma que dice: “Reverendo”. En cierta oportunidad me encontraba en una reunión donde una persona fue presentada con gran pompa. El órgano dejó escuchar sus acordes y se encendieron los reflectores en tanto que alguien anunciaba: “Y ahora con nosotros el gran siervo de Dios...”

Si era grande no era siervo y si era siervo no era grande... Siervos son aquellas personas que reconocen que no son dignas de nada. Trabajan ocho horas y al volver preparan la comida para su Señor y se sienten estimulados y gozosos cuando ven que su Señor disfruta de la comida.

Quiera Dios ayudarnos a hacer con alegría aquello que hacen los siervos en su Reino.

5

EL OXIGENO DEL REINO

Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En eso conocerán todos que sois mis discípulos, si tuvieres amor los unos con los otros (Juan 13:34,35).

Antes de que asuste demasiando respecto de ser un esclavo, es mejor que me refiera al oxígeno del Reino; el amor.

Por muchos años pensé en el amor como una de las virtudes de la vida cristiana. En muchos de mis sermones recalqué el hecho de que el amor es una de las cosas más importantes.

Y fue entonces cuando empecé a experimentar el verdadero amor. Y me encontré con que no es una de las virtudes de la vida cristiana, sino que el amor es la misma vida cristiana. No es una de las cualidades más importantes, es lo más importante, la vida.

Toda vez que hacemos mención a la vida eterna, nuestros pensamientos se dirigen a su duración en cuanto a tiempo.

Años y años y más años. Parece como si nunca pensáramos acerca de su cualidad. Si la vida eterna significa tan solo una vida que no tendrá fin, entonces ¡el infierno también es una forma de vida eterna!

Pero la cualidad de la vida eterna que Jesús nos ofrece es el amor. Es el oxígeno del Reino; si falta el amor; no hay vida. El amor es el único elemento eterno. Los otros maravillosos componentes, como son los dones, lenguas, profecía, sabiduría, conocimiento, lectura de las Escrituras, oración; todo ello se acabará un día. Lo único que permanecerá aun luego de la muerte y en la eternidad es el amor.

El amor es la luz del nuevo Reino. La Biblia es muy clara cuando afirma que Dios es luz y que es amor. El apóstol Juan escribió: “Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión los unos con los otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecad” (1Juan 1:7)

No alcanzo a comprender por qué siempre hemos tenido la idea de que la luz o tener luz era poseer conocimiento. Es muy posible que se deba al hecho de que la palabra luz entre otras osas significa “esclarecimiento o claridad de la inteligencia”, y son muchas las ocasiones en que el comprender algo que antes no percibíamos exclamamos ufanos”¡Se me hizo la luz!”.

En la Biblia, empero, la luz es amor. “El que ama a su hermano, permanece en la luz... pero el que aborrece a su hermano está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos” (1 Juan 2:10,11).

¿Y que es la oscuridad? Es nada más ni nada menos que la falta de luz. No nos hace falta comprar oscuridad; no es necesario que tratemos de llenar un montón de recipientes con oscuridad para colmar con ella un edificio. Lo único que hace alta es dar la vuelta a la llave y allí reinará la oscuridad..

Así sucede con el reino de las tinieblas. Da una sensación de soledad. Muchos recordamos las épocas en que en nuestro país al atardecer había apagones de luz. Quizá en este momento estábamos predicando y de repente se producía un corte de energía eléctrica. ¿Qué habría ocurrido? Enseguida las señoras decían a sus esposos. “Querido, estás allí? Por favor, dame la mano”.

Todo era igual que antes, pero de pronto la gente se sentía sola aun estando en compañía de otros.

En las horas del día vamos tranquilamente a cualquier lado, aun al cementerio a llevar flores a nuestros difuntos. Pero nunca se nos ocurre ir al cementerio por la noche.¿Por qué? Los muertos están tan muertos durante la noche como lo están en las horas del día. Es la oscuridad que hace que nos desagrade encontrarnos allí durante la noche.

La oscuridad es individualismo, egoísmo, en tanto que la luz es amor, comunión, camaradería. Si andamos en luz tenemos comunión porque nos vemos unos a otros como hermanos.

El versículo 10 citado unos párrafos más arriba dice: “El que ama a su hermano, permanece en la luz”. El que ama a su hermano. Nosotros, los creyentes, vivimos tropezando unos con otros. Los pastores se enredan unos con los otros y en la congregación pasa lo mismo. Más aún, entre los dirigentes de las denominaciones siempre surgen problemas y fricciones. Algunas veces cuando el espíritu se manifiesta en una congregación con poder y convicción, durante semanas y semanas estamos confesando nuestras faltas por cuanto tantos han sido nuestros tropiezos. No habíamos estado andando a la luz del amor.

Si un hermano anda en la luz mientras que otro no, aun así es posible evitar el tropezar porque el que camina en la luz guiará al otro. Y si los dos transitan en la luz, ¡mucho mejor todavía! Entonces no habrá tinieblas.

Continúo; el amor es evidencia de nuestra salvación. Algunos creen que la prueba de nuestra salvación es la manera en que vestimos, si fumamos y si hacemos o dejamos de hacer un sinfín de cosas. Esto puede ser importante, pero no es de tanta trascendencia como lo es el amor. Si el mismo énfasis que con el correr de los años pusimos en lo que se refiere al tabaco lo hubiéramos puesto en el amor, todo hubiera sido distinto. El amor es lo que prueba nuestra salvación. Observe lo que dice Juan: “Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de

Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor" (1 Juan 4:7,8)

¿Desea saber si es nacido de Dios?. Es muy fácil, ¿no lo cree?

El apóstol Juan también señala; "nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte" (1 Juan 3:14)

A veces alguien se acerca a su pastor y le dice: "No estoy seguro de mi salvación. Tengo dudas. ¿Cómo puedo estar seguro?" La prueba es muy sencilla. ¿Ama a su hermano?

Si no lo ama, no es salvo de acuerdo con lo que nos dice Juan en su epístola. Aunque vive está muerto. Es posible que tenga una excelente doctrina en cuanto a la tribulación, el milenio y otras cosas, pero la única manera de saber si ha pasado de muerte a vida, de las tinieblas a la luz es si ama.

Prosigo, y ojalá que no se escandalice: Si amáramos a nuestros hermanos tal como Dios desea que lo hagamos, no tendríamos que depender tanto de los mandamientos de la Escritura por cuanto "el cumplimiento de la ley es el amor" (Romanos 13:10) Es a esto a lo que se refiere el nuevo pacto: "Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón..." (Jeremías 31:33)

Cuando el amor se genera desde adentro, se resuelve toda clase de problemas. El fruto del Espíritu es amor tanto como gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza (Génesis 5:22,23). ¿Por qué tanto afán por predicar? Porque queremos cimentar el amor y las otras virtudes cristianas. Pero si el amor creciera como debería hacerlo, no harían falta tantos sermones. El amor no es uno de los elementos de la vida cristiana; es el elemento. El amor es la vida misma.

Algunos se engañan al buscar los dones del Espíritu en vez de buscar el fruto del Espíritu. Aun cuando apreciemos los dones debemos tener cuidado respecto de dónde depositamos nuestro énfasis. L Señor Jesús nunca dijo que nos conocería por los dones, sino que dijo que seríamos conocidos por nuestros frutos, Mateo 7:20.

Los dones no son indicio de espiritualidad porque los dones en una persona son como los regalos que ponemos en el árbol de Navidad. En una ciudad tan congestionada como Buenos Aires hay muy pocos árboles. La mayoría de los árboles de Navidad que armamos para esta fecha son artificiales, muchos son de papel o de materiales sintéticos y no faltan aquellos que se contentan con cortar una rama de pino o abeto y aunque su valor es ínfimo, sin embargo les ponemos los mejores adornos que están a nuestro alcance. De sus ramas a veces cuelgan pequeños envoltorios que tienen relojes, anillos y otros regalos costosos. Se ven muy hermosos aun cuando no son árboles naturales.

Pero cuando uno sale de casa después que han pasado las fiesta, muchos de esos lindos arbolitos están en los botes de desperdicios. Es probable que para Navidad de sus ramas hubiera pendido un costosísimo Omega, pero luego el árbol ha sido arrojado entre los deshechos. Por lo tanto nos e puede decir mucho acerca del árbol basándose en los regalos que de ellos estaban suspendidos. Los regalos o dones no nos dicen nada respecto de la naturaleza del árbol.

Es solamente por medio del fruto que se puede decir algo acerca de un árbol. Si las manzanas son buenas, podrá decir que tiene un buen manzano y los mismo de cualquier otro árbol.

Por supuesto que lo ideal sería que el árbol tuviera buenas manzanas y mejores relojes Omega, es decir, frutos y dones. Pero si esto no es posible, por lo menos el fruto debería ser bueno. Cualquiera puede disculparse si no tiene dones, pero no tiene disculpa si no posee frutos. Si le dijéramos al manzano: ¿Por qué no tienes anillos?.

--Lo siento. Nadie ha colgado un anillo en mis ramas, --El árbol podría contestarnos.

--Pero el manzano no puede disculparse si no tiene manzanas, por cuanto las mismas son el producto de un árbol sano.

De igual manera no podemos excusarnos por nuestra falta de amor. Si estamos llenos del Espíritu el amor sería algo natural en nosotros.

Me causa mucha tristeza que durante años nosotros, los Pentecostales, hemos puesto el énfasis en Hechos 2:4 en lugar de ponerlo en Galatas 5:22. Nuestro artículo de fe dice: “Creemos en el llamamiento del Espíritu Santo según hechos 2:4”, es decir, en el hablar en lenguas. La historia hubiera sido otra si en lugar de eso dijera: “Creemos en el llenamiento del Espíritu Santo según Gálatas 2:22”, porque, por una parte no habrían surgido tantas divisiones entre las personas llenas del Espíritu.

Como pastor pentecostal no me resulta fácil decir eso. Pero aun así, es verdad y el Espíritu Santo quiere que nos confrontemos con esto. Cuando uno sale de caza apunta su rifle a la cabeza no a la cola el animal o ave y lo hace porque sabe que si le da en la cabeza tendrá todo el animal.

Al buscar el llenamiento del Espíritu Santo, la cabeza es el fruto del Espíritu y la cola, por así decirlo, las lenguas. Muchos de nosotros hemos apuntado a la cola y el animal todavía sigue corriendo. Si le hubiéramos dado en la cabeza, hubiéramos tenido, cabeza, cola, y todo lo demás.

El Señor Jesús no dijo que los hombres sabrían que somos sus discípulos si hablamos en lenguas. Aunque yo también hablo en lenguas, tengo que señalar que el mundo conocerá respecto de mi discipulado a través de mi amor. Es hora de que pongamos el énfasis en el lugar que corresponde, donde Dios lo ha puesto.

Aunque era un hombre carnal, Sansón tenía dones, carismas. Saúl, el primer rey de Israel era carismático; profetizaba. Pero era un hombre carnal. Pablo señaló que si hablaba en lenguas de hombres y de ángeles pero no tenía amor, no era otra cosa que ruido. El hablar en lenguas y no tener amor, es ruido. La profecía y la capacidad para comprender los misterios espirituales sin amor, no es nada. Aun el don de fe sin amor, de nada vale.

Por lo tanto si usted se encuentra con alguien que tenga un don, pongamos, el de resucitar un muerto, no corra presuroso en pos de tal. Primero acérquese a ese árbol. No preste atención a los anillos o relojes, observe debajo de las hojas para ver si hay fruto. Especialmente en estos días donde reina tanta confusión, es cuando los hijos de Dios deben de mostrar mayor sagacidad.

¿Está realmente consciente de la importancia del amor? Solamente si la comprende estará abierto al Espíritu. Se puede comparar con la harina en un pastel. Es posible que pueda hornear un pastel sin sal y hasta sin huevos, pero sin harina le resultara imposible. El amor es la vida cristiana. Hay otras cosas como la adoración y los dones que son maravillosas, pero el amor es la vida.

6

AMOR AL PROJIMO

Amarás a tu prójimo como a ti mismo (levítico 19:18).

La clase de amor que se evidencia a través del Antiguo testamento es un amor mínimo, algo así como una expresión mínima del amor. Sin embargo, este amor no es un mandamiento que Dios ha dado solamente para la Iglesia, sino que es un mandamiento universal y forma parte de la ley moral divina. Si cada uno en el mundo ama a otro, todos se sentirán amados y a su vez amarán a alguien.

¿Qué es lo que significa este mandamiento? Desear para mi prójimo lo mismo que deseo para mí y esforzarme a fin de lograr para mi prójimo lo mismo que me esfuerzo para obtener para mí.

Si yo tengo un plato de comida y mi prójimo no tiene qué comer, si lo amo tengo que realizar el mismo esfuerzo para hacer que él tenga comida como lo hice para mí. Si no me resulta posible, entonces debo darle la mitad de lo mío.

Si tengo dos trajes y él no tiene ninguno, debo esforzarme para hacer que él tenga dos trajes así como hice para mí. Si mis hijos tienen buena ropa y están bien alimentados y concurren a la escuela y los suyos no, entonces debo hacer a favor de sus hijos lo mismo que hice para los mío.

Eso es, ni más ni menos, amar al prójimo como a uno mismo. ¿Me permite decirle algo? La mayoría de nosotros, los creyentes, ni siquiera cumplimos este mandamiento del Antiguo Testamento. ¡No nos amamos los unos a los otros como prójimos!

Sin embargo, Jesús no dijo que deberíamos amarnos los unos a los otros como prójimos, sino como hermanos. Pero si por lo menos amáramos a aquellos de la iglesia como si fueran prójimo, se produciría una revolución. En toda congregación hay por lo general personas que cuentan con buenos recursos y otras que no poseen nada. Un creyente es dueño de un automóvil grande y vive en una hermosa casa donde al llegar le espera una suculenta comida mientras que el hombre que se sienta a su lado en la iglesia regresa a su casa a pie y su cena es una rebanada de pan seco y una taza de café. Y los dos, allí en la iglesia se toman de la mano y cantan cuánto se aman el uno al otro. Y al concluir el culto se saludan con un "¡Dios te bendiga, querido hermano!" y cada cual se va por su camino.

En una oportunidad cuando uno de sus oyentes le preguntó a Jesús quién era su prójimo, el Señor le respondió refiriendo la parábola del buen Samaritano (Lucas 10). ¡Y pensar que fueron tantas las veces que prediqué y espiritualicé esta parábola! Jerusalén era la iglesia, Jericó el mundo. El hombre que iba de Jerusalén a Jericó era el que se apartaba de la iglesia y volvía al mundo. Los ladrones eran Satanás y sus demonios mientras que el Buen Samaritano era el hermano que conseguía atraerlo una vez más a la iglesia.

¿Verdad que era un espléndido escapismo para eludir mi responsabilidad? Predicaba el Quinto Evangelio, el Evangelio de los Santos Evangélicos. En otras oportunidades, la interpretación difería. Jerusalén era el Jardín del Edén y Jericó era la caída del hombre mientras que Jesús era el Buen Samaritano que venía... Y ¡cuántas interpretaciones diferentes!

Al concluir su parábola Jesús le dijo al maestro de la Ley: "Vé, y haz tú lo mismo" (versículo 37). Por medio de la misma quería recalcar el hecho de que si vemos a alguien atravesando por una necesidad, debemos hacer cuanto está de nuestra parte para suplirla. Es tan claro como el agua, no hay necesidad de espiritualizarlo.

Empero nosotros pasamos al lado de personas que sufren y al llegar a nuestro hogar comentamos lo que hemos visto. "¡Qué cuadro tan triste ví esta noche! Pobre hombre, ¡si lo hubieran visto! Se me partía el corazón". Pero no hacemos nada para ayudarlo.

El samaritano no era un ser fuera de lo común. Nosotros lo llamamos el Buen Samaritano, pero Jesús se limitó a decir: "Pero un samaritano que iba de camino,...viéndole, fue movido a misericordia" (versículo 33). Este hombre estaba cumpliendo nada más ni nada menos que lo que señalaba el viejo mandamiento. Dejó dinero para pagar los gastos del hombre y después se marchó para ocuparse de lo suyo.

Si nos comparamos con él, somos tan malos que él era un *buen* Samaritano. Algo semejante ocurre hoy día en las iglesias. Por ejemplo un pastor me dice: --Venga, hermano Ortiz. Quiero presentarle a un muy buen diácono de la iglesia.

-- Será un placer conocerlo, --le contesto.

Es así que me lo presenta y yo después le pregunto al pastor: --¿Por qué me dijo que es un muy buen diácono?

--Bueno, porque no falta a ninguna reunión. Diezma. Todas las veces que necesito ayuda está dispuesto a cooperar. No es un *buen* diácono, es ¡un diácono, nada más! Sin embargo cuando alguien está cerca de aquello que debería ser normal en todos, decimos que "es muy bueno".

¿No cree usted que Dios se sentiría satisfecho de que todos fuéramos samaritanos comunes y corrientes?

Jesús dijo: "Hagan que su luz brille delante de la gente, para que al ver el bien que hacen, ellos alaben al Padre de ustedes que está en el cielo" (Mateo 5:16—*Versión Popular, Dios llega al nombre)* ¿Qué es la luz? ¿Qué es lo que produce buenas obras? ¡El amor! Y tal como señalé anteriormente, la luz de Dios es amor.

Hagamos ahora una aplicación concreta. Cuando nos referimos al amor o a cualquier otra virtud que se menciona en las Escrituras debemos ser específicos o de los contrario será como si estuviéramos tratando de coser sin primero haber hecho un nudo en el hilo. Se puede coser y coser y coser, pero esto no servirá de nada. Y algunas veces hasta tratamos de coser sin hilo, utilizamos solamente la aguja, pero lo único que conseguimos es hacer pequeños agujeros. La prenda desgarrada lo seguirá estando porque no dimos los pasos necesarios para conservar aquello que hemos conseguido.

Dios no nos ha dicho: "Amad a vuestros prójimos" porque no es posible que amemos a todo el mundo. El nos ha dicho:"ama a tu prójimo". Por lo tanto comience por una persona, una familia. Empiece a orar por esa familia. Comience a interesarse por sus

problemas, sus necesidades ya sean espirituales, materiales, psicológicas o de cualquier otra naturaleza.

No se presente delante de ellos con un tratado. Si así lo hace, se parecerá a un vendedor. No lo haga; véndase a ellos usted. Ofrézcaseles. Hágales saber que los ama; sírvales en lo que pueda.

En nuestra congregación, había una señora mayor que, según decía ella, "nunca había podido llevar un alma a los pies de Jesús". (En realidad no creemos en ganar el alma sino que creemos en ganar ala, cuerpo y espíritu, es decir la persona íntegra) Esta señor, hacía muchos años que, concurría a la iglesia, y sucedió que un día el Señor le mostró esta clase de amor a que me refiero. Comprendió que Dios no mandó un tratado desde el cielo sino que envió a su Hijo el que vino y vivió entre nosotros y sanó a los enfermos. El nos ayudó y compartió con nosotros. Entonces la hermana pensó que ella podía hacer lo mismo.

Enfrente de su casa había una que se alquilaba. Tan pronto como los nuevos inquilinos tomaron posesión, ella ya se había preparado. Fue a verlos y les llevó café y pastel y les dijo: --Aquí les traigo algo para comer porque como se acaban de mudar estoy segura que aun no tienen las cosas a mano para cocinar. Después voy a volver a buscar todo. Por favor no se preocupen en lavarlos, yo lo haré.

--De paso, señor, si le hace falta algo de la despensa, en tal y tal calle hay una que tiene buenos precios--. No puso ningún tratado debajo del plato con los pasteles sino que se limitó a llevarle algo para comer y brindarles ayuda.

Luego de un rato volvió para retirar sus cosas y dijo: --Si necesitan algo, vivo allí enfrente. Con todo gusto les ayudaré.

Esta señora nunca predicó acerca de Cristo pero un mes después toda la familia que se había mudado enfrente de su casa se bautizó debido a la luz que ella había irradiado.

Jesús tampoco dijo:"Dejen que sus bocas hablen delante de los hombres de modo que puedan escuchar sus hermosas palabras y glorificar a vuestro Padre". El Señor dijo: "Así alumbre vuestra luz", ¡vuestros amor!

Posiblemente esto constituya una suerte de problema para muchos de nosotros por haber sido adoctrinados en un Evangelio tan anti católico. Hemos desechado la importancia de las buenas obras. Decimos que no somos salvos por las obras y eso es cierto, pero a medias, porque *hemos sido* "creados en Cristo Jesús para buenas obras" (Efesios 2:10).

En el capítulo 10 de los Hechos leemos acerca de Cornelio y de todas las buenas obras que hizo y nos satisface pensar que aún no era salvo. Pero note, sin embargo que Dios le mandó un ángel que le dijo: "Dios ha aceptado tus oraciones y lo que has hecho para ayudar a los necesitados" (versículo 4—*Versión Popular, Dios llega al hombre).* Esa es la otra mitad de la verdad.

Las buenas obras son buenas obras. Las obras son *obras* y no una forma mística de pensar. Es necesario que abramos las billeteras y hagamos buenas obras. Por supuesto que existe una diferencia entre las buenas obras que son el resultado del amor y las que son pura y exclusivamente de la carne. Pablo señala que si uno da todos sus bienes para ayudar a los pobres y no tiene amor, no es nada. Esa es la razón por la cual el Marxismo no es la respuesta. El Marxismo TIENE algunas cosas buenas. El comunismo dice

algunas cosas muy buenas sobre la justicia social y el compartir, pero es lo opuesto de lo que enseño Jesús. (Igual ocurre con el espiritismo y los dones del Espíritu; existen similitudes, pero provienen de distintas fuentes.)

Sin embargo, para estar en contra del espiritismo no hay que negar los dones y a fin de oponerse al comunismo no hay que negar el hecho de que debemos compartir nuestros bienes.

Hay que tener presente que debemos amar a nuestro prójimo aquí y ahora.

7

AMOR FRATERNAL

Un mandamiento nuevo os doy. Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros (Juan 13:34)

En los tiempos del Antiguo Testamento el amor era bastante limitado. Se reducía a una expresión mínima: el amor a sí mismo. Era posible amar al prójimo siempre y cuando ello no implicara un riesgo, porque en tal caso el amor al prójimo dejaba de ser.

Esta clase de amor es lo que podría considerarse como la expresión mínima de amor cuando nosotros no pensemos así; ¡creemos que es la máxima expresión de amor que se puede experimentar! Lo cierto es que si alguien en la congregación me amara como a un prójimo debería sentirme molesto por cuanto no soy su prójimo, ¡soy su hermano! No somos dos familias que vivimos puerta por medio, formamos parte de la mima familia.

Los discípulos podrías haber aducido: --Conocemos muy bien los Diez Mandamientos, pero ¿qué es esta clase de amor? Tal vez se trate del undécimo mandamiento. Lo cierto es que Jesús no se preocupaba en cuanto al nombre que le dieran siempre y cuando lo obedecieran. –Un mandamiento nuevos os doy: Que os améis unos a otros.

--Eso ya lo sabemos, Maestro –tal vez haya contestado alguno de sus discípulos.” ...como yo os he amado”. Eso sí que era algo nuevo. ¡Qué cosa tan extraña!

El Viejo Mandamiento señalaba: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”, en tanto que el nuevo añadía : “Como yo os he amado, que también os améis unos a otros”.

¿Cómo nos amó Jesús? ¿Nos amó como se amó a sí mismo? No, nos *amó más que a sí mismo.* Dio su vida por nosotros.

En esta clase de amor no hay cabida para el yo. Nos hace amar y amar y amar. ¿hasta cuándo? Hasta siempre; aun si ello significara dar la vida. Es mucho más que dar la mitad de nuestra comida. Es entregar no solo la comida sino también darse a sí mismo con la comida.

Este es el amor que Jesús quiso que prevaleciera en su Iglesia, la familia de Dios. Es el amor que fue hecho para que predominara en nuestra comunidad cristiana. Como el ego desaparece, no puedo amar a mi hermano como me amo a mí mismo por cuanto no soy yo quien vive, sino que es Jesús.

Es verdad que tenemos dificultad para darnos a otros. Estamos cercados por una gran muralla que se llama egoísmo. Esta, sin embargo, tiene que desaparecer porque de lo contrario nunca cambiaremos la Iglesia. Los pastores no pueden modificar la estructura de la congregación desde el púlpito. Cada uno tiene que mudar su disposición que hasta el presente estaba basada en el yo. Necesita operarse una transformación en nuestro interior, la parte de nosotros que no es posible ver detrás de las paredes, los adornos y la fachada de ladrillos.

Algunas veces realizamos un montón de cambios en nuestra casa sin cambiarle la estructura. Quizá cerramos la ventana que deja entrar el cigarrillo y abrimos una a la Escuela Dominical. Es posible que cerremos la ventana que daba a los teatros de Revista y abramos una que nos lleve a cantar en el coro de la iglesia. También puede darse que hagamos lo mismo con la ventana que teníamos abierta al alcohol y en su lugar abramos una para ofrendar. Es factible que pongamos un nuevo alfombrado, cortinas nuevas también y cubramos las paredes con un hermoso papel vinílico pero con todo, la estructura sigue siendo la misma. Gira alrededor de nuestro "yo". Entonces es cuando surgen los problemas.

Jesús quiere más que cortinado nuevos y que abramos otras ventanas; al entregar su vida en la cruz, hizo morir la vieja estructura. Echó por tierra toda la casa y comenzó de nuevo. Una conocida canción dice: "Deja tus pecados al pie de la cruz, y libre sé, libre sé". Eso no es todo. Es bueno que nos despojemos de nuestras cargas de pecado, pero no basta si nuestro yo sigue siendo el mismo.

En la cruz tenemos que experimentar una especie de explosión atómica que no solamente nos haga desprender las cargas de pecado sino que también dé por tierra con nuestro viejo "yo". Cristo debe ocupar el lugar que antes ocupaba nuestro yo.

Al bautizarnos es más que el tabaco, la bebida y el juego lo que queda sepultado. Es el yo. El que se bautiza tiene que comprender que al salir del agua, su viejo yo ha quedado enterrado y un yo nuevo, totalmente distinto comienza a vivir una vida de obediencia a Dios; esto es algo que necesitamos dejar bien claro.

Algunas veces los pastores decimos que sería conveniente que tuviéramos más comunión entre nosotros. Pensamos que tendríamos que dedicar un poco de tiempo para tener comunión con el pastor Metodista, el Presbiteriano, el sacerdote Católico y otros más, pero llegado el momento, nos disculpamos aduciendo que no tenemos tiempo, que nuestro ministerio nos absorbe todo el tiempo.

Eso es falta a la verdad. Tenemos tiempo. Contamos con veinticuatro horas por día igual que el resto de la gente. ¿Por qué no nos sinceramos con nosotros mismo y admitimos que sí, que tenemos tiempo, pero que lo tenemos totalmente absorbido por nosotros y nuestros intereses? Por lo menos, si lo reconociéramos, no seríamos hipócritas y nos confrontaríamos con nuestro egocentrismo tal como es.

¿Quién puede obedecer al nuevo mandamiento? ¿Quién puede amar a sus hermanos tal como Jesús nos amó a nosotros?

Bueno, tiene que ser posible; Jesús debe haber esperado obediencia por cuanto dejó este mandamiento para usted y para mí.

Para amar hace falta tomar tiempo. Un joven de nuestra congregación, un estudiante, parecía que vivía completamente ocupado. Cada vez que nos proponíamos pedirle algo contestaba: "pastor, discúlpame por favor. No tengo tiempo. Estudio y también trabajo ocho horas por día. La verdad es que no puedo hacer ninguna otra cosa. Por suerte puedo venir a los cultos una vez por semana. El resto del tiempo lo tengo completamente ocupado".

Y fue el caso que un día este joven se enamoró. De pronto te alcanzaba el tiempo ir a visitar a su novia tres o cuatro veces por semana.

¿Cómo ahora sí tenía tiempo? Yo no lo sé. El método tengo que atribuírselo al amor.

Al excusarnos diciendo que no tenemos tiempo ponemos al descubierto nuestro egoísmo. Estamos señalando que todo nuestro tiempo necesario para dar a otros. Jesús tenía veinte y cuatro horas por día para servir y amar a la gente. No tenía asuntos personales que atender. ¿Por Qué? Porque de sus espaldas pendía una cruz y dijo que sus seguidores también tendrían que llevar su cruz.

¿Sabe cuál es el significado de tomar la cruz? Algunos piensan que cargar la cruz es que la suegra venga a su casa a pasar unas semanas. Eso no es una cruz. Toda vez que un judío veía a alguien andando por la calle arrastrando sobre sus espaldas una cruz, sabía que el tal iba camino a la muerte.

Jesús dijo que llevemos nuestra cruz y vivamos como quien está muerto. ¿Está listo para que en un momento cualquiera deposite una cruz sobre el suelo y lo claven en ella? Si en realidad está preparado, no tendrá ningún problema tocante al nuevo mandamiento.

Todos sabemos de memoria Juan 3:16. Pero, ¿se fijó alguna vez lo que dice 1 Juan d:16? Es muy posible que no por cuanto ese versículo no figura en el Evangelio según los Santos Evangélicos. El referido versículo dice: "Conocemos lo que es el amor en que Jesucristo dio su vida por nosotros; y así también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos" (Versión Popular, Dios llega al hombre).

Qué coincidencia que este versículo tampoco esté incluido en la cajita de promesas Bíblicas que tanto conocemos. Con toda seguridad que si lo hubieran puesto ¡Nadie las compraría! Los que se encargan de prepararlas siempre buscan los versículos que más pueden apelar a los creyentes así cuando extraen un versículo de la susodicha caja pueden exclamar: "¡Miren lo que el Seño va a hacer por mí!"

La verdad es que me resultaría muy divertido preparar una caja de promesas con todos aquellos versículos que nunca hemos subrayado en nuestras Biblias, versículos como 1 Juan 3:16. ¡Qué chasco que se llevarían muchos!

Una vez más el apóstol Juan nos confronta con una sencilla prueba. ¿Conocemos el amor? Se puede saber muy fácilmente. No nos hace falta el don de discernimiento de espíritus o algún otro don. Solamente tenemos que preguntarnos si estamos dispuestos a dar nuestra vida por nuestros hermanos. Piense en un determinado hermano de su congregación. ¿Daría su vida por él?

Tengo amigos que me han dicho: --Juan Carlos, por amor a ti he dado mi vida a Dios. Si algo te ocurre, también me ocurre a mí. Mi vida está en tus manos. Si necesitaras mi sangre, es tuya. Lo mismo, mi auto, mi casa, todo cuanto tengo--. Esta es la clase de amor que se refiere el nuevo mandamiento.

Vendrá el día cuando Dios tendrá una nueva comunidad. Algo está empezando a moverse en la Iglesia. Por lo general el mundo no lo percibe, pero ya está aproximándose. Vamos a ser como una ciudad en un monte alto, un ejemplo de una comunidad que se aman unos a otros.

¿Dónde debe empezar este amor? Entre los que lo predican. Los pastores siempre hemos estado divididos, más preocupados acerca de las diferencias que de los mismos creyentes. Por lo tanto es menester que sentemos un ejemplo en cada ciudad comenzando algo así como un grupo de confraternidad entre los pastores. Nunca lograremos que las congregaciones se amen mutuamente si nosotros no somos los primeros en amarnos. Después de todo los pastores están a cargo del rebaño.

No me cabe la menor duda de que todos los pastores tienen en sus notas uno o más sermones en cuanto al amor. Ahora ha llegado el momento de poner en práctica lo que hemos predicado.

A las ovejas no les gusta estar dispersas. Están cansadas de las divisiones. El problema lo tenemos nosotros, los encargados de guiarlas. Antes de que Jesús venga a buscarnos es necesario que seamos bautizados en amor. Debemos ser un ejemplo de amor para la grey.

No faltan las ocasiones en que algún pastor me dice: "Conozco muy bien la doctrina de la unida de la Iglesia. Es más, hasta invité a otros pastores a que vinieran a mis reuniones. Les mandé cartas, pero ninguno aceptó mi invitación.".

No debemos comenzar de este modo. Los pastores están aburridos de reuniones. Las consideran como una suerte de amenaza. Supongamos que alguien le presentara a una señorita. Cuando se la presentan usted no podrá decirle: --Encantado de conocerla. Venga, ¡vamos a casarnos!—Primero es necesario que se enamore de ella, y por así decirlo, primero necesita "enamorarse" de los otros pastores antes de poder llevarlos al "Registro Civil" para contraer matrimonio.

Por lo general ninguna reunión se lleva a cabo para tener confraternidad. Si la reunión se fijó para las 20 horas, los pastores posiblemente comiencen a llegar a las 19:59. Llegarán, se saludarán y tomarán asiento. Lo que verán frente a ellos será la nuca de un colega. Al concluir la reunión se saludarán y cada uno se irá por su camino.

¿Podemos llamar reunión de confraternidad a eso?

Dicho sea de paso entre las ovejas ocurre lo mismo. Los creyentes pueden reunirse y saludarle entre sí. –Hola, ¿cómo le va? Déle mis saludos a su familia—y seguir así año tras año, sin dar un paso para llegar a conocerse un poco. La estructura de nuestras reuniones no nos permite estrechar los vínculos o mostrar amor a nuestros hermanos.

¿Supo usted alguna vez de algún novio que le dijera a su novia: --Hola, ¿cómo estás? ¿Y tu familia? Bueno, tengo que irme?-- ¡Claro que no! Su comunión se va haciendo mayor cada vez y entonces llegará el día que contraerán matrimonio.

Eso debe ocurrir entre los pastores de cada ciudad. Sus espíritus, y sus almas deben despertar al amor los unos por los otros de la misma manera en que Cristo nos amó a nosotros.

Por ello no debemos comenzar con una reunión sino diciendo. "Señor, voy a hacerme de tiempo para amar a dos o tres pastores de esta ciudad. Voy a anotar sus nombres en mi agenda. Todavía no los conozco. Siempre me he opuesto a su teología, pero de ahora en adelante los voy a amar porque el amor es un mandamiento".

No sería raro que alguien pensara: "Es cierto que el amor es un mandamiento, pero si Dios no me da esa clase de amor no podré amar a mi hermano"

Qué astutos somos, verdad? Dios nos manda que hagamos algo y no lo hacemos. El nos ha dado un mandamiento y sin poner nada de nuestra parte decimos: "Señor, dame amor por mi hermano". Y cuando pensamos que no sentimos ese amor, le echamos la culpa a Dios. ¡El no contestó nuestra oración!

El amor es un mandamiento. (No hace falta que nos preguntemos de dónde vendrá ese amor. Lo que necesitamos es comenzar a obedecer a nuestro Señor. Al hacerlo las cosas comenzarán a suceder.)

¿Cómo puedo "enamorarme" de esos dos o tres pastores que anoté en mi lista? En primer lugar durante una o dos semanas oro por ellos todos los días. Me intereso por saber si tienen familia; aprendo sus nombres y oro por ellos. Oro por su esposa y por sus hijos. Le pido a Dios que los cuide. Cuando paso con mi auto frente a su casa digo: "Señor Jesús, bendice a los que viven en esta casa".

Y cuando por fin me "enamoro" de ellos, voy a visitarlos. Con el corazón rebosante de amor llamo a su puerta.

--Buenos días. ¿Esta es la casa del pastor Rodríguez?

--Sí, yo soy el pastor Rodríguez.

--Encantado. Soy Juan Carlos Ortiz. Vine a visitarlo.

Aunque se muestre sorprendido, no debe importarnos.

--Bueno, pase, --dice--. ¿A qué debo el honor de su visita?

--Vine a visitarlo, mi hermano, --le contesto.

--La verdad es que hoy estoy muy ocupado. Por favor dígame qué le ocurre, por qué vino a verme.

--Vine porque quería verlo. Sé que es una persona muy ocupada, así que no lo voy a distraer más que cinco minutos. ¿Cómo fueron sus reuniones el domingo último?

¿Le parece que se negará a contestarme eso? Me dice: --La verdad es que fue un día bastante bueno. Me sentí satisfecho con el sermón y ese día recibimos una de las ofrendas mejores de estos últimos tiempos. La verdad es que no puedo quejarme.

--¡Cuánto me alegro!—le digo--. ¿Tiene familia?

--Sí, mi esposa y tres niños. Mi esposa está en cama. Está enferma. Me pongo de pie. --¡Qué pena! Bueno, ya me voy, pero antes hagamos una oración. 'Gracias Jesús por esta casa, por este hermano, por la reunión que tuvieron. Gracias por su esposa. Sánala y ayúdala. Amén'. Muchas gracias pastor Rodríguez. Adiós.

Mientras cierra la puerta de calle piensa. *"Pobre hombre, me parece que sería bueno que llamara a su Obispo. Quizá tiene demasiado trabajo"*

--Hola, ¿habló con el Obispo? Quería preguntarle si el pastor Ortiz pertenece a su denominación. Bueno le hablaba porque pienso...sí, él vino a mi casa hoy. ¿Ha notado algo raro en él en estas últimas ¿semanas? Pienso que no debe estar muy bien. Usted sabe, los pastores están siempre tan ocupados que algunas veces les viene algo así como una ... como una chifladura... Por favor, no lo pierda de vista. Vino aquí para nada, ¡Imagínese eso!.... Sí, sí, bien. Estoy seguro que no lo perderá de vista. Adiós.

A la semana siguiente el pastor Ortiz vuelve a llamar a su puerta. El pastor Rodríguez mira por la ventan y dice: "¡Otra vez el chiflado de Ortiz! Bueno, por lo menos no se queda mucho". Y entonces va y le abre la puerta.

--Buenos días, pastor Ortiz. ¿Cómo se siente?

--Muy bien, pastor Rodríguez.

--en qué puedo serle útil.

--Vine a visitarlo--.Ya sabe que debe hacerme pasar.

Una vez adentro le digo: --Y su esposa, ¿cómo está? Mi esposa y yo estuvimos orando por ella toda la semana. Martha quería venir a visitarla pero no estaba segura de si su esposa se sentiría en condiciones de recibir visitas. Pero, tome, le manda esto.

--Bueno, muchísimas gracias. Dígale a su esposa que puede venir cuando quiera.

--Y que tal,¿cómo fue la reunión el domingo?

--Muy bien. Una reunión muy buena.

--Hermano, tengamos unas palabras de oración. Tengo que irme. 'Gracias Jesús porque la esposa de mi hermano está mejor. Amén'. –Que le vaya bien, hermano.

A la semana siguiente llamo otra vez a su puerta. El cabo de cinco semanas...¡ya me está esperando!

El próximo paso no es invitarlo a una reunión. Lo invito a ir a pescar o para que venga a mi casa a charlas un rato y a tomar un café. Es probable que esté en contra de mi denominación, pero ¡no puede estar en contra de un café o un helado! Yo lo *amo.* Después que fuimos a pescar juntos., luego que vino a mi casa, una vez que me invita a mí y a mi esposa a ir a su casa, ya somos amigos. He ganado su confianza.

Recién entonces comparto con él mi carga por los pastores de la ciudad, de mi deseo de que seamos verdaderamente hermanos y nos amemos los unos a los otros. El amor es el caballo que tira del carro de la hermandad. No ponga el caballo detrás del carro. Primero ame y *luego comparta* sus sentimientos.

¿Le parece difícil? Jesús dijo que deberíamos poner nuestra vida por los hermanos. Ir a visitar a un pastor hermano es mucho menos que dar mi vida por él. Es el principio. Una vez que nosotros los pastores comenzamos a experimentar este amor, el mismo se esparcirá con rapidez entre los otros miembros del Cuerpo de Cristo de nuestra ciudad. Pero primero tiene que comenzar con nosotros. Debemos tener lo ojos de Cristo. Cuando mira a una ciudad ve a sus pastores y las ovejas como unidad. Si nosotros estamos en El veremos como El ve. No todos nosotros somos dueños de la doctrina "verdadera". Pero eso no es un impedimento para que Jesús nos ame. Tampoco debería ser un impedimento para que sus siervos se amen.

En la denominación a la que pertenecía anteriormente había un hermano que en un tiempo se había vuelto enemigo mío. Había dicho que yo no era fiel a la iglesia. Con el tiempo llegó a odiarme.

Durante una de las Conferencias anuales me acerqué a él y le dije: --Hola, ¿Cómo estás?, --y le di un abrazo.

--No me abraces. Yo no te quiero, --gruñó por lo bajo.

--Bueno, pero yo sí te quiero –le contesté.

--¡No puedes amarme porque soy tu enemigo! –respondió.

--¡Gloria al Señor! –exclamé. –No sabía que eras mi enemigo, pero he aquí que ahora se me presenta una ocasión para amar a mi enemigo. ¡Jesús te doy gracias por mi amado enemigo!

¿Quiere saber algo? ¡Un año después prediqué en su congregación!

El amor es el arma más poderosa del mundo, Jesús conquista al mundo por medio del amor y nosotros debemos hacerlo de la misma manera.

8 PURÉ DE PAPAS

Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos (Juan 17:26))

El amor en lo que podríamos considerar como la tercera faz, es un amor que va más allá del que se menciona tanto en el viejo como en el nuevo mandamiento. Este amor es el que reina entre los miembros de la Trinidad.

¿Es posible imaginarse el amor que existe entre la Trinidad? ¿Puede pensar cómo el Padre ama al Hijo?¿De qué modo el Hijo ama al Padre? ¿Cómo el Espíritu Santo ama al Hijo? ¿De que manera el Espíritu ama al Padre?¿Cómo el Padre ama al Espíritu? ¿De que manera el Hijo ama al Espíritu? Realmente es algo que nuestras mentes finitas no pueden explicárselo.

El amor que reina entre ellos no tiene fin, es amor eterno. Es el amor de seres que han alcanzado la madurez. Es la clase de amor que da por descontado que nunca surgirán desavenencias entre ellos. En las paginas del Antiguo Testamento leemos cómo el Padre hizo milagros y señales; levantó muertos y sanó enfermos. Luego vino el Hijo a la tierra e hizo lo mismo. El padre no dio muestras de celos sino que se mostró complacido (Mateo 17:5). Luego del ascenso de Jesús descendió el Espíritu Santo y también hizo lo mismo. Seguía existiendo una total unidad. El amor que existe entre el Padre, el Hijo y el Espíritu es de una madurez tan grande que nada les ofende.

Es este amor que existe entre ellos que hace que los tres sean uno. Dos, más amor eterno, suman uno. Tres, más amor eterno, hacen uno. Cuatro, más amor eterno, también equivalen a uno.

Y cien cristianos, más amor eterno, también son uno. En esta matemática divina con cualquier número siempre se obtiene el mismo resultado.

En la oración que Jesús elevó al Padre poco antes de su arresto, pidió para que ese amor que existía entre ellos pudiera también reinar entre sus seguidores, es decir, entre nosotros.

Recuerdo una ocasión cuando niño que el maestro de la Escuela Dominical en una lección nos explicó cómo nosotros estamos en Cristo. Lo comprendí perfectamente.

Pero otro domingo nos habló de que Cristo está en nosotros. Yo le dije: --Me parece que está equivocado. Si nosotros estamos en Cristo, ¿cómo puede ser que Cristo esté en nosotros al mismo tiempo? Si una cosa está dentro de otra, la más grande no puede estar metida dentro de la más pequeña al mismo tiempo.

Ahora esto ya no es más un enigma para mí. Si yo estoy en el corazón de mi hermano y él está en mi corazón, ambos estamos uno en el otro. El amor hace que seamos uno. Es obvio que hoy día no somos uno. Nos hemos dividido en muchos grupos; Metodistas, Presbiterianos, Pentecostales de diversas extracciones, Nazarenos, Salvacionistas, Episcopales, Hermanos Libres, Bautistas de distintos grupos y mucho otros.

Y ahora Dios ha comenzado a volvernos a agrupar. Sin embarbo El no se vale de las divisiones hechas por nosotros. El tiene solamente dos grupos: los que se aman uno a otros y los que no se aman.

Por lo tanto si usted me pregunta: --Hermano Ortiz, ¿de qué grupo es usted?

--Soy del grupo de los que se aman unos a otros, --yo le voy a responder.

Podríamos definir de ese modo la diferencia que existe entre las ovejas y los cabritos a que se refirió Jesús y que leemos en el capítulo 25 de Matero. En Argentina hay muchísimas ovejas y es interesante ver qué pasa cuando se quiere hacer marchar un rebaño de ovejas. Todas van en la misma dirección, se hacen un cuerpo.

Pero si quisiera hacer lo mismo con las cabras, sería imposible. Mientras andan se van dando cornadas una a otras.

Es por ello que resulta fácil distinguir entre una oveja y una cabra. No hace falta el don de interpretación o discernimiento o nada por el estilo. Es suficiente hablar con la persona por uno o dos minutos para saberlo. Si topa, es una cabra. Si ama, es una oveja.

¿Cómo separó Jesús a las ovejas de los cabritos? Lo hizo en base a la forma en que habían actuado: si habían dado agua a los sedientos, comida a los hambrientos, si habían visitado a los enfermos y a los que estaban en la cárcel y demás. A los que habían demostrado amor a sus hermanos les dijo: “Benditos de mi Padre” (versículo 34). A los otros en cambio no los llamó benditos sino todo lo contrario. Estos eran “malditos” (versículo 41).

Note que Dios está haciendo algo más que volver a agrupar a su pueblo. Lo está uniendo. Y lo voy a ilustrar con algo que todos conocemos: las papas. Cada planta de papas tiene tres, cuatro o cinco tubérculos. Y cada tubérculo pertenece a una y otra planta.

Llegado el momento de la cosecha la persona encargada de la recolección hace un pozo en la tierra, las saca y las va poniendo en una bolsa. Podríamos decir que las está agrupando. Puede que estén todas en un mismo saco, aún no son una.

Llega el momento en que el ama de casa las compra. Ella las lava y las pela. Las papas piensan que ahora si están más unidas. --¡Qué maravilloso es este amor que existe entre nosotras!

Eso no es todo. Luego de mondadas son cortadas en trozos y mezcladas unas con otras. Para entonces han perdido bastante de su identidad. Lo cierto es que piensan que ya están listas para el Maestro.

Pero lo que Dios quiere es puré de papas. No muchas papas sueltas, sino puré de papas. Cuando son reducidas a puré ninguna podrá levantarse y exclamar: --Miren, ¡ésta soy yo!—La palabra tiene que ser *nosotros*. Es por esa razón que el Padrenuestro comienza con estas palabras “Padre *nuestro* que estás en los cielos...”De lo contrario diría “Padre *mío* que estás en los cielos...”

Con la mayor reverencia quiero decirle que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres papas hechas puré. Jesús tiene hambre. Ansía puré de papas. Lo va a tener. Ya está haciendo cosas muy profundas en el seno de su Iglesia.

¿Quiere que le diga algo? Dentro de poco, si empezamos a amarnos con este grado de madurez, la palabra *hermano* no tendrá cabida en nuestro vocabulario. Como estamos ahora tenemos que llamarnos hermanos porque no vivimos como hermanos. En

mi casa me llamaban Flaco. Nadie tenía que probar nada llamándome hermano Juan Carlos; todos sabían que yo era hermano de ellos.

En la iglesia decimos Pastor Fernández o hermano Ortiz porque no tenemos relación. Queremos aparentar que sí, pero en realidad es no.

Recuerdo la vez que me encontraba de visita en una iglesia tradicional y el Pastor dijo: --Señor González, ¿podrías guiarnos en una oración?

Yo pensé para mis adentros: *"¡Que mundanos son! Ni siquiera dicen hermano González".*

Pero después comprendí que la relación entre los "señores" en aquella iglesia era la misma que la que existía entre los "hermanos" en mi congregación. Con las palabras lo único que conseguimos es engañarnos a nosotros mismos.

Toda vez que hablemos respecto del amor debemos tener presente sus dos dimensiones: La mística y la pragmática. El místico dice: --Oh, mi hermano, cuanto *amorrrr* siento por ti, --en tanto que el otro pregunta--:Hermano, ¿qué es lo que te hace falta?

Hace algún tiempo estuve en una convención en la provincia de Córdoba y cuando llegó el momento de celebrar la cena del Señor. Hemos comprado uno diez kilos de pan. La Biblia no especifica de que tamaños tienen que ser los trozos de pan a servir, por lo tanto vamos a entregar un pan a un grupo de cuatro para que lo compartan entre sí como quieran.

Por espacio de más de una hora estuvimos allí en el gran salón comiendo pan. Nos abrazábamos, llorábamos y después de un rato comenzó a compartirse el dinero con los que tenían; era el amor expresado en aquella Cena del Señor que suplía necesidades prácticas.

El amor es un mandamiento. El amor es el oxígeno del Reino. El amor es vida.

9

El IDIOMA DEL REINO

Alabadle Por sus proezas (Salmo 150:2).

Entre todos los grandes hombres de Dios que se mencionan en las Escrituras, David es el que más puede enseñarnos respecto de la alabanza y la adoración. David más que ningún otro habla con autoridad en cuánto a la manera de expresarse amor del Reino que palpita dentro nuestro.

Hace algún tiempo ya, me propuse leer sus Salmos de un tirón. No era mi intención buscar citas especiales o palabras de consuelo o aliento. Mi deseo era aprender algo en cuanto a David como persona, porque quería semejarme a él.

Entonces comprendí que el libro de los Salmos está compaginado como una sinfonía. Comienza con suavidad. Da la sensación de que por vez primera uno estuviera escuchando una orquesta filarmónica. Al ver todos los instrumentos en el escenario daría la impresión de que uno se sentiría muy sobrecogido.

De pronto, dos o tres violines comienzan a dejar sentir sus sones. ¡Qué desilusión! Luego sigue el piano. Después viene el mezzo lento y a continuación el mezzo forte y en seguida el forte. Y para cuando todos los instrumentos ya están tocando la persona experimenta una sensación de sobrecogimiento que difícilmente puede explicar.

Pues bien, el Salmo 150 es el fortísimo de David, lo que podríamos llamar su gran finale.

Alabadle a son de bocina; Alabadle
con salterio y arpa.
Alabadle con pandero y danza;
Alabadle con cuerdas y flautas.
Alabadle con címbalos resonantes;
Alabadle címbalos de júbilo.
Todo lo que respira alabe a JAH.
Aleluya (Versos 3 al 6)

¿Por qué todo ese estruendo? A causa de sus “proezas” .

Yo nací y me crié en una iglesia que recalcaba la alabanza al Señor. Desde mi niñez aprendía palabras de alabanza. Pero no aprendí la vida de la alabanza aun cuando gran parte de nuestros cultos estaba dedicada a “alabar al Señor”.

¿Qué es la alabanza? Cualquier diccionario le dirá que es el reconocimiento de virtudes.

Es más que simplemente emplear la palabra *alabanza*. Supongamos que concurro a una reunión y alguien canta un solo. Cuando concluye yo me acerco y le digo: --Oh, le alabo, le alabo, le alabo--, eso no es alabanza. Tengo que alabarlo por *algo.* Lo que

correspondería es que le dijera: --cuando comenzó a cantar mi corazón de veras respondió a su mensaje. Me fijé en el rostro de otros y todos, igual que yo, se sentían extasiados con su canto.

Y si veo una señora que va por la calle llevando a su bebé en brazos y me aproximo corriendo a ella y mientras la tomo de la muñeca le digo: --Oh, señora, la alabo, la alabo, de veras que la alabo –sin duda que me va a decir--; ¡Usted está loco!

--En cambio si al acercarme le digo: --Perdone, ¿es usted la mamá de este bebé?

--Sí, soy la mamá, --me contestará, si es la mamá.

Y lógicamente le diré: --¡Qué criatura más hermosa! ¡Qué dado! Me imagino que debe sentirse muy orgullosa de su bebé--. Aunque no haya empleado para nada la palabra alabanza, la he estado alabando.

Si me aproximo a un artista y le digo: --Oh, lo alabo, aleluya, aleluya--, el artista saldrá disparado para otro lado.

Lo que corresponde es que al acercarme le dijera: --Lo he estado observando y la manera en que ha pintado esa mano con el cáliz es realmente estupenda. Es como si la mano estuviera queriendo salir de la tela para ofrecerme el cáliz.¿Cuánta de nuestra alabanza a Dios usa la palabra *alabanza,* pero no dice nada?

Nuestras palabras han pasado a ser como cajas bacías. A fin de enseñarle a la congregación en cuanto a esto empecé a hacerles preguntas. Cuando alguien decía --¡Alabado sea el Señor! –yo le preguntaba--: Hermano, ¿por qué alaba al Señor?

--Bueno, yo lo alabo porque ...este...porque...bien, este... –La verdad era que no sabía por qué alababa al Señor. Otro exclamaba: --¡Aleluya!

Entonces yo le formulaba esta pregunta: --¿Por qué dice Aleluya?

--Bueno, yo digo Aleluya porque... porque ... este ...

--Usted dice Aleluya porque es Pentecostal y eso forma parte de nuestra liturgia. ¡Por eso dice Aleluya!

David dijo: "Alabadle por sus proezas". Nosotros nunca lo habíamos hecho.

Concurriendo a la iglesia con carretillas llenas de cajas envueltas en papeles de hermosos colores, con cintas y moños y grandes tarjetas que decían: "¡Gloria al Señor! ¡Aleluya! ¡Gloria a Dios! ¡Amén!"

Y nosotros los pastores decíamos: --¡Qué gente más maravillosa! ¡Cuánta alabanza que ofrecen en la iglesia! –Y después llevábamos esas cajas al altar.

Pero cuando Dios abría sus regalos, no encontraba nada adentro.

Cierta vez me dije a mí mismo: *"Ya hace más de treinta años que estoy en la iglesia. He nacido y me he criado en el seno de la Iglesia. ¿Qué es lo que he aprendido en todos estos años tocante a la alabanza?"*

La verdad era que había aprendido a decir cuatro cosas: "Aleluya" "Gloria al Señor", "Gloria a Dios", y también "Amén" , Imagínese, ¡treinta años para aprender esas cuatro cosas!

Pero también había aprendido cómo gritar esas palabras. Y después me había adelantado a los otros veteranos, porque también había aprendido a *cantar* esas palabras. Aunque eran las mismas palabras ahora las cantaba y creía que de veras era alguien.

Pero un día dije: "Señor, ¿es toda la alabanza que puedo brindarte?"

Y fue entonces que leí aquello que había escrito David: "Alabadle por sus proezas". Fue así que comprendí que cada alabanza tenía que ser en virtud de algo.

Debemos saber *por qué* alabamos al Señor. De otra manera nos engañamos pensando que estamos alabando al Señor cuando en realidad lo que hacemos es tan solo hilvanar algunas palabras.

Supóngase que yo saliera de compras y al regresar a mi casa, mi esposa me preguntara; --¿Dónde estuviste?

--De compras.

--Y bien,¿qué compraste?

--Nada. Salí de compras, pero no compré nada.

Puedo muy bien emplear la palabra compras aun cuando no compre nada. Lo único que hice fue dar vueltas.

Muchos usamos la palabra *alabanza;* la empelamos con frecuencia, pero no estamos alabando. Dios no quiere palabras; quiere alabanzas. No le interesa el envoltorio, El quiere lo que hay dentro.

La congregación comprendió el por qué de mis primeras preguntas, de modo que dimos paso más adelante. –a fin de que podamos crecer en la alabanza –les dije un día--, por espacio de un mes van a estar dedadas esas cuatro frases de alabanza. Continuaremos alabando a Dios, pero lo haremos con otras palabras.

¡Nadie sabía alabar! Mi esposa entonces me dijo: --Juan Carlos, si no puedo decir "Aleluya" ¿qué se supone que debo decir? Después de todo hasta los mismos ángeles exclamaron "Aleluya"

--Sí –le respondí.., ellos dijeron: "¡Aleluya porque el Señor nuestro Dios Todopoderoso reina!" (Apocalipsis 19:6) Ellos le alaban por sus proezas. Cuando alabas debes tener en mente una proeza porque de lo contrario tu alabanza será hueca.

Hemos llegado a ser como los grandes camiones que se quedan atascados en los caminos de tierra luego de una fuerte lluvia. Se empantanan en un lugar, hacen mucho ruido, sus ruedas giran y patinan y consumen grandes cantidades de gasolina, pero no van a ninguna parte.

A mí me pasaba lo mismo. Hacía un montón de ruido, pero estaba empantanado. No tenía palabras. Reconocía cuánta pobreza existía en mi alabanza. Fue entonces cuando dije: "Señor, creo que tú no significas mucho para mí, porque si no canto los salmos de David o los himnos de algún himnario, no tengo palabras para expresarte".

Por medio de esta experiencia aprendimos muchísimo. Nos dimos cuenta que habíamos estado juzgando las reuniones por la cantidad de alabanza que allí ofrecíamos, la que con mucha frecuencia carecía de sentido. Fue entonces que me día a buscar para encontrar cosas en mi vida y experiencias por las que pudiera alabarle. Y así encontré a Dios en muchos lugares donde nunca me hubiera imaginado que estaría.

Empecé viendo a Cristo en mi hermano. Al principio todo lo que podría pensar era: "¡Gracias a Dios por mi hermano que tiene una facciones tan lindas!" Pero luego me puse a meditar cómo Jesús vivía dentro de él.

Y finalmente comprendí que la alabanza es más que meramente una explosión de apalabras el domingo por la mañana. La alabanza es todo un idioma de por sí. Es el idioma del Reino. Como el castellano es el idioma de Argentina y otros pueblos de habla hispana; el inglés el de los Estados Unidos, Gran Bretaña y otras naciones, y el portugués es el idioma que se habla en Brasil, Portugal y otros países; de la misma manera la alabanza es el idioma del Reino de Dios.

Los ciudadanos de ese Reino hablan ese idioma y nos resulta fácil conocernos los uno a los otros por el acento.

Así lo dijo David: "Su alabanza estará de continuo en mi boca" (Salmos 34:1). El alababa al Señor no solamente cuando se encontraba descansando sino que también lo hacía durante las horas del día.

En lo que Dios concierne en este mundo hay solamente dos idiomas: el de su Reino y el del reino de las tinieblas. El primero es el idioma de la alabanza mientras que el segundo es el de las quejas. La alabanza reconoce virtudes mientras que la queja critica las virtudes. Y todos los eres humanos emplean ya sea un idioma o el otro.

Prestemos atención a un ciudadanos cualquiera del reino de las tinieblas. El despertador suena por la mañana: --¡Quién habrá inventado el trabajo!

Cuando se sienta a la mesa para desayunar: --El café está muy caliente.

También se queja si hace frío o calor, porque el Presidente hizo eso o dejó de hacer aquello; de cómo se viaja; de todo.

La verdad es que me sorprendió muchísimo darme cuenta que los ciudadanos del Reino de Dios la mayor parte del tiempo usan el idioma indebido. Van a la iglesia y cantan ¡Aleluya, aleluya" pero al salir de la reunión cambian su idioma; --Uf, está lloviendo. ¡Qué día tan asqueroso!

¿Quién hizo ese día Lo hizo el Señor.

Es posible que los que así se conducen necesiten revisar los coros que cantan a fin de poder cantas: "Este es el día el Señor hizo; nos quejaremos y rezongaremos por un día así" ¿Cómo es posible que cantemos "Alabado sea el Señor" y unos minutos después critiquemos a la misma Persona? Carecemos de inteligencia para alabar. No sabemos lo que decimos.

Por lo general cada vez que salgo fuera del país alguien se me acerca y me dice en castellano: --¿Cómo está usted?

Yo le respondo: --Muy bien, gracias, ¿y usted?

Entonces se echa a reír y me dice: Bueno, la verdad es que no conozco su idioma.

El castellano no es su idioma, sólo recuerdan unas pocas palabras aprendidas en la escuela y por lo tanto su vocabularios es muy limitado.

Lo mismo sucede con algunos creyentes. El suyo no es realmente el idioma de la alabanza; pueden decir solamente unas pocas palabras que aprendieron en la escuela Pentecostal: --¡Aleluya! ¡Gloria al Señor!--, pero el resto del día su idioma es el de la queja.

Si el día es caluroso o frío en vez de lluvioso igual lo critican: --¡Qué día más horrible!

Nada de lo que Dios hizo es horrible, ni espantoso, ni feo. La lluvia es una manifestación de su gran poder. Lo mismo lo es la nieve, el calor y el granizo. Yo aprendía a decir: --¡Qué precioso día de sol!--, ¡qué lindo día de lluvia! ¡Qué espléndido día de calor!-- ¿Y por qué no? Todos los días son hermosos porque Dios los hizo y El merece ser alabado por haberlos hecho.

Pablo le dijo a Timoteo: "Porque todo lo que Dios créo es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias" (¡ Timoteo 4:4) Si somos agradecidos todo nos resultará bien, de lo contrario todo lo encontraremos mal.

En Buenos Aires, durante la estación estival en ocasiones la temperatura alcanza a los 38°C o más, así que cuando ésta llega a pasar un poco los 30° sucede que si me encuentro con alguien con seguridad que me dice: --Hola, pastor Ortiz, ¿cómo lo está pasando con este calor?

--Muy bien. Gracias, --le contesto-- ¿Y usted?

--Oh, la verdad es que es un día insoportable.

--No mi hermano querido. Lo que ocurre es que nuestro Padre ha subido un poco más el termostato.

Y cuando la temperatura alcanza a 35° las quejas son mayores todavía. El cristiano puede estar orgullos de su Padre. ¡Qué poder más grande el de nuestro Dios! Para proporcionar calefacción a un gran edificio torre de departamentos es necesario contar con enorme calderas, pero nuestro Padre puede calentar todo el país hasta 38° o más ¡ ¡y ni siquiera tiene una caldera para lograrlo!

De la misma manera puede hacer que el tiempo se tome frío y dé muerte a toda clase de gérmenes sin emplear DDT. ¡Estupendo!

Generalmente una vez por año una compañía de patinaje sobre el hielo procedente del extranjero hace su presentación en un estadio deportivo. En una ocasión pude ver los grandes equipos que esta compañía trae consigo para crear artificialmente el hielo en el estado.

¡Pero también he visto a mi gran Dios haciendo de todo Canadá una pista de patinaje. Ese es el poder de Dios. ¡Gloria sea dada a El por el hielo y la nieve, el frío y el calor!

Pablo también manifestó: “Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres” (1 Timoteo 2:1). En una oportunidad cuando procurábamos alabar al Señor sin emplear ninguna de las cuatro frases a que hice referencia al comienzo de este capítulo, el Espíritu pareció tomar control de mí y dije: --Señor, te vamos a dar gracias por algunas personas en especial. Vamos a comenzar por el teléfono. Eso es algo que damos por sentado, pero, ¿cuántos técnicos hay detrás de toda esa gran red telefónica? Gracias, Señor la Empresa Nacional de Telecomunicaciones.

Y todos contestaron: --Gracias, Señor, por ENTEL.

--Señor, --continué yo--. Toda vez que abrimos las llaves del agua y de éstas sale agua fría o caliente, también es algo que damos por sentado. Pero, ¿cuántos miles son los que trabajan para hacer posible que tengamos agua sin el menor esfuerzo? Muchas gracias, Señor, por la Empresa de Obras Sanitarias de la Nación.

--Sí, Señor, gracias por Obras Sanitarias, --el grupo contestó una vez más.

Seguimos alabando al Señor por los maestros en las escuelas, por los conductores de los medios de transporte, por los médicos, las enfermeras, las fuerzas de seguridad y el Intendente Mundial. ¡Nunca antes habíamos hecho algo así! Vivíamos ocupados diciendo “Aleluya”, “Gloria al Señor”, pero al no poder usar esas palabras pronto encontramos otras y así entramos en una nueva dimensión de la alabanza.

Tengo la más absoluta seguridad de que Dios está cansado de escuchar quejas. Cuándo decimos: --Dios, te agradecemos por las buenas cosas que ha hecho el Intendente--,pienso que Dios debe exclamar: --¡Por fin! ¡Era hora de que alguien se diera cuenta que hice algo bueno!

El día que el teléfono está descompuesto nos quejamos, pero pasamos por alto todos aquellos otros días en que funciona normalmente. Criticamos al pastor el día que no predica un buen sermón, pero prontamente olvidamos las veces que lo ha hecho bien.

Y cuando alguien muere, ¿por qué tenemos que entristecernos y olvidarnos de todos los años que vivió?

Recuerdo que una vez tuve que oficiar en el funeral de una anciana que había llegado a los setenta años. Yo no quería emplear el idioma de las tinieblas de modo que dije:

--¡Gloria a Dios por los setenta años que esta señora estuvo entre nosotros! ¿No les parece que Dios es bueno? El nos permitió que la tuviéramos tantos años, así que vamos a darle las gracias.

Todo el ambiente se transformó. Aun el esposo dijo: --Gracias, Señor por haberme permitido estar tantos años con mi esposa--. Y nos pidió que cantáramos ese coro que dice:

Te vengo a decir//
Oh mi Salvador,
Que yo te amo a ti,//
Con el corazón.
Te vengo a decir//
Toda la verdad.
Te quiero Señor, te amo Señor,
Con el corazón.
Yo quiero cantar//
De gozo y de paz,
Yo quiero llorar//
De felicidad.
Te vengo a decir//
Toda la verdad.
Te quiero, Señor,
Te amo Señor, con el corazón.

Por cierto que no se trata de una canción muy apropiada para un funeral, pero eso fue lo que el viudo quiso que cantáramos. Pronto nos tomamos de la mano y comenzamos a danzar, aun hasta el esposo. Estaba tan gozoso por la revelación que el Señor le había dado a su esposa por setenta años que quería festejarlo.

¿Y por qué no?

Debemos examinarnos para ver si realmente estamos empleando el idioma del Reino o un idioma extraño. Si el nuestro es el idioma del Reino, alabaremos al Señor cada día durante todo el año y comprenderemos cabalmente lo que decimos.

10

CON LOS OJOS ABIERTOS

Cuando veo tus cielo, obras de tus dedos, la luna las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? (Salmo 8:3,4).

Brame el mar y su plenitud, el mundo y los que en él habitan; los ríos batan las manos, los montes todos hagan regocijo delante de Jehová (Salmo 98:7-9ª).

Por doquier contamos con evidencias de las poderosas obras de Dios. El problema es que no las vemos. Quisiera compartir con ustedes una revelación casi "infantil" que recibí cierto día: posiblemente la razón por la que nos faltan motivos para alabar a Dios es porque tratamos de alabarlo con nuestros ojos cerrados. ¿En qué podemos pensar cuando todo está oscuro? (Por lo general solamente en las cuatro frases mencionadas en el capítulo anterior.)

Pero cuando abrimos nuestros ojos y miramos a nuestro alrededor, nos es posible encontrar un sinfín de cosas por las que agradecer a nuestro Señor.

Recuerdo la vez en que con un grupo de discípulos decidimos tener un retiro en una casa muy hermosa, con su parque de pinos, flores y pájaros, en un lugar que distaba unas dos horas de la ciudad. Después de llegar nos fuimos a orar debajo de un manzano. Corría el mes de septiembre y aquel día la primavera parecía haberse engalanado con sus mejores atavíos.

El primero en elevar su voz en oración dijo. –Señor, venimos a ti en este día...—y su oración no difería en nada con aquellas que tan familiares nos resultaban de tanto oírlas en el viejo sótano de nuestra congregación. El segundo hizo lo mismo.

Cuando me tocó el turno a mí para orar, mis palabras fueron: --Señor hemos hecho un viaje bastante largo para llegar hasta este lugar. Si nuestro deseo hubiera sido tener la misma reunión de oración que tenemos allá en el sótano de nuestra iglesia, no nos hubiera hecho falta venir hasta aquí.

Abrí los ojos. El manzano estaba en flor. Un pajarillo se había posado en sus ramas. Entonces proseguí: "Señor, mira el avecilla que has hecho. ¿No es hermosa?

¡Los que estaban conmigo abrieron bien grandes sus ojos! ¿Qué le pasaba a Juan Carlos? Yo seguí:

--Señor, mira las rosas. Observa los pinos... Ahora me doy cuenta por qué no teníamos nuevas palabras para alabarte. Ahora comprendo el por qué de las alabanzas de David. Señor, ¿en dónde dice la Escritura que debemos orar con nuestros ojos cerrados?

Realicé una recorrida relámpago en mi mente desde Génesis hasta Apocalipsis y no pude encontrar nada que indicase que debíamos hacerlo así. Es más, la Biblia nos señala todo lo contrario. El Salmo 121 dice: "Alzaré mis ojos a los montes", La última oración de Jesús que se menciona en los Evangelios señala que El elevó esta oración

“levantando los ojos al cielo” (Juan 17:1). Nuestra tradición es la que una vez más nos ha hecho actuar al revés de lo que dicen las Escrituras.

Mis compañeros abrieron sus ojos en seguida volvieron a orar. Uno de ellos dijo: --¡Fíjate en el sol! ¿No es maravilloso? ¿Acaso puede negarse que sea un milagro de Dios? Padre, ¡que grandioso eres! ¡Tú hacer todo a la perfección!

Comenzamos a andar por el parque. Aspirábamos el perfume de las rosas y hablábamos respecto del maravilloso poder de Dios. Uno de ellos se trepó a un árbol y exclamó: --¡Cuántas cosas hermosas que percibo desde aquí! --Y comenzó a enumerarlas.

Pronto todos nos habíamos trepado a los árboles (de más está señalar que ésta fue una reunión de oración fuera de lo común). Parecíamos un montón de monos chillando y gesticulando. --¡Fíjense en esa vaca! ¡Miren cómo crecen las plantas por el poder de Dios! ¡Vean a ese hombre allá a lo lejos! ¿Y qué de ese par de tortolitos? ¡Gloria al Señor por la hermosura del amor!

Cuando nos bajamos alguien exclamó: --¡Vean el pasto! --¿Y qué hay en el pasto? –le pregunté--.¿Es que nunca antes lo habías visto?

--Sí, --me contestó--. Pero ahora me doy cuenta que es una alfombra que Dios ha hecho para el mundo. ¡Gloria al Señor por la maravillosa alfombra!

Y así continuamos por cuatro horas. Puedo decir que fue una de las reuniones de oración más provechosa que tuvimos.

A partir de ese día empezamos a orar con los ojos abiertos y hemos entrado en una dimensión completamente distinta de lo que es la alabanza.

Transformó por completo nuestra liturgia Pentecostal de adorar. Antes teníamos toda suerte de temblores, gritos y llantos en nuestras reuniones. Como teníamos los ojos cerrados nos olvidábamos de que estábamos rodeados de otras personas. Ahora todas esas cosas terminaron. Ya nuestros rostros no reflejan esa expresión rara que parecía apropiarse de nosotros antes cuando orábamos. Sabemos que otros nos están observando y ¡entonces ponemos una cara linda!

Hasta hemos dejado de cambiar el timbre de nuestra voz y el siempre reiterado vocabulario en nuestras oraciones. Son muchos los creyentes que toda vez que oran se expresan con cierto dramatismo y emplean palabras floridas. ¿Por qué? Porque cierran sus ojos y creen haber penetrado en otro mundo.

Pero al tener los ojos abiertos nos damos cuenta que debemos vivir solamente una clase de vida durante las veinticuatro horas del día. Todo debemos hacerlo en la presencia de Dios. Su presencia siempre está con nosotros. No es necesario que le hablemos de una manera especial, distinta.

Es más, hasta los bancos en nuestra congregación ahora los hemos dispuesto de una manera no convencional. Cuando estaban alineados uno detrás de otro, lo único que veíamos era la nuca del que estaba sentado delante nuestro. Ahora queremos ver caras en lugar de nucas. Por lo tanto al poner los bancos en una especie de semi-círculo parece que disfrutamos de una comunión mayor. Al ver que otros alaban al Señor decimos: --Dios, gracias por ese hermano...

Es cierto que en algunas oportunidades nos es necesario cerrar lo ojos y escudriñar en lo profundo de nuestro ser. Pero cuando alabamos a Dios nos estamos expresando de

adentro hacia fuera y al mirar a nuestro alrededor encontramos muchísimas cosas con las cuales llenar nuestras cajas de alabanzas.

¿No fue eso lo que hizo David? Es posible que viera acercarse por el camino a un pastor y que le dijera: --Hola, ¿A dónde llevar el rebaño?

--A los pastos verdes y a las lagunas tranquilas al otro lado de la colina.

Y David, puesto que era una persona espiritual, que hablaba el idioma del Reino, pudo apreciar la belleza de Dios en eso. Mientras que andaba solo se dijo a sí mismo:

Jehová es mi pastor; nada m faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará.. (Salmo 23:1,2).

Si en lugar de David hubiéramos encontrado allí, se habría perdido todo. Con seguridad que nuestro saludo habría sido: --Hola, pastor ¿Cuánta lana te rinde cada oveja por estación?

-- Unos quince kilos.

-- Y, ¿a cuánto te pagan el kilo?

-- El precio que fija el mercado,. Entre diez y veinte dólares.

--Ya veo. Por lo tanto puedes calcular unos trescientos dólares por oveja, ¿verdad?¡Buen negocio!

Puro materialismo. Y sin embargo vamos a la iglesia y continuamos cantando: --Gloria al Señor. Aleluya.

Y el Señor dice para sus adentros: --¡Hummmm el mismo disco rayado de siempre!

David, empero, quería que cada uno compusiera sus propios salmos. Los Salmos no están limitados al libro que está ubicado entre el de Job y Proverbios. Los Salmos son una reacción espontánea del hombre espiritual en una circunstancia dada. Si le sucede algo malo, (como con frecuencia le ocurría a David), nuestra reacción debería ser un salmo al Señor. Si recibimos buenas noticias, deberíamos proceder de igual modo.

Al escribir a los Efesios, el apóstol Pablo señaló que la gente llena del Espíritu hablaría con “salmos (5:19). Pero no necesariamente los Samos de David. No es menester que estemos llenos del Espíritu para cantar los Salmos de David, ¡sólo tenemos que saber leer! Sin embargo, el Espíritu dentro nuestro puede darnos salmos nuevos, originales.

Con mucha frecuencia cantamos alabanzas que hemos tomado “prestadas”. Cantamos los Salmos de David pero sin la espontaneidad con que él lo hacía. Con seguridad que si David estuviera entre nosotros nos arrebataría el libro de las mano diciéndonos: --¡Dejen de cantar así! Yo no compuse los Salmos para que ustedes los canten mientras dejan volar su imaginación. Mi corazón estaba rebosante. Mis palabras eran una explosión de lo que se encerraba dentro de mi alma. Cantan con tanta apatía que parecen estar aburridos”.

No está mal que tomemos “prestadas” algunas canciones, pero es mucho mejor si componemos nuevas canciones para el Señor. ¿Tiene presente lo que tuvo lugar cuando María fue a visitar a Elizabet?¿Cuál sería la conversación de dos señoras de nuestra congregación que se encuentran grávidas?: --¿De cuántos mese estás? ¿Cómo te sientes?

¿Qué te gustaría que fuera, varón o nena? ¿Tienes mucha ropa preparada para el ajuar del bebé?"

Cuando María se encontró con Elizabet, el saludo fue un salmo: "Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre" (Lucas 1:42)

¿Cuál fue la respuesta de María? Otro Salmo: "Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador..." (Lucas 1:46 y siguientes).

Simeón también estaba lleno del Espíritu. Al ver al Niño no dijo: "¡Qué hermoso! ¿Cuánto tiempo tiene?" El exclamó: "Ahora, Señor despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación" (Lucas 2:29,30).

La profetiza Ana hizo lo mismo.

¿Hay algún impedimento para que las personas llenas del Espíritu no puedan expresarse espontáneamente con salmos que fluyen desde dentro de su ser?

Un día me encerré en mi oficina y dije; "Señor, hoy voy a cantar una canción nueva". Tomé mi guitarra y comencé a rasguear: "Aleluya....aleluya...gloria al Señor". Era muy poco. No hizo falta mucho para descubrir mi pobreza.

Fuera de esas alabanzas prestadas que había tomado de David, de María y de Wesley, no tenía nada.

Pero seguí adelante y desde aquel día aprendí a decirle a Dios a través de salmos cuánto. El significa para mí. Muchas veces con mis discípulos hemos cantado nuevas canciones al Señor, hablando y respondiendo uno y otro por vez. Hace ya algunos años mi esposa y yo viajamos a Europa. Al llegar a Roma había un montón de cartas esperándonos: de mi secretario , de mi madre y de nuestros niños. Como es natural, primero abrimos las cartas de nuestros hijos. El que entonces tenía seis años había escrito todas las palabras que sabía: "mamá, papá, tío, vaca, caballo". En sí no era una carta, pero era todo cuánto sabía hacer y nosotros nos sentimos extasiados. –Fíjate esto—nos decíamos el uno al otro--. ¡qué precioso!

El que estaba cerca de los cinco años no sabía escribir y por lo tanto dibujó algo que quería representar una boda: la novia, el novio, y por supuesto yo era el pastor. --¡Mira qué precioso dibujo!—exclamamos alborozados. Nos reíamos de puro gozo y a la vez suspirábamos por volver a verlos y tenerlos en nuestros brazos.

Y luego le tocó el turno al pedacito arrugado de papel de nuestra pequeña que a la sazón contaba tres años. Había hecho un montón de garabatos. --¡Mira esto!—grité. Mi esposa empezó a llorar y pronto yo lloraba junto con ella.

El pastor italiano que nos había traído la correspondencia no nos quitaba los ojos de encima. Yo le pasaba los papeles delante de las narices.--¡Guarda che bello!

¿Qué le ocurría que no me respondía? Porque no eran sus hijos. En lo que a mi esposa y a mí nos concernía, esos papelitos eran lo más hermoso del mundo. Aún los conservamos. Préste atención; siga adelante. Cante una nueva canción al Señor, aun cuando pueda parecerle garabato. Al Señor le va a gustar mucho más que si fuera el Aleluya de El Mesías de Hendel, cantado por el coro del Tabernáculo Mormón. Empiece a cantar. Vuelque la actitud de su corazón en palabras nuevas y una canción nueva. Cuéntele al Señor una historia con los sucesos de ese día, de algo que ve a su alrededor. Cualquier cosa que ponga de manifiesto su poder y su gloria.

Dios se mostrará tan alborozado que los ángeles del cielo lo mirarán con la misma extrañeza con que nos miró a nosotros aquel pastor italiano. --¡Escuchen esto! –gritará--.

¡Es Juan Carlos con su guitarra! Ayer lo único que pudo cantar fue ‘Aleluya, Gloria al Señor’, pero hoy está añadiendo palabras nuevas. ¡Oíganlo!

Es indudable que la Filarmónica Angelical y el coro de ángeles pueden hacerlo mucho mejor, pero Dios les dirá: “Estoy cansado de todo eso. Ahora déjenme escuchar por un rato los garabatos de mi Juanito”

Llene sus cajas vacía con palabras y canciones nuevas. Alabe al Señor por su proezas.

11 ¿NIÑOS POR SIEMPRE?

Acerca de esto tenemos mucho que decir, y difícil de explicar, por cuanto os habéis hecho tardos para oír. Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo. Tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido. Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal. Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, damos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios, de la doctrina de bautismos, de la imposición de manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno. Y esto haremos si Dios en verdad lo permite (Hebreos 5:11-6:3).

Verdaderamente que Dios me conmovió cuando por vez primera me hizo ver cuán niños éramos tanto yo como la congregación.

Cuando asumí el pastorado de la iglesia. El Tabernáculo de la Fe, los miembros alcanzaban a 184 personas. En seguida nos pusimos a trabajar y al cabo de dos años de buena organización y bastante trabajo de extensión, habíamos llegado casi a seiscientos miembros. Nos habíamos triplicado.

Yo había asistido a muchas convenciones relacionadas con la evangelización y ponía en práctica en la congregación todo cuanto sabía. Estábamos contentos de contar como Ministro de Educación con una persona que se había graduado en un Seminario de los Estados Unidos, nuestra Escuela Dominical iba viento en popa. La organización juvenil andaba muy bien y lo mismo se podía decir de los grupos para adolescentes, el programa de Exploradores del Rey para los muchachitos y el de Misioneritas para las niñas. La Confraternidad de Varones y otros departamentos de la congregación funcionaban igualmente bien.

Nuestro sistema para seguir manteniendo contacto con visitantes y nuevos era uno de los mejores. Contábamos con cartas circulares seriada para cada grupo: hombres, mujeres, niños, judíos, árabes y cualquier otra cosa que usted se pueda imaginar. Llevábamos un registro de cada llamada telefónica y visita que se

realizaba; promovíamos la suscripción a revistas que considerábamos de ayuda espiritual. Nuestras tarjetas nos mostraban exactamente qué ocurría con cada persona: si se había bautizado y todo otro dato que pudiera resultarnos interesante.

La denominación estaba tan bien impresionada con el adelanto logrado que en dos oportunidades me invitaron para ser el orador principal en sus convenciones a fin de compartir con los presente nuestro sistema para no perder el contacto con visitantes y nuevos miembros y a la vez distribuir muestras de los formularios que utilizábamos entre los pastores.

Sin embargo, detrás de todo eso, yo presentía que algo no funcionaba bien. Las cosas parecían que se mantenían bien altas mientras que yo me mantuviera trabajando diez y seis horas por día. Pero si me tomaba un pequeño descanso, todo parecía venirse abajo y eso me hacía sentir molesto.

Llegó el día en que decidí hacer un alto. Reuní a los diáconos de la congregación y les dije: --Necesito tomarme dos semanas para dedicarlas a la oración--. Me fui a una casa situada en el campo y allí me dediqué a la oración y a la meditación.

El Espíritu Santo comenzó su obra de quebrantamiento. Lo primero que me dijo fue: --Juan Carlos, lo que estás dirigiendo no es una iglesia. Es un negocio.

Yo no comprendí lo que el Espíritu Santo me estaba diciendo.

--Estás promoviendo el Evangelio de la misma manera que la firma Coca Cola promueve sus productos, --me dijo--. Igual que Selecciones del Reader's Digest vende libros y discos. Te vales de todo los subterfugios humanos que te enseñaron en el Seminario. Pero, dime ¿dónde esta mi mano en todo esto?

No sabía que contestar. Tuve que reconocer que mi congregación más que un cuerpo espiritual era una empresa comercial.

Entonces fue cuando el Señor me dijo algo más: --No estás creciendo. Crees que lo has hecho porque de doscientos has aumentado a seiscientos. Pero no estás creciendo, lo único que has hecho es engordar.

¿Qué significaba eso?

--Todo lo que tienes son más personas del mismo calibre de antes. Ninguno está madurando; el nivel continúa siendo el mismo. Antes tenías doscientos bebés espirituales y ahora tienes seiscientos.

Y era algo que no se podía negar.

--Como resultado de eso, --continuó diciéndome el Señor--, lo que tienes a tu cargo es un orfanato mas bien que una iglesia. Espiritualmente hablando ninguno tiene un pobre. Tú no eres el padre sino que eres el atareado director del orfanato. Te ocupas de mantener encendidas las luces, las cuentas pagas y los biberones llenos de leche, pero ni tú ni nadie en realidad hace las veces de padre de esos bebés.

Y por supuesto que una vez más el Señor estaba en lo cierto.

Al regresar a mi casa pude apreciar muchas evidencias de esa niñez sempiterna, no solamente en mi congregación sino en todo el Cuerpo de Cristo.

Por ejemplo, muchas de las oraciones siempre eran iguales. Uno pensaría que si la persona realmente crece en su relación con el Señor, se expresará de una manera distinta de la que lo hacía cuando recién fue salo. Pero no era así.

¿Qué pensaría usted si me escuchara hablándole a mi esposa de la misma manera que lo hice cuando me dirigí a ella expresándole mi deseo de conversar a solas por unos momentos? Nunca me olvidaré de ese día. En aquel entonces ella era miembro de mi congregación: --Hermana Martha, quisiera conversar con usted unos momentos.

--Muy bien, pastor, ¿dónde puede ser? –me preguntó.

Cuando nos encontramos solos le dije: --Hermana Marta, yo ... en fin... yo quisiera ... Es posible que usted no haya notada que mis sentimientos para con usted no son como para las otras hermanas en la congregación. En realidad siento algo especial hacia usted... –Sería ridículo que me dirigiera a Martha así luego de más de doce años de matrimonio y teniendo cuatro hijos. Nuestro diálogo es mucho más profundo que lo que fuera en su faz inicial.

Lamentablemente en la iglesia no ocurre lo mismo. Se pronuncian las mismas oraciones de siempre y siguen catándose los mismo himnos de hace años. El diálogo se mantiene estático.

Otra evidencia de falta de crecimiento es la división que existe en la Iglesia. Pablo le hizo notar a los Corintios que la forma en que ellos aferraban de Pedro, Apolos y hasta el mismo eran un indicio de su falta de crecimiento espiritual. Los Corintios se peleaban entre ellos. Tenían preferencias por distintos pastores, pero aun así permanecían en la misma congregación.

Nosotros, en cambio, ni siquiera eso sabemos hacer. Pertenecemos a distintos grupos y nos congregamos en edificios distintos y hablamos mal los unos de los otros. Si los Corintos eran bebés en Cristo, bueno, yo diría que nosotros todavía no hemos nacido.

Y lo triste del caso es que en lugar de mejorar, empeoramos. Cada año surgen más denominaciones. Nunca antes ha estado tan dividido el Cuerpo de Cristo.

Una tercera evidencia es que siempre estamos interesados en recibir mas bien que en dar. Nos parecemos a los chiquillos, siempre estamos esperando que el Señor nos ayude, que haga esto por nosotros, que nos da aquello, que nos sane, que podamos sentirnos contentos, que tengamos dinero ... nunca dejamos de pedir. – Papi, dame diez mil pesos ... papi dame esto, papi cómprame aquello.

La persona madura por el contrario, sabe dar. El dar es una evidencia de madurez.

¿No le resulta interesante la manera en que los cristianos siempre están más intrigados con los dones que con los frutos del Espíritu? Si el pastor invita a su congregación a un evangelista que tenga un ministerio de sanidad, la iglesia se llena de bote en bote. A los niños les encanta todo lo que sea espectacular, pero solamente aquellos que son crecidos se interesan por el amor, el gozo la paz, la paciencia, la bondad, amabilidad, la fidelidad, la mansedumbre y el dominio propio.

Igual que los niños nosotros no sabemos darle a la cosas su justo valor. Si un niños tiene que escoger entre un billete de mucho valor y un chocolate, dará preferencia al dulce. En lo que se refiere al materialismo nos parecemos muchísimo a ellos. Queremos la mejor casa, un auto de último modelo, una cuenta en el banco con una fuerte suma de dinero . Damos preferente atención a eso mas bien que a las cosas espirituales, porque carecemos de madurez para darles el valor que realmente tienen.

Lo que es más, procuramos valernos de Dios para conseguirlos bienes materiales que codiciamos. No es suficiente que nos ocupemos en prosperar sino que tratamos de coaccionar a Dios para que nos ayude en nuestro esfuerzo. Nuestra conducta es la de un niño egoísta.

Otra evidencia de la falta de madurez es la carencia de obreros que hay en la Iglesia. No sé a qué atribuirlo, pero vemos personas que por espacio de diez o veinte años han conocido al Señor y no pueden guiar a una persona a Cristo.

Les parece que han hecho algo grande cuando pueden invitar a alguien a un culto: --¿Por qué no viene a nuestra iglesia? Viera qué hermoso es el templo. Está todo alfombrado, las butacas son cómodas y en el verano hay muy buena refrigeración. Además el Pastor es un tipo macanudo. Vamos, anímese, ¡venga conmigo!

Si la persona accede, el creyente piensa que ya ha cumplido con su obligación: --Pastor, hoy me acompaña una amigo. De aquí en adelante queda en sus manos--. Y entonces el pastor tiene que predicarle el Evangelio, guiarlo a los pies de Cristo, bautízalo y de ahí en más seguirlo cuidando.

Qué interesante es que Pablo manifestó que casi no bautizó a nadie. Escribiendo a los corintos señaló: “Doy gracias a Dios de que a ninguno de vosotros he bautizado, sino a Crispo y a Gayo... También bauticé a la familia de Estéfanas; de los demás, no sé si he bautizado a algún otro” (1Corintios 1:14-16).

¿Cómo es, entonces, que en Hechos 18:8 leemos que toda su casa; y muchos de los corintios, oyendo creían y eran bautizados”. Alguien se encargaba de bautizar a los nuevos creyentes y lo cierto es que no era Pablo. Puede que haya sido Crispo, Gayo y algunos otros padres espirituales. Todos los domingos los pastores predican al A,B,C de la salvación. La gente responde y entonces los

llevamos a la clase de los nuevos convertidos para que vayan interiorizando las doctrinas de la iglesia, el bautismo y otras fundamentales. Pero, ¿quién se ocupa de los tales a partir de ese momento? Para cuando terminan con la clase ya estamos listos para comenzar un nuevo curso para aquellos que se convirtieron luego, dejando a los primeros sin nadie que los guíe hacía la madurez espiritual.

No es de extrañarse, entonces, que tantos se nos escurran de entre los dedos. No debe sorprendernos que los resultados de nuestras grandes campañas vayan menguando. Para decirlo con toda franqueza, los nuevos creyentes se aburren de la Iglesia. Todos los domingos se sigue la misma rutina: el coro siempre es el mismo y los himnos también. La predicación no difiera de un domingo a otro. Entonces a Satanás le resulta muy fácil arrastrarlos nuevamente el reino de las tinieblas.

¿De quién es la culpa? Vez tras vez se reitera a los creyentes que tienen que crecer, pero ¿cómo pueden hacerlo si sólo se los alimenta con leche? La leche es buena por un tiempo, pero el bebé necesita ir probando comida sólida. Empero, no se puede culpar enteramente a los pastores de esta situación porque tanto los Seminarios como las Escuelas Bíblicas en su mayoría no han sabido prepararlos. Si todo lo que saben hacer es calentar el biberón, ¿quién tiene la culpa?

Se debe a que somos víctimas de las estructuras en las que hemos sido criados. No podemos huir de las mismas porque forman parte de nosotros. Pero si podemos hacer un alto y meditar respecto de lo que estamos haciendo. Si no nos detenemos un poco en nuestra incesante ronda de actividades y le preguntamos a Dios si El está en todo lo que hacemos, entonces sí seremos culpables.

A mí me resultó sobremanera difícil hacer un alto. Mi teléfono sonaba de la mañana a la noche. De continuo tenía que mantener aceitada la maquinaria de mi iglesia, maquinaria esta que yo había puesto en marcha, porque de lo contrario se derrumbaría. Por lo general en nuestro país el pastor es la persona más ocupada por cuanto casi siempre es uno de los pocos que tienen automóvil en la congregación y por lo tanto tiene que hacer de chofer de todos, llevar a los enfermos al hospital ya otros lugares además de todos sus otros compromisos.

Pero gracias a Dios que llego el día en que me detuve. Y el hecho de que lo hice provocó una revolución en la congregación.

Por primera vez no preparaba mis propios programas para decir luego: --Señor, aquí están mis planes. Bendícelos –Fue el hacer un alto que puede decir: --Señor, ¿qué es lo que quieres que haga?

Parece increíble la gran cantidad de planes que los pastores iniciamos y cuán pocos acabamos. En las muchas visitas que hice a distintas congregaciones, más de una vez el pastor me dijo: --El mes que viene comenzamos con un nuevo programa. Ya tenemos todo preparado y listo para empezar a marchar.

Pero el otro año, cuando me volvía a encontrar con el pastor, al preguntarle como le había ido con aquel programa me contestaba: --oh, no nos fue posible

cumplirlo. Pero, la semana que viene ya tenemos todo listo para empezar con algo nuevo, distinto...

¿Por qué nuestros programas fracasan una y otra vez? Porque tratamos de llevarlo a cabo valiéndonos de niños.

Tanto usted como yo sabemos que no se puede contar con los niños. Hacen muchísimas promesas: ("sí, lo vov a hacer; me voy a portar bien; prometo que haré lo que me pides"), pero todas sus promesas no son nada más que palabras.

Fue necesario que el Señor me hiciera ver qué parte del problema se debía a que mi predicación no era otra cosa que leche. Creía que en verdad había estado trabajando bien, pero mi trabajo no había sido otra cosa mas que lo que el escritor de la Epístola a los Hebreos llama "enseñanza rudimentaria" o rudimentos.

Arrepentimiento.

Fe.

Bautismos.

Imposición de manos. (El bautismo en el Espíritu Santo, que en tiempos de la Iglesia Primitiva, por lo general seguía al bautismo en agua, cuando se imponían las manos mientras que la persona que se había bautizado todavía estaba en el agua.)

La resurrección.

El juicio eterno.

¡Eso era todo lo que había estado predicando por espacio de veinte años!

Al pasar revista al material de la Escuela Dominical, comprobé que abarcaba los mismo principios espirituales una y otra vez.

Hice un repaso mental de lo aprendido en la Escuela Bíblica; lo mismo. (¿No me cree? Observe el índice de cualquier libro de Teología. Encontrará un capítulo acerca de las Sagradas Escrituras, el otro trata de Dios, otro respecto al hombre. Un tercero acerca de la salvación, luego viene un capítulo que trata sobre el Espíritu Santo. Y por supuesto no falta un capítulo que se refiere a la Segunda Venida y las últimas cosas.) Eso es todo. No hay nada que trate temas que van más allá de los "rudimentos de la doctrina de Cristo".

Yo pertenecía a una denominación que estaba orgullosa de predicar la salvación el bautismo en el Espíritu Santo, la sanidad divina y la segunda venida. Y a eso lo llamábamos ¡el pleno Evangelio! Otros grupos, en cambio, consideran la santidad como uno de sus puntos clave en lugar del bautismo en el Espíritu.

¿Cómo es que podamos considerar a estas cosas como el pleno Evangelio cuando en el libro de los Hebreos se nos dice que son rudimentos?

Con esto no quiero criticar a otras personas bien intencionadas por cuanto yo era tan culpable como el que más. Sentí una gran desilusión al comprobar que el arrepentimiento, la fe, el bautismo en agua, el bautismo en el Espíritu y la preparación para los postreros tiempos era algo que en la Iglesia Primitiva se

enseñaba el primer día en que la persona era salva. Ese era el punto de partida desde el cual los nuevos convertidos avanzaban hacia la madurez.

No hace mucho un pastor de otra denominación de dijo: --Pastor Ortiz, sí que estoy nadando en aguas profundas, pero igual que la mayoría de nosotros aun estamos en los rudimentos.

En realidad recibí un golpe muy fuerte cuando un muchacho en la congregación se me acercó y me dijo: --Hermano Juan Carlos, ¿puedo decirle algo? Llegué a la conclusión de que desde el momento en que fui salvo hace un año. Durante los primeros seis meses estuve aprendiendo y aprendiendo, pero luego parece como si supiera todo lo que saben los otros hermanos. Me siento como si me estuviera manteniendo, nada más. Ya no sigo creciendo como antes.

¿Porqué su pastor no le daba algo más aparte de la leche?

Me esforcé para tratar de averiguar qué era la comida sólida. Encontré que Pablo lo decía a los Corintios que no podía darles comida sólida por cuanto todavía eran bebés que necesitaban leche. ¿A qué se refiere Pablo en la primera Epístola a los Corintios? A la inmoralidad que allí se observaba, a las disputas entre los hermanos, a problemas matrimoniales, a la comida sacrificada a los ídolos, a la insubordinación, al atavío de las mujeres, a los abusos en la cena del Señor, a los dones espirituales, la resurrección de los muertos y cómo se debía levantar una ofrenda.

"Nada más que leche", señaló Pablo.

En el capítulo dos de su primera Epístola nos da un breve vislumbre de lo que es comida sólida. Veamos:

Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría, no de este siglo, NI DE LOS PRINCIPES DE ESTE SIGLO, QUE PERECEN. Mas Hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria, la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció, porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de gloria. Antes bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aún lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual, Pero el nombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de

discernir espiritualmente. En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo (1 Corintios 2:6-16).

En el versículo que sigue (3:1), el apóstol una vez más se dirige a los "niños en Cristo".¿A qué se refiere Pablo en el capítulo dos?

Un poco más adelante en la Segunda Epístola se refiere al viaje que realizó a las oficinas centrales del universo, donde oyó palabras inefables, "que no le es dado al hombre expresar" (2 Corintios 12:4). ¿Quién puede saber respecto de lo que Dios compartió con Pablo en aquella ocasión? Pablo nunca lo menciona en sus escritos.

Debemos tener presente que las Epístolas fueron escritas para corrección. No nos da el hilo principal de las enseñanzas apostólicas sino que solamente sirven para enseñarnos respecto de las cosas que necesitaban ser corregidas. No sabemos todo lo que Pablo enseñó mientras se encontraba ya sea en Corinto, Antioquia, Troas, Tesalónica o en cualquier otra ciudad.

¿Cuál es el tema de la Epístola de los Romanos? El arrepentimiento. Es evidente por el pasaje de Hebreos que cito al comienzo de este capítulo, que esa Epístola está reducida a leche de manera que no atragante a los niños. (En nuestros Seminarios tanto Romanos como Hebreos son Epístolas "profundas"; ¡materias que se tratan en el tercer año de estudios!)

La realidad es que resulta bastante penoso comprobar que no hemos bebido ni siquiera algo de la leche que está a nuestra disposición, y que tampoco hemos digerido por completo aquella que hemos bebido. ¿Qué haremos con "la sabiduría que no es de este siglo"?

12

EL CRECIMIENTO

Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo (Efesios 4:11-13).

Recuerdo que, cuando el Señor comenzó a hablarme tocante a la solución para el estancamiento por el cual estábamos atravesando, lo hizo por medio de este pasaje de la Epístola a los Efesios.

Mi trabajo debía ser el que equipar a los santos, guiarlos a la madurez, y nadie me había enseñando cómo hacerlo. Lo que había aprendido era la forma en que se podía entretener a la gente, pero nunca de qué manera llevarla al perfeccionamiento. Muchas de nuestras actividades eran puras y exclusivamente diseñadas para entretener a los creyentes, para que se sintieran involucrado en algo.

Toda vez que iba de visita a alguna congregación, el pastor de inmediato me decía: --Hermano Ortiz, ¿qué cosas nuevas ha puesto en práctica? ¿Qué están haciendo en la Confraternidad de Varones? ¿Qué hacen los jóvenes?—Siempre estamos a la búsqueda de algo nuevo, atractivo, que nos permitía entretener a la gente. Y si logramos mantenerlos en la gracia de Dios hasta que mueran, pensamos que hemos tenido éxito.

Sin embargo ése no es nuestro ministerio como pastores. No es de extrañarse que el escritor a los Hebreos señalara: “porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primero rudimentos” (5:12). Sin duda que esperaba algo mejor: que con el tiempo los laicos llegaran a ser maestros.

Si prestamos atención al capítulo cuatro de Efesios notaremos que allí no se nos dice que los apóstoles, profetas y pastores son los que tienen que hacer la obra de servicio, sino que ellos deben equipar a los santos para que la hagan.

Un arquitecto no se dedica a construir edificios; su trabajo es diseñar los planos para que otros se encarguen de hacerlo. Si el arquitecto también tuviera que ir colocando las hiladuras de ladrillos y completarlo por sí sólo, posiblemente no podría hacer mas que un edificio en toda su vida. Pero, así como están repartidos los distintos trabajos, puede “construir” varios edificios a un mismo tiempo.

Hoy día la iglesia necesita el ministerio apostólico. Hacen falta dirigentes que puedan trazar los planos divinos y equipar a los creyentes para irlo levantando.

Así mismo los arquitectos son los que tienen a su cargo la tarea de preparar futuros arquitectos, o, tomando otra vez el lenguaje bíblico, los ministros tienen que

producir otros ministros. Las ovejas tienen corderos. ¿No es acaso la oveja la que tiene que alimentar a sus corderos con su propia leche? Así ha sido dispuesto y es también la clave para la multiplicación.

Pablo señala que la meta que está por encima de cualquier otra, es llegar "a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo". El Padre anhela que todos alcancen la misma estatura de Cristo ". Y los pastores son quienes, en primer lugar, tiene que llegar ellos mismo a la madurez para poder así obtener el mismo crecimiento en sus ovejas.

En los versículos 14 y 15 Pablo continúa diciendo: "no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina... sino que siguiendo la verdad en amor crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo".

Este progreso es similar al que tiene lugar cuando el niño comienza a asistir a la escuela. Al pasar a primer grado puede enseñar a otros lo que aprendió en pre-escolar. Al cabo de un año debería haber adelantado lo suficiente como para estar en segundo grado y estar capacitado para enseñar a otros lo que aprendió en primer grado y éstos, a su vez ir enseñando a los pre-escolares lo que ellos aprendieron. Ya dejamos de enseñar el A,B,C, del Evangelio pero ello no quiere decir que lo hayamos olvidado. Este A,B,C, o rudimentos, todavía se enseñan, pero lo hacen aquellos que no han crecido lo suficiente como para dar una enseñanza más profunda. El crecimiento sigue.

¿Cómo hubiera estado dispuesto Pablo para dejar este mundo si no hubiera hecho discípulos de Timoteo, Filemón y otros? Jesús retornó al Padre contento y satisfecho porque detrás suyo quedaban doce réplicas de El. Los doce que formaban su congregación no tuvieron que escribir a ningún obispo para decirle: --Por favor, mándenos otro pastor porque el que teníamos se acaba de ir al cielo--. Habían crecido; estaban en condiciones de pararse por sí mismos.

¿Por qué es que en la iglesia contemporánea, cuando alguien quiere prepararse para el ministerio debe *dejar* la iglesia y entrar a un Seminario? Porque la iglesia no está cumpliendo debidamente sus funciones. Si los pastores estuvieran equipando a los santos para hacer la obra del servicio, tal como enseña la Biblia, los seminarios estarían de más. Dios tiene solamente una agencia sobre esta tierra: La Iglesia. Eso era todo cuánto el tenía proyectado tener.

Es mejor que me explique: no estoy contra los Seminarios y Escuela Bíblicas y otras organizaciones para –eclesiásticas. La Iglesia es débil, necesita muletas para andar. Es más, ¡gracias a Dios por esa muletas! Sin embargo no deberíamos gastar el tiempo construyendo fábricas de muletas sino que deberíamos ocuparnos en la sanidad de la Iglesia.

Por el momento debemos tener cuidado no sea que privemos de sus muletas a los débiles. No hay razón para oponerse a los Seminarios, a las organizaciones juveniles y otros grupos afines, están ayudándonos a mantenernos. Pero una vez que seamos sanados, las muletas se caerán por sí solas. Oremos para ser sanados. ¿Cómo podremos ser sanados? La Iglesia crecerá en Cristo cuando sus líderes se afiancen realmente. En 1 Corintios 12:28, Pablo nos da una progresión sobre el crecimiento: "Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, los que tienen don de lenguas".

Nunca antes había prestado atención a esta escala ascendiente. "primero...segundo...luego". Mi atención se centró en esto una vez que mis

pensamientos se dirigieron al crecimiento. Es más, yo pensaba que mi ministerio era lo suficientemente maduro porque incluía sanidad, administración y lenguas. No me daba cuenta que esas cosas eran el peldaño demás abajo en la escala.

Sin embargo cuando aparté unos días para buscar al Señor, El empezó a hacerme ver que este versículo era una pirámide. El apóstol era un hombre que también profetizaba, enseñaba, hacía milagros y sanidades, ayudaba, administraba y hablaba en lenguas.

Y una vez más tuve que aceptar que las lenguas no eran el diploma con que uno se graduaba, sino que en realidad eran una de las primeras lecciones. Nuevamente tuve que aceptar que si en mi iglesia ahora había seiscientas personas que hablaban en lenguas en lugar de doscientas, no habíamos crecido. Lo único que habíamos hecho era engordar.

Empecé a ver por qué la familia de Dios no marchaba bien. En la mayoría de las familias el niño mayor tiene dos o tres años para cuando nace el segundo. Cuando viene el tercero, el segundo ya está dando sus primeros pasos y el mayor ya casi está por comenzar el jardín de infantes.

Pero en la Iglesia cuando llega el segundo hijo, el primero todavía es un bebé. Cuantos más niños nacen en la iglesia, tantos más son los pañales que tenemos que cambiar por vez.

Pero si todos están creciendo, ministros y ovejas por igual, existirá armonía. Note a Pablo. No comenzó siendo un apóstol, sino que principió siendo un discípulo que testificaba en la iglesia. Aparentemente habló por vez primera en lenguas cuando Ananías le impuso las manos (Hechos 9). Pero continuó creciendo. En los capítulos 11 y 12 de los Hechos leemos cómo colaboraba con Bernabé. Después vinieron sanidades y milagros, y en Hechos 13:1 se lo nombra entre los profetas y maestros de la iglesia en Antioquia.

Recién entonces lo enviaron como apóstol.

El ministerio de cada cristiano se desarrolla alrededor de este canal. Pero, ¿sabe qué es lo que sucede en la Iglesia contemporánea? Nosotros los pastores nos detenemos en alguna parte del camino; sabemos cómo hablar en lenguas, administrar, ayudar, ser usados para que algunos reciban sanidad o hasta podemos enseñar, y entonces dejamos de ir avanzando. Somos tapones que estamos bloqueando el camino. Las ovejas crecen y siguen creciendo y se arremolinan a nuestro alrededor, imposibilitadas de continuar creciendo hasta que nosotros crezcamos un poco más. Siguen escuchando nuestros sermones y muy pronto saben tanto como nosotros y resulta entonces que se crea una cámara de presión.

No es que el pastor a propósito sea un tapón, ya que como señalé anteriormente es víctima de la estructura igual que los demás siempre ha sido así.

Si la presión llega a ser los suficientemente fuerte, el pastor comienza a sentirse molesto y le pide al obispo que lo transfiera. Y entonces el obispo quita el tapón ¡y lo reemplaza con otro!

Si se trata de una denominación congregacional, donde no hay obispos, el problema es más grave todavía. La presión sigue aumentando hasta que el canal por fin explota y el tapón sale disparado por el aire! Y la explosión hace que sea bastante golpeado, tanto que algunas veces no puede seguir ejerciendo el ministerio.

Lógicamente que todo esto puede evitarse si el pastor sigue creciendo hacía el apostolado y las ovejas crecen a su sombra.

Si un pastor es realmente un padre para su congregación, no puede ser substituido (o saltar por el aire) cada dos o tres años. ¿Qué familia cambia de padre cada dos o tres años? Es posible que nuestras congregaciones se asemejen más a un club, que elige presidente por un período y luego vota a otro. Pero si somos una familia, permaneceremos unidos. El padre continuará delegando responsabilidades en los hijos a medida que éstos van creciendo.

Con el correr del tiempo el ministro estará preparado para ser enviado como apóstol, tal como sucedió con Pablo y Bernabé (Hechos 13). Habían llegado a ser peritos arquitectos en la iglesia; habían pasado por todas las etapas y estaban en condiciones de establecer nuevas iglesias.

Toda una vez que viajo fuera del país recibo cartas de mis discípulos en Buenos Aires donde me dicen: "¡Cuánto llorábamos cuando salías! Cada vez que te vas lloramos, pero después de tu partida comprendemos que nos hace mucha falta estar solos". Unos pocos años antes ni siquiera podían decir "amén" por sí solos, pero ahora son los pastores de la congregación. Yo puedo viajar seis, siete, ocho meses por año porque ellos están al frente ocupando mi lugar. Si me quedara, no crecerían. No predicarían o guiarían a los creyentes en la adoración porque yo estaría allí, para ellos soy un tapón! Pero cada vez que salgo de viaje, tienen que ocupar mi lugar.

Hasta el mismo Jesús dejó su congregación cuando abandonó del todo la tierra. Sus discípulos se quedaban solos y tendrían que crecer.

En la iglesia contemporánea, como todo está paras para arriba, ¿a quien se envía para establecer nuevas iglesias? A los jóvenes que acaban de salir del Seminario,. Yo empecé cuando tenía tan solamente veinte años. No sabía lo que hacía. Lo que yo plantaba no era una huerta que producía su propia fruta sino que era meramente un puesto de frutas ubicado en una determinada esquina. Constantemente tenía que recibir provisiones. No podía producir ninguna vida en sí misma. Toda vez que tenía que salir llamaba a otro pastor y le decía: "Por favor, venga y predique en mi puesto de fruta porque yo tengo que ausentarme".

Pablo y Bernabé, siendo peritos arquitectos, estaban preparados para establecer huertas con vida propia. Ellos se quedaban unos pocos meses en cada lugar y después se marchaban. Al cabo de un par de años, leemos que Pablo dijo: "Volvamos a visitar a los hermanos en todas las ciudades en que hemos anunciado la palabra del Señor, para ver cómo están" (Hechos 15:36). Al retornar a esos lugares se encontraron con que las huertas seguían allí y se mantenían creciendo.

Luego que Pablo estuviera en Tesalónica, escribió nuevamente para decir: "No sólo en Macedonia y Acaya, sino que también en todo lugar vuestra fe en Dios se ha extendido, de modo que nosotros no tenemos necesidad de hablar nada; porque ellos mismos cuentan de nosotros la manera en que nos recibisteis" (Tesalonicenses 1:8,9).

¿No le parece que es obvia la razón por qué en Antioquia el Espíritu Santo nos dijo: "Separen a algunos jóvenes que sepan tocar instrumentos musicales"? El Espíritu Santo dijo: "Apartadme a Bernabé y a Saulo", dos de los ministros principales, "para la obra que los he llamado "(Hechos 13:2).

Hoy día todo está al revés. El pastor exitoso es aquel que se queda en el mismo lugar todos los domingos del año por el mayor número de años. En la Iglesia Primitiva, el pastor que tenía éxito era aquel que podía hacer que sus discípulos crecieran rápidamente a fin de tener libertad para moverse y cumplir una nueva tarea. No porque fuera expulsado sino porque podía dejar la iglesia en manos de sus hijos y salir para otras regiones. Siempre podía volver a casa igual que Pablo regresaba a Antioquia.

Hoy día no ocurre lo mismo con nuestros misioneros. Los pastores que más han crecido son los que quedan su país natal, creemos nosotros. Esto da como resultado que los misioneros no son realmente apóstoles (las dos palabras vienen de la misma raíz en griego).Son meramente pastores. Primeramente son pastores en su propio país y luego van a otros países y allí siguen cumpliendo la función de pastores.

13

¿MIEMBROS O DISCIPULOS?

Como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo
(1 Pedro 2:5)

¡Ojalá que esta declaración de Pedro fuera una realidad en la actualidad! En algunos lugares sí lo es, pero con más frecuencia la iglesia no es una casa espiritual; es un montón de ladrillos desparramados, y eso produce una gran diferencia.

Cada miembro de la congregación es un ladrillo, y todos nosotros nos esforzamos grandemente para acumular más y más ladrillos. Hasta el pastor trabaja en la evangelización procurando traer más ladrillos al sitio de la construcción.

Pero existe un problema donde hay ladrillos sueltos. No es difícil que alguien los robe. El pastor y su gente deben cuidarse a fin de que alguien de otra congregación no venga y les robe los ladrillos para su terreno.

Es más, todos estamos tan ocupados vigilando y amontonando ladrillos que el edificio nunca se levanta.

Nosotros somos los ladrillos de Dios, pero no hemos sido colocados en aquella parte de su edifico donde podamos soportar más peso y proporcionar más fuerza. Si así fuera sabríamos qué ladrillos tenemos debajo nuestro, cuáles están arriba y cómo estamos relacionados unos con los otros.

Pero tal como van las cosas, pasamos todo el tiempo vigilándonos unos a otros. Tanto es el miedo que alguien se nos escape y es así que olvidamos por completo a los inconversos que andan afuera, en la intemperie, buscando un lugar caliente que los invite a entrar.

Si el pastor quiere elegirnos y ponernos en aquel lugar del edificio en que deberíamos estar, nos resistimos. Alegamos que la iglesia tiene que ser dirigida democráticamente, y que no nos sometemos a ningún hombre. Nos sometemos tan solamente al voto de la mayoría (y algunas veces ni siquiera a eso). A veces escuché a algunos creyentes decir muy ufanos: “Yo no sigo a ningún hombre. Yo sigo a Cristo”. Eso tal vez pueda parecernos algo bueno, pero en realidad es un tremendo error por cuanto la persona desea hacer su propia voluntad; ni siquiera comprende lo que significa seguir a Cristo.

Pablo dijo; “Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo” (q Corintios 11:1). Nosotros, los pastores, a veces tenemos temor de decir eso porque no vivimos como deberíamos y por eso decimos: --Hermano, no me mire a mí, siga la Biblia.

¿Sabe lo que eso significa}? Quiere decir ni más ni menos: “Yo traté y no tuve resultado, trate usted”. ¡Con razón el laico se siente desanimado! Sui el pastor no puede hacer lo que dice la Escritura, ¿quién podrá, entonces?

Pablo no tenía temor de ponerse como ejemplo. Escribiendo a los filipenses dijo: "Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced: y el Dios de paz estará con vosotros" (4:9). Aunque no parezca democrático es necesario para la construcción de un edificio sólido.

El motivo por el cual produce resultados es porque se basa en el factor multiplicación. En una ocasión, visitando una de las provincias del interior una anciana me presentó una jovencita. –Es mi biznieta –me dijo.

--¿Es cierto? –dije yo.

--Sí, tengo biznietos –señaló..- Uno ya tiene quince años, y se casa joven, es posible que tenga tataranietos.

--¿Cuántos hijos tuvo? –quise saber.

--Seis.

--Y ¿cuántos biznietos tiene?

--¡Vaya a saberlo!—me respondió--, Nunca los conté.

De acuerdo con esa proporción podría tener unos doscientos diez y seis biznietos, y mil doscientos noventa y seis tataranietos.

Su familia era bastante importante también. Un hijo era médico, otro abogado, dos eran chacareros y otro dueño de un automóvil con taxímetro. Entre sus nietos había ingenieros y muchos otros profesionales.

Si yo le hubiera preguntado cómo se las había arreglado con una familia tan numerosa para tenerlos a todos bien alimentados, bien arreglados y con una buena educación, seguramente que me hubiera respondiendo que no lo había hecho todo, sino que se había limitado cuidar a los seis suyos.

Y cada uno de sus seis hijos cuidó a sus seis hijos.

En la iglesia no tenemos un sistema de multiplicación así. El pobre pastor tiene que preocuparse por cada uno, ese es el gran problema.

A fin de crecer y aumentar y edificar, poniendo los ladrillos en el gran edificio es necesario que hagamos algo. Debemos hacer discípulos de nuestra gente para que ellos, a su vez, puedan hacer discípulos a otros. Tenemos que ser padres en lugar de directores de orfanatos.

Hasta el mismo Jesús actuó así. ¿Es que alguien puede poner en duda que El fue el mejor pastor que jamás existió? Sin embargo Jesús cuidó solamente a doce. Mateo 9:36 dice: "Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor".

¿Por qué? ¿Acaso El no era el Buen Pastor? Sí, lo era, pero un pastor puede cuidar un número limitado de ovejas, aún tratándose del mismo Jesús. Si El no podía hacer más de doce discípulos por vez ¿cómo podremos hacerlo nosotros?

Jesús supo colocarlos debidamente en el edificio. Cuando El partió, cada uno sabía lo que le tocaba hacer: Ir y hacer discípulos de otros, tal como Jesús había hecho con ellos.

Fue así que al irse Jesús, ellos salieron y empezaron a enseñar y a compartir casa por casa en pequeños núcleos. En la iglesia de nuestros días ya no hacemos eso. Los juntamos a todos los domingos en el gran salón comedor del orfanato y les decimos: --Muy bien, ¡ahora todos abran la boca! ¡Aquí está la comida!—La revoleamos por el aire y después les decimos: --Bien,. Los esperamos el próximo domingo.

Así no se puede alimentar a los niños. Debemos tomarlos uno por uno en nuestros brazos y darles el biberón. A medida que vayan creciendo podrán desenvolverse por sí mismos y con el tiempo ayudarán a preparar la comida para los más pequeños. Cada uno se va desarrollando en la familia.

Este debe ser el ministerio de edificar, de construir, no de cuidar.

Por supuesto que debemos preguntarnos qué es lo que estamos edificando. ¿Será una denominación? Yo estuve haciendo eso durante muchísimo tiempo. Cada vez que se realizaba una convención yo me sentía sumamente orgulloso de lo que mi grupo estaba edificando: otro pequeño reino.

Entonces comprendí lo que Pablo dijo refiriéndose a que debíamos a que debíamos trabajar con miras a "la edificación del cuerpo de Cristo" (4:12). Hoy día no comprendemos eso, sino más bien que pensamos en términos de la fracción Bautista o del segmento Presbiteriano o del segmento de las }asambleas de Dios. Nos gusta pensar que la parte no es la parte sino más bien el todo.

Pablo señaló a los Corintios que era una cosa muy sería "comer sin discernir el cuerpo del Señor" (1 Corintios 11:29). El un pan en la cena del Señor significa que aunque somos muchos, igual somos uno.

¿Cómo podemos edificar algo que no comprendemos? No podemos y no lo haremos. En lugar de ello estamos construyendo nuestros reinitos, denominaciones y programas a expensas de las otras partes del Cuerpo.

¿Qué ignorantes somos! Me imagino que si viera a un hombre con una cuchilla en su mano tratando de cortarse el pie, le diría: --Hombre, dígame, ¿qué está haciendo?

--Me estoy corinto el pie.

--¿Por qué?

--Porque este pie se paró encima del otro y me dijo que lo cortara.

Sin duda que el pobre está loco. No tiene discernimiento para darse cuenta que ambos pies pertenecen al mismo cuerpo.

A veces ocurre que cuando uno está comiendo se muerde la lengua. Pero eso no es razón para que uno se saque todos los dientes. Aun cuando la lengua lo faculta para hablar no pide que se arranque los dientes. Se sobreentiende que los dientes pertenecen al cuerpo.

Permítame que le diga algo, es necesario que comprendamos que es el Cuerpo de Cristo. Es necesario que dejemos de cometer necedades, que acabemos de hablar mal los unos de los otros. No es de extrañarse que una situación así nos lastime a todos y mucho menos que la Iglesia no solamente esté debilitada sino también lastimada.

Aquellos que dieron muerte al cuerpo físico de Cristo, a saber, Poncio Pilato, los romanos encargados de la ejecución, los sacerdotes judío, tenían un propósito. Era algo terrible, por lo menos hizo posible nuestra redención.

¿Cuál es el propósito que nos anima cuando perseguimos al cuerpo espiritual de Cristo? ¿Qué motivo nos impele a crucificar, dañar y dividir ese Cuerpo? No tenemos ninguno y nuestro castigo será mayor aún que el de Pilato o el de Judas.

Es posible que la cena del Señor pueda enseñarnos a amar y respetar y también a edificar el Cuerpo, todo el cuerpo. Si no lo aprendemos es porque somos necios.

Todo el cuerpo debe ser uno. Los brazos, las piernas y las orejas deben estar firmemente unidos unos a otros. “Porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función”, dice romanos 12:4,5, “así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros”.

Ya me he referido a Efesios 4:11-15. El versículo 16 habla respecto de Cristo: “de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actitud propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor”.

Permítame que haga hincapié en esto: “Si los miembros no están bien concertados (o armonizan) y unidos entre sí”, no son un cuerpo. Si no se logra esta armonía y unión no son más que una gran variedad de extremidades desparramadas por doquier.

¿Quién es miembro de la iglesia hoy día? Por lo general todas las iglesias locales tienen tres requisitos para miembros:

La persona debe asistir a las reuniones.

La persona debe cooperar con dinero.

La persona debe poseer buena reputación.

Si reúne estos tres requisitos se le considera como un buen miembro de la congregación. No difiera en nada de un buen miembro de un club: concurre, paga sus cuotas y se esfuerza por no desacreditar a su club.

Pero cuando en nuestra iglesia empezamos a buscar estos requisitos en los Evangelio y en el libro de Los Hechos, no nos fue posible encontrarlos. Es más, no pudimos encontrar ni siquiera la palabra miembro. En todos los relatos de la Iglesia Primitiva no nos fue posible hallar algo que nos diera la pauta de cómo recibían a nuevos miembros en el seno de la iglesia o que realizaran una ceremonia especial a tal fin o cualquier otra cosa.

Sin embargo, mientras leíamos Los Hechos de los Apóstoles nos encontramos con otra palabra que verdaderamente revolucionó nuestras vidas y nuestra congregación: la palabra discípulo. Y entonces nos preguntamos ¿qué es un discípulo?

Difería por completo de lo que es un miembro de la iglesia. Un discípulo es uno que aprende a vivir la vida que vive su maestro y poco a poco enseña a otros a vivir la vida que él vive.

Por lo tanto, el discípulo no es comunicación de conocimiento o información. Es comunicación de vida. Es por eso que Jesús dijo: “Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (Juan g:63).

En el discipulado hay algo más que llegar a saber lo que sabe el maestro; es llegar a ser lo que él es.

Es por eso que la Escritura dice que debemos hacer discípulos. Eso es más que meramente hablarles, ganarlos o enseñarles. El hacer un discípulo es hacer la duplicación de uno mismo.

Obviamente, entonces, el maestro mismo también tiene que ser un discípulo. A través de la enseñanza común uno puede pelear con la esposa mientras toman el desayuno y luego ir a la iglesia y predicar respecto al amor en el hogar. Pero cuando se hacen discípulos, no se puede hacer así. Los discípulos están con uno mucho más van a su casa, viven cómo vive y tratan de imitarlo.

Imagínese que alguien saliera de viaje conmigo por espacio de una semana y me dijera: --Juan Carlos, eres un gran maestro. Por favor, aparta un poco de tiempo y enséñame algo.

Yo tendría que contestarle: --Si no has aprendido nada estando conmigo en estos días, entonces no tengo nada para enseñarle--. El discipulado, más que hablar, es vivir.

Para nosotros la enseñanza tiene tres dimensiones, a saber, revelación, formación e información.

La revelación es algo que solamente Dios puede dar. Si yo le describiera a usted Río de Janeiro, el clima de la ciudad, la Bahía de Guanabara, el Pan de Azúcar, sus playas y otras cosas más, aun así usted no podría decir que conoce Río de Janeiro. Sabe algo en cuanto a cómo es, pero no la conocerá a menos que la vea personalmente.

De la misma manera Dios debe revelarse a sí mismo a nosotros antes d que podamos conocerle. En realidad, mi descripción de Río sería la dimensión mínima en lo que a enseñanza se refiere, pues sería información. Así solíamos enseñar en la Escuela Dominical y en la iglesia.

P.¿Cuántos LIBROS TIENE LA Biblia?

R. Sesenta y seis.

P. ¿Cuál es el Salmo del Buen Pastor?

R. El Salmo 23.

Asimismo teníamos información sobre Abraham, Moises, el cielo y el infierno, los ángeles y los demonios. También sabíamos sobre la caída de Satanás, acerca de la Iglesia y también de la Segunda Venida. La información no es mala, pero es enseñanza en su mínima expresión. Lo que se consigue por medio de la información posiblemente sea despertar el interés de la persona para experimentar aquello que se le ha enseñado.

Es lamentable que de esto hayamos hecho un fin en sí mismo. Conocer y aprender de memoria las palabras de la Escritura era nuestra única meta.

Lo extraño es que Jesús casi nunca utilizó este método.

Nunca vamos a Jesús dándole un estudio bíblico a sus discípulos. ¿Se imagina a Jesús diciéndole a sus discípulos “Bueno, no se olviden que mañana en la mañana comenzaremos con un devocional, de ocho a nueve. En la próxima hora estudiaremos los profetas menores. De las diez a las once veremos los libros poéticos y desde las once hasta el mediodía estudiaremos homilética y hermenéutica”?

Y sin embargo El estaba preparando los mejores ministros que el mundo jamás conoció. ¿Es que podía olvidarse o pasar por alto temas tan importantes?

¿Puede oírle diciendo: “Ahora vamos a estudiar el libro del profeta Jeremías. De acuerdo con la alta crítica, Jeremías es una figura mitológica, en realidad nunca existió. O si existió, no fuel el autor del libro que lleva su nombre”?

¡Claro que no! Jesús no tenía tiempo para perder. Era sencillo, claro y concreto. Muchos de nuestros estudios bíblicos tratan de ser lo mismo, pero en realidad lo único que logran es confundirnos más.

En cierta oportunidad que pidieron que enseñara una clase sobre la Epístola de los Romanos en una escuela bíblica. Yo pensé que por cuanto la Epístola a los Romanos era tan importante tenía que enseñarla versículo por versículo. Y así lo hice. Tardé todo un año para completarlo. Y cuando concluímos no creo que nadie supiera ni la esencia del mensaje del libro.

Supóngase que yo le escribiera una carta a usted, diciendo:"Querido José, te estoy escribiendo desde Roma. Acabo de llegar aquí con mi esposa y mis hijos. Ya hemos tenido oportunidad de visitar..." y le escribo una extensa carta.

El domingo, cuando va a la iglesia dice: --Amigos, hemos recibido una carta del hermano Juan Carlos. A partir de ahora y durante los próximos tres meses la vamos a estudiar...

--Juan Carlos empieza su carta diciendo "Querido José" En griego la palabra querido se emplea para referirse a una persona amada. Se refiera a mí como a alguien amado. Puedo imaginarme al hermano Juan Carlos tomando la lapicera a bolilla y escribiendo la palabra querido. Su corazón rebosa de amor. Su esposa, sentada a su lado, se une en su amor.

--Mis hermanos, ¿cómo escriben ustedes? ¿Encabezan sus cartas con la palabra querido? A partir de hoy todos vamos a encabezarlas así--. "Querido José". –me llama por mi nombre. Me conoce. Se interesa por mí como persona. ¿Y qué hay respecto de ustedes? ¿Llaman a las personas por su nombre de pila y les hacen saber que las tienen en cuenta?

"Te estoy escribiendo..."--¡El mismo nos escribe de su puño y letra! No lo hace por medio de un secretario.

--Bueno, esto es todo por hoy. La semana que viene continuaremos con la carta de Juan Carlos.

Al domingo siguiente: "te estoy escribiendo desde Roma".-- ¡Ah, qué maravilla! ¡La ciudad fundad por Rómulo y Remo, que fueron amamantados por una loba! La ciudad capital del Imperio Romano, donde vivían los Césares. Recordarán ustedes que con el correr de los años el Imperio se dividió en dos, el este y el oeste y luego cayó. – Ahora seguiremos con el próximo versículo...

Y la congregación dice: --¡Cuánta profundidad posee nuestro pastor! ¡Puede hablar sobre un solo versículo por dos o tres emanas! ¡Increíble!

Al cabo de tres meses habrá terminado la carta, pero nadie sabrá lo que yo escribí.

Y sin embargo así enseñamos la Biblia. ¡Qué interesante será el día que lleguemos al cielo y Pablo nos llame aparte a algunos de los maestros y nos diga: "Vengan aquí, tengo que hablar con ustedes. Quiero que sepan que nunca escribí lo que ustedes afirmaron que escribí".

Nos gusta impresionar a la gente con el cúmulo de conocimiento que tenemos acerca de un texto bíblico. Pensamos que de esta manera somos "profundos". Pero, ¿entenderá alguno lo que estamos diciendo? Personalmente tengo dudas al respecto.

Nos preocupamos por lo que relaciones con la información. Jesús, sin embargo, se preocupaba por la formación. Necesitamos aprender de El cómo hacer discípulos.

14

FORMACIÓN DE DISCÍPULOS

.. id antes a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Y yendo, predicad, diciendo: El reino de los cielos se ha acercado. Sanad enfermos, limpiad leprosos, resucitad muertos, echad fuera demonios; de gracia recibisteis, dad de gracia. Mas en cualquier ciudad o aldea dónde entréis, informaos quién en ella sea digno, y posad allí hasta que salgáis. Y al entrar en la casa, saludadla (Mateo 10:6-8, 11, 12).

Jesús tenía la clave para formar discípulos. El les dio cosas concretas para *hacer* en lugar de darles información para que almacenaran en sus cerebros. Y los discípulos obedecieron sus órdenes.

No les predicó sermones inspiradores a fin de motivarlos. No necesitaba hacerlo. Los sermones para motivar a la gente a hacer algo, son para los desobedientes, para los que hay que rogarles vez tras vez para que obedezcan. Con los tales hay que llegar hasta lo más íntimo de sus emociones para que comprendan qué hermoso sería si obedecieran los mandatos de Jesús.

Si nosotros estuviéramos bajo el Señorío de Cristo, lo único que El tendría que hacer es decir una palabra y eso sería suficiente. No haría falta que las palabras fueran acompañadas de una suave música de órgano o que esas palabras dichas desde el púlpito fueran tranquilizadoras, ya que haríamos lo que se nos ordenara. Jesús no les preguntó a los doce "¿Les gustaría ir? Tal vez convendría que ahora hicieran una pequeña recorrida por los alrededores". No, El ordenó y ellos obedecieron. Así es cómo se forman los discípulos.

Si queremos formar vidas tenemos que dejar de ser simplemente oradores y convertirnos en padres. Los oradores tienen oyentes mientras que los padres tienen hijos. No se aprende oyendo sino obedeciendo.

¿Qué es lo que sucede una vez que el orador termina su plática? Sus oyentes le dicen: --Oh, muchísimas gracias, pastor. Fue un sermón muy lindo--. ¿Es eso todo?

Una vez que los setenta regresaron a dónde estaba Jesús luego de obedecer sus mandamientos, le contaron cómo los demonios se les sujetaban. Jesús no les dijo: "Muchas gracias muchachos. Me alegra que hicieran lo que les dije".

Todo lo contrario; les dio otro mandamiento: "No os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que nuestros nombres están escritos en los cielos" (Lucas 10:20)

La vez que Jacob y Juan quisieron que descendiera fuego del cielo sobre los samaritanos hostiles, la Escritura dice claramente que "volviéndose él, los reprendió" (Lucas 9:55). Los estaba formando.

Cuando Pedro se opuso a la idea de su crucifixión, Jesús le dijo: "¡Quítate de delante de mí, Satanás!"; me eres tropiezo" (Mateo 16:23). ¿Se imagina a un pastor de

nuestra época diciéndole algo semejante a uno de su grey? Ya sea que le guste o no, la represión es parte del proceso de formación en el discipulado.

He aquí la primera ley del discipulado: *Sin sumisión no hay formación*. Aquellos que son miembros estilo club, no se someten. En realidad, hacen todo lo contrario. Quieren que el pastor se les someta a ellos por cuanto tienen el voto en el club. Otra vez más me veo obligado a reiterar que estamos equivocados. En el Evangelio según los Santos Evangélicos el pastor se somete a los miembros, pero en el Evangelio del Reino, el brazo es el que controla los dedos y no éstos al brazo.

En la Escritura la sumisión es muy evidente. "Someteos unos a otros en el temor de Dios", señala Efesios 5:21. "Obedeced a vuestros pastores, y sujetaos a ellos; porque ellos veían por vuestras almas, como quienes han de dar cuenta! (Hebreos 13:17).

La única manera en que podré formar la vida de mis cuatro hijos es si ellos se someten a mí. Imagínese el riesgo que correría cada vez que fuera necesario corregirlos, si salieran corriendo a buscarse otro padre diciendo: "No quiero ser más hijo de Juan Carlos Ortiz. Quiero tener otro papá". Imagínese también que cuando le hace la petición a otro hombre para ser su hijo, éste le dijera: "¡Encantado! Pasa, aquí serás bien recibido. Si ocurriera esto tendría que dejar de corregir a mis hijos porque no quiero perderlos. Los quiero y los *reprendo* por cuanto tengo la certeza de que aun cuando no les fuste que los reprenda, no se irían de casa. Esto es porque están bajo mi autoridad.

En la iglesia el pastor no puede formar vidas porque si se muestra demasiado rígido como alguno de sus hijos, correrán a otro orfanato. Pablo le escribió a Tito: "Habla, y exhorta y reprende con toda autoridad. Nadie te menosprecie" (Tito 2:15). Nosotros, los pastores, primero tenemos que hablar con nuestros hijos, si no nos escuchan, debemos exhortarlos y si aun así no pasa nada, es necesario que los reprendamos con toda autoridad. Si no lo hacemos, nuestros hijos serán consentidos.

¿Qué pasaría si formáramos a nuestros hijos siguiendo el sistema que se usa en la iglesias? Todos los días los llamaríamos y le diríamos: --Vengan acá. Ya es hora de reunirnos. Nuestro sermón hoy trata acerca de la limpieza del rostro y las orejas. Siéntese, Pero, para empezar, vamos a cantar un hermoso coro que dice: "El jabón es maravilloso, maravilloso. ¡Oh cuánto me gusta, oh cuánto me gusta!" --¿Qué les pareció el coro? ¿Verdad que es precioso?

--Y ahora vamos a nuestro sermón. El jabón fue inventado en China unos cuatro siglos antes de Cristo. En la actualidad se fabrica en pastillas de diversos colores, tamaños y fragancias. Para su elaboración se emplean varios minerales o aceites minerales o vegetales, según su precio. Cada vez que ustedes tomen una pastilla de jabón en sus manos y la mojen, verán que linda espuma que se forma. Esta espuma, una vez que se la aplican en el rostro y las orejas, les quitará toda suciedad.

--Como pueden darse cuenta, si el jabón les entra en los ojos, le arderán un rato, pero si tienen cuidad, no les pasará nada.

--Por lo tanto, si quieren tener caras y orejas limpias, tienen que usar jabón todos los días, varias veces al día. Y ahora, mientras que el órgano deja oír sus acordes y el coro canta 'Tal como soy', si entre ustedes alguno está profundamente conmovido y quiere lavarse la cara y las orejas, yo le ruego que por favor, levante su mano.

¡Vaya con la manera de formar vidas! Claro que no lo hacemos, o por lo menos, mi madre no hizo así con nosotros. Ella me daba una orden y yo la obedecía y por eso ¡ahora me lavo la cara y las orejas sin que ella tenga que preocuparse si lo hice o no!

La segunda ley en el discipulado es: *Sin sumisión no hay sumisión.* (No piense que me equivoqué.) Aquel que da una orden a sus discípulos, él mismo tiene que estar bajo las órdenes de alguien. Reprende a sus discípulos, pero, ¿a él quién lo reprende? Si él no se somete, otros no se someterán a él.

Pienso que se acordará de aquel centurión romano que le pidió a Jesús que sanara a uno de sus siervos. Jesús le dijo: "Yo iré, y le sanaré".

Tan pronto como Jesús pronunció esas palabras, el centurión le dijo: "Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo, solamente dí la palabra, y mi criado sanará. Porque también yo soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes a soldados, y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto y lo hace" (Mateo 7:8,9). El centurión sabía que para tener autoridad tenía que estar debajo de la autoridad de otro. Yo no puedo ser la autoridad de mi propia vida, sino que ésta debe venir de afuera. Romanos 13:1 dice: "No hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas". ¿Qué pasa si Dios ha establecido dos o tres niveles por encima mío? Solamente cuando yo ocupo el lugar que me corresponde entonces la autoridad puede pasar a través mío y derivarse a otros.

Imagínese que dentro de las filas del ejército un sargento le dice a un soldado raso que haga cierta cosa y éste lo hace. El sargento muy entusiasmado piensa: "Que autoridad! Me parece que voy a renunciar al arma y voy a crear mi propio ejército en mi barrio".

Vuelve a su casa y les dice a sus amigos: --Muy bien, muchachos, ¡hagan esto! – Sus amigos se le reirán en la cara. ¿Por qué? Porque al rechazar la autoridad que había encima suyo, perdió su propia autoridad. El problema que tenemos en la iglesia es que queremos tener autoridad y seguir siendo independientes. Es imposible. No se puede ser independiente y a la vez tener autoridad. Si quiere tener verdadero control sobre otros, tiene que estar bajo el control de otros. Esta es una orden de Dios y es eterna.

Es muy importante. La formación requiere no tan solamente sumisión, sino que para que ésta sea verdadera, es necesario que haya sumisión de los unos a los otros.

¿Cómo logramos esto en Buenos Aires? En primer lugar yo me puse bajo la autoridad de los ministros de mi ciudad. (Más adelante explicaré esto.) Una vez que lo hice estuve en condiciones de comenzar a hacer discípulos en mi congregación.

En primer lugar dejamos de emplear la palabra *miembro,* porque resultaba más apropiada para un club donde no existe ninguna clase de sumisión. Usaríamos la palabra *discípulo.* Aun cuando todos sabían que no habían llegado al lugar donde podrían llamarse discípulos, conocían el significado de la misma.

Si usted, o cualquier otra persona le preguntaba a alguien de nuestra congregación: --¿Es miembro de esta iglesia? –Sí, soy el miembro número 234. Aquí tengo mi credencial, --le hubiera respondido.

Pero si le decía: --¿Es un discípulo? –su respuesta hubiera sido--; Oh, no. Todavía no. Es más, ni siquiera sé si el pastor es aún un verdadero discípulo. No me ha puesto debajo de nadie para que me forme como discípulo.

Continué predicando el discipulado por un año y medio son saber cómo empezar. Todos comprendían el concepto, pero no sabíamos cómo pasar de uno a otros. Por último, frustrado, dije: --Jesús escogió doce discípulos y de allí empezó. Yo soy el reverendo Juan Carlos Ortiz y tengo que continuar sirviendo a mi club, pero también, en forma separada, voy a iniciar una iglesia clandestina.

Fue así que Juan Carlos empezó en su propia casa, Juan Carlos robó los diáconos del club del reverendo Juan Carlos Ortiz y se dio a la tarea de hacer discípulos de ellos. (En esta nueva estructura ya no soy más un reverendo. Antes tenía que ser respetado. Ahora todo cuanto deseo es ser amado.) Al cabo de unos seis meses, más o menos (no tuvo lugar de la noche a la mañana), todo el club empezó a notar cómo mis discípulos estaban interesados en amarlos, en ayudarlos, en compartir con ellos y aconsejarlos. Entonces les permití a mis discípulos que robaran unos pocos miembros más al club y ellos mismo se dedicaran a hacer discípulos.

Este proceso nos llevó casi tres años, pero este tiempo nos permitió transformar todo el club en una familia de más de mil quinientos discípulos.

Con esto fue necesario que estableciéramos un número de células. Durante el período de cambio nuevas personas eran salvas en las células, pero no les permitimos que vinieran a lo que aún quedaba de la antigua iglesia al estilo club, porque no queríamos que se arruinaran con la vieja estructura que estábamos procurando desarraigar. Con el tiempo ésta se acabó. ¡Alabado sea el Señor!

¿Qué hicimos, entonces? Simulamos una persecución que habíamos planeado por anticipado. Hicimos como que reunimos por las casas y los domingos fuimos a visitar otras congregaciones: Católicas, Bautistas y otras más. Cada uno de mis discípulos tenía un grupo en un sector distinto de la ciudad. Cacho, por ejemplo, es mecánico de automóviles y tiene en células que están a su cargo unos trescientos discípulos. Pese a que trabaja nueve horas diarias en el taller mecánico, aun así forma las vidas de más personas que un montón de ministros que dedican todo su tiempo a esto. Cacho y sus trescientos discípulos fueron un domingo a una iglesia Bautista donde se congregaban más o menos cien personas.

¿Se lo imagina? ¡Trescientos visitantes! --¿De dónde vienen todos ustedes?

--Somos de la congregación del hermano Ortiz.

--¿Por qué han venido aquí?

--Vinimos para visitarlos.

-- ¿Y no han ido a su propia reunión?

--Bueno, no tuvimos reunión porque vinimos para estar con ustedes.

¿Se da cuenta? Con esta nueva estructura es posible hacer lo que antes hubiera resultado imposible. De ser necesario, en pocas horas se puede reunir a todo el cuerpo. La próxima vez que simulemos una persecución será en época de invierno, para ver cómo resulta. Es posible que llegue el día en que podamos seguir igual sin tener un edificio. Pero aunque esto resulte, no pensamos vender el edificio. Pondremos camas y comedores y lo usaremos para ayudar a los pobres de la zona. También será un centro para visitas y apóstoles viajeros.

Pero nunca más volverá a ser una cueva para que los creyentes se oculten y se aíslen del mundo. Jesús no dijo: “Pecadores, vengan a la iglesia”, sino que sus palabras fueron: “Creyentes, vayan al mundo y hagan discípulos”.

La iglesia, cómodamente sentada en sus asientos canta: “Venid, venid, si estáis cansados, venid”. Nuestro cántico debería ser: “Id, id, tú que te sientes allí, ve, ve”. Nuestro sentido de valores está cambiado. Los pecadores están muertos, perdidos, sordos, ciegos y nosotros ponemos carteles para que lean los ciegos. Si no podemos movilizar a los creyentes, que se supone que están vivos, ¿cómo podemos esperar que mobilizaremos a los inconversos?

Por otra parte, nuestras células ya están en el mundo. Se reúnen en cualquier lugar, día y hora. Puede ser en una casa, un parque, un restaurante o una playa. Algunos se congregan a las seis de la mañana. Otros a medianoche porque la gente trabaja hasta muy tarde. Hay elasticidad.

Con el tiempo volvimos a emplear la palabra *miembro*, pero con una nueva connotación. Ahora esta palabra nos da la idea de cuerpo, a saber; un miembro es:

(1) Uno que depende. Es imposible ver que una nariz camine por la calle de por sí. El cuerpo tiene que estar ligado como tal. Si uno de sus miembros es independiente, no forma parte del cuerpo.

(2)Un miembro es también una parte del cuerpo que une a otras dos. Como por ejemplo, el antebrazo une al brazo con la mano.

(3)Un miembro nutre a otros. Recibe alimento para sí y para los miembros que están debajo suyo.

(4)Un miembro también sostiene, está firme. No puede ser arrancado del cuerpo. ¿Es que acaso alguna vez su esposa, cuando usted regresó a su casa le preguntó “dónde has perdido tu pierna derecha”? ¡Imposible! Nadie la pierde.

(5)Un miembro es uno que transmite órdenes. La cabeza da una orden a la mano, pero ésta tiene que pasar a través de los otros miembros que hacen posible que la mano la reciba. La mano nunca se disgusta con el antebrazo y le dice “Me parece que voy a prescindir de ti y voy a conectar un cable que vaya directamente a la cabeza”. No, no puede hacerlo porque el cuerpo es uno.

(6)Un miembro es elástico. Los cuerpos son flexibles. Las organizaciones en cambio, se mueven como robots. Anteriormente una persona que tenía una idea nueva o daba muestras de poseer un talento nuevo, por lo general tenía que salir de la iglesia a fin de ministrar. Aquellos que tenían visión debían unirse a grupos tales como: Juventud para Cristo, Juventud con una Misión. Los Navegantes o algún otro grupo que le permitiera dar expresión a su visión.

Pero cuando la Iglesia es un cuerpo de discípulos, es flexible. La Iglesia está esparcida en todo el mundo y tiene libertad para ser la sal de la tierra y la luz del mundo.

15

LAS SANTAS TRADICIONES PROTESTANTES

¿Quién Era yo que pudiese estorbar a Dios? (Hechos 11:17).

Todavía recuerdo lo orgulloso que me sentí el día en que mi hijo mayor fue a la escuela por primera vez. Puesto que los niños en las Escuelas del Estado tienen que llevar uniformes blancos, con mi esposa fuimos a uno de los mejores negocios para comprar el guardapolvo más durable, el más caro que pudiéramos encontrar. ¡Lucía tan lindo David!

Sin embargo nuestra alegría con el estupendo guardapolvo que le habíamos comprado no duró mucho, porque a los seis meses ya le quedaba chico. David había crecido y tuvimos, la estructura nos queda chica.

Pero la experiencia nos ha enseñado. Ahora cuando tenemos que comprarles guardapolvos y delantales a nuestros hijos, compramos los más económicos porque sabemos que después de todo, en unos pocos meses ya no les servirán.

Así ocurre con cualquier clase de estructura. Estas nos sirven mientras todo se mantiene igual, pero cuando crecemos, la estructura ya nos queda chica.

Así paso en nuestra iglesia. Cuanto más crecíamos en el discipulado, tanto más comprendíamos que nuestras estructuras estorbaban el nuevo fluir del Espíritu. No era porque las estructuras estuvieran mal. No es nuestro deseo menospreciarlas; simplemente reconocimos que éstas habían sido hechas para ayer; hoy ya no nos servían. Los dirigentes no deben sentirse agraviados cuando hablamos respecto de cambiar estructuras porque ello quiere decir que estamos creciendo. Si podemos vivir guante años y años bajo las mismas estructuras es prueba de que no estamos creciendo. A modo de ejemplo le diré que en nuestra congregación se había usado el mismo himnario durante cuarenta años. Desde que Dios empezó a renovarnos ya cambiamos de himnarios cinco veces.

El vino nuevo necesita odres nuevas. La diferencia no reside en el estilo; no es que una odre sea más atrayente o esté más de moda que otra. Las odres viejas no se descartan porque son viejas, sino que se les deja de lado porque se vuelven duras. La ocre tiene que ser flexible y elástica para acomodar el vino nuevo.

Las viejas odres a las que se refirió Jesús en Mateo 9:17, son las antiguas estructuras tradicionales, que con frecuencia son más duras que cualquier otra. ¡A algunos de nosotros nos resultaría más fácil omitir uno o dos versículos de la Escritura que descuidar una tradición! Muchas veces chocamos con la Biblia para poder seguir nuestra estructura.

Una vez le pregunté a un hermano Católico: --Dígame, ¿en qué lugar de la Biblia dice que se debe adorar a María?—La razón de mi pregunta era porque yo quería hacerle ver la verdad.

Este hermano fue muy sincero. –Bueno, --me dijo--, es posible que la Iglesia Católica haga mucho énfasis respecto a María, pero por lo menos en la Biblia se nombra a María, ¿no es cierto?

--sí, --le contesté.

--Pero, por favor ¿podría decirme en qué pasaje de la Biblia se encuentras las denominaciones que usted defiende con tanto celo?

Como puede darse cuenta, las denominaciones son nuestras tradiciones, pese a lo que diga la Biblia. Jesús tiene solamente una esposa, la Iglesia. No es polígamo y sin embargo nosotros decimos a la gente que de alguna manera misteriosa las denominaciones son parte de la voluntad de Dios. Lo culpamos a El por nuestras divisiones, nuestra falta de amor. Y luego criticamos a los católicos por sus tradiciones.

Por lo menos, sus tradiciones son más antiguas que las nuestras. No deberíamos tratar de quitar la mota de los ojos de nuestros hermanos católicos hasta que quitemos la viga de los nuestros. (Cuando comenzamos a experimentar esta renovación espiritual yo había empezado a escribir un libro que pensaba titular: "Las Santas Tradiciones de la Iglesia Protestante". Sin embargo, al reconocer que no lo estaba escribiendo con amor, dejé de escribirlo..)

Ya me he referido a nuestra tradición de cerrar los ojos para orar. La Biblia, sin embargo, nos muestra lo opuesto.

También he observado que la Biblia dice; "El que creyere y fuere bautizado será salvo" (Marcos 16:16). Nuestra tradición dice que el que ha creído y ha sido salvo debe, después de unos meses de prueba, ser bautizado.

Antes de ascender a los cielos Jesús dijo: "Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que yo os he mandado" (Mateo 28:19,20). Nuestra tradición dice que debemos ir y hacer discípulos enseñándoles a observar todas las cosas que Jesús mandó y que luego los bauticemos. En algunos casos, los miembros de la congregación tienen que dar su voto sobre si una persona puede ser bautizada o no.

¿De dónde hemos sacado estas cosas? Yo no lo sé, pero forman parte de la Santa Tradición Protestante. Y lo que es más, hasta estamos dispuestos a expulsar a la gente de la congregación, si no se avienen con nuestras tradiciones en todos sus puntos.

¡Sí que son fuertes las tradiciones y las estructuras! En ocasiones he llegado a preguntarme si detrás de ellas no se ocultará algún mal espíritu. Es asombroso ver la fuerza de la tradición aun en una persona como el apóstol Pedro, cuando Dios lo mandó a casa de Cornelio.

Pedro había estado presente el día que Jesús dijo: "Por tanto id, y haced discípulos a todas las naciones" (Mateo 28:19). También había escuchado a Jesús cuando les mandó específicamente de que fueran sus testigos "en Jerusalén, en toda Judea, en samaria, y hasta lo último de la tierra" (Hechos 1:8).

Pero cuando llegó el momento de ser un testigo ante Cornelio, aquel centurión gentil, la tradición de Pedro no se ensanchó como para darle cabida a un gentil. El Señor estuvo machacándole una y otra vez con la visión de los animales dentro del lienzo atado por sus cuatro puntas, a la vez que le decía: "Lo que Dios limpió, no lo llames tú común" (Hechos 10:14,15). Las tradiciones poseen un poder misterioso tan fuerte que a veces hasta sobrepasan a la Palabra de Dios.

Es la tradición la que nos hacer decir: --Señor, NO--. En las Escrituras leemos acerca de la unidad del cuerpo de Cristo y decimos casi a voz en cuello: "¡No! ¡Dios quiere las denominaciones tal como son!" Decimos que la Biblia es nuestra regla de fe y práctica, siempre y cuando no entre en conflicto con nuestras tradiciones. ¿Qué le parece?

Frente a la obstinación de Pedro, al Señor no le quedó otra alternativa más que decirle: "He aquí, tres hombres te buscan. Levántate, pues, y desciende, y no dudes de ir con ellos, porque yo los he enviado" (versículos 19, 20). (Es interesante que la Escritura no hace mención de si estos hombres eran gentiles o no, o cuál era la misión que los llevó a ir a buscarle.) Pedro por fin se decide a obedecer aunque sea a eso. Los hombres le cuentas la asombrosa visión que tuvo Cornelio mientras oraba, de cómo se le había aparecido un ángel y le había dado instrucciones precisas para encontrar en Jope a un hombre llamada Simón. ¿Le parece que Pedro puede decir algo o negarse a ir con ellos? ¡No tiene más remedio que acompañarlos!

Con todo, con cada paso Pedro parece "retobarse" como decimos los argentinos. Cuando llega a casa de Cornelio, sus primeras palabras fueron: "Vosotros sabéis cuán abominable es para un varón judío juntarse o acercarse a un extranjero".

¿Qué diría usted si alguien viniera a su casa y le dijera más o menos lo mismo? Sin duda que mostrándole la puerta le diría: --Señor, ¡hágame el favor, retírese de mi casa!

No es difícil imaginarse cómo se habrá sentido Cornelio. No solamente había invitado a sus amigos sino que también habían venido a su casa todos sus parientes. –Quiero que conozcan a un verdadero hombre de Dios, --es posible que les haya dicho--. Mientras estaba orando se me apareció un ángel y me dijo que lo mandara a buscar. Es un hombre santo, un varón perfecto y nos va a explicar los misterios de Dios.

Pero, he aquí que se presenta Pedro y de entrada no más, los ofende.

Les dice por qué se molestó en ir allí y pregunta: "¿Por qué causa me habéis hecho venir?" (versículo 29).

Todo un apóstol de Jesucristo ¡y no sabe lo que tiene que hacer! Aun un niño de pocos años sabría qué hacer. En verdad, la pregunta de Pedro es tonta. No está dispuesto a darles el mensaje. ¿Por qué? Por las tradiciones.

Cornelio vuelve a contar lo que le ocurrió, repitiendo lo que aquellos hombres que había enviado a Jope le habían dicho a Pedro hacía tan solamente dos días. Pedro no tiene otra alternativa más que predicarles. Les habla acerca de Jesús, de sus milagros, de su muerte y resurrección.

¿Estaría dispuesto Pedro a llevar adelante su mensaje y formular una invitación a estos gentiles para que se arrepientan? Creo que no. Pienso que estaba tratando de encontrar evasivas... hasta que Dios irrumpe allí a pesar de Pedro, y los presente empiezan a alabar al Señor, hablando en lenguas, llorando y posiblemente danzando, ¿quién puede decirlo?

Pedro sale disparado al otro cuarto para conferenciar con sus amigos judíos que lo habían acompañado. --¿Se puede saber qué pasa allí? –pregunta alguien--. Pedro, ¿qué es lo que has hecho?

--No... ¡no hice nada! –se defiende Pedro--. Yo no los bauticé en el Espíritu. ¡Lo hizo Dios! ¡No pude evitarlo! –Bueno, y ahora ¿qué hacemos? ¿Los bautizamos en agua?

Los gentiles no tenían ningún problema. Disfrutaban del Espíritu. Los tradicionalistas estaban confrontados con un gran problema. ¡Alguien había sacudido sus estructuras!

Pedro y sus acompañantes deliberan. En determinado momento Pedro dice: --Me parece que tenemos que bautizarlos. Después de todo, si Dios...

--Pedro, qué vas a explicarle a los ejecutivos cuando regresemos a Jerusalén?

--No sé, pero no puedo pensar en ninguna razón para no bautizarlos. Después de todo, si Dios...

--Pedro, qué vas a explicarle a los ejecutivos cuando regresemos a Jerusalén?

--No sé, pero no puedo pensar en ninguna razón para no bautizarlos.

Cuando regresan a Jerusalén se encuentran con que las nuevas les habían precedido. Pedro entra donde estaban los otros. –Hola, hermano. ¿Cómo le va? –le dice a alguien.

--A las seis en punto tendremos una reunión de junta.

--¿Quéee?

--Ya se lo dije. A las seis en punto reunión de junta.

--- ¿Se puede saber para qué?

--Ya se enterará allí.

Llegan las seis y comienza la reunión. –Muy bien, Pedro –dice uno--, hemos sabido que has estado en casa de un gentil y que además ¡has comido con ellos! ¡No te nos acerques! ¡No nos toques! ¿Es cierto eso? Pedro comienza a relatar lo ocurrido... – y cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos...

--No, no. ¡No puede ser!

--Como sobre nosotros al principio...

--¡Imposible!

--Si Dios, pues, les concedió también el mismo don que nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo que pudiese estorbar a Dios?

Preste atención a lo que dice la Escritura: “Entonces, oídas estas cosas, callaron y glorificaron a Dios, diciendo: ¿De manera que también a los gentiles...” (Hechos 11:15-18).

El poder de la tradición es aterrador. Dios no puede hacer muchas cosas por causa de nuestra esclavitud. Cada vez que El quiere cambiarnos un poquito nos escandalizamos.

Nuestras mentes son como esas mesitas pequeñas que solamente pueden sostener una lámpara o unos pocos libros.

Es imposible colocarle encima un refrigerador, porque se haría pedazos. Eso es lo que ocurre cuando nuestras mentes, cerradas a todo aquello que no sea lo tradicional recibe algo fuera de lo que estamos acostumbrados. Nos hacemos pedazos.

Recuerdo la primera vez que visité una iglesia de las Asambleas de Dios, y me encontré con que la gente batía palmas. “ohhh,,,” “qué gente tan mundana”. Era algo que no podía aceptar.

Estos hermanos se refirieron a todos los lugares en el libro de los Salmos en que se hace mención al batir palmas al Señor.

Lo mismo me ocurrió la primera vez que vi a algunos danzando delante del Señor. Ohh.,.. me escandalicé de veras. Mi tradición no me permitía aceptar eso. Y dios nuevamente tuvo que mostrarme que El había limpiado eso y que no tenía que llamarlo inmundo.

¿Recuerda el incidente de aquella mujer que se acercó a Jesús y rompió el frasco de alabastro sobre Jesús? Los discípulos estaban sorprendidos. "¿Para qué este desperdicio?" se preguntaban (Mateo 26:8).

Jesús les respondió: "Ha hecho conmigo una buena obra" (versículo 10). ¡Extraordinario! El no se sintió molesto en lo más mínimo.

Debemos pedirle a Dios que refuerce nuestras "mesitas" para que podamos poner encima cualquier peso que El quiera dejar caer sobre nosotros. Quiere hacer cosas mayores en nuestros días, pero se contiene pues tiene miedo de aplastarnos.

¿Qué debemos hacer para experimentar la plenitud de la voluntad de Dios? Romanos 12:q1,2 nos dice dos cosas. En primer lugar que debemos presentar nuestros cuerpos como un sacrificio vivo y santo. Un sacrificio vivo es de más valor que uno muerto, porque el sacrificio vivo tiene futuro. Dios puede hacer lo que quiera con él.

En segundo lugar debemos ser transformados por la renovación de nuestras mentes. Debemos estar preparados para el cambio. Estar en la voluntad de Dios es estar siempre abiertos para el cambio. Algunas veces decimos: "Señor, ayúdanos a hacer tu voluntad", decimos, pero .las vías están fuertemente clavadas.

En algunos aspectos nos parecemos a los niños que suben a los autitos en el Parque de Diversiones. Dan vueltas al volante para un lado y para el otro, pero no obstante las vueltas que den al volante el auto siempre sigue el mismo camino. Así es cómo somos en la iglesia y en la Convenciones denominacionales. Hacemos toda clase de mociones, pero las cosas siguen igual.

16

CAMBIO DE TRADICIONES

Ruego a los ancianos que están entre vosotros... apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidado de ella, no por fuerza, sino voluntariamente... (1 Pedro 5:1,2).

Una vez que Dios empezó a renovarnos fue necesario que cambiaran algunas de nuestras tradiciones. La democracia era una de nuestras tradiciones.

La democracia era una de nuestras tradiciones más poderosas. Comenzamos a ver que la Iglesia Primitiva no era muy democrática, sino que era Teocrática. Dios mandaba a los apóstoles los que decían al pueblo lo que El quería. Ellos también nombraban ancianos sobre las iglesias y todos obedecían.

Aquella era una iglesia gobernada por la cabeza, no por los pies. El poder manaba desde arriba hasta que llegaba al último.

En una democracia las cosas suceden de otro modo. El poder está en la base; la cabeza tiene que obedecer las órdenes que le transmiten los pies.

No hay ni el menor indicio de que Pablo dijera: --Timoteo,¿sería que yo te interesara para que te ofrezcas voluntariamente para el ministerio? Nos gustaría muchísimo que te nos unieras, bien, si es tu deseo hacerlo. En Hechos 16:3 leemos: "Quiso Pablo que éste (Timoteo) fuese con él... y lo tomo". Eso fue suficiente.

Los apóstoles hasta tenían el derecho de definir la doctrina. El Nuevo Testamento con frecuencia se refiera a la doctrina de los apóstoles en lugar de referirse a la doctrina de Jesús. Los apóstoles eran infalibles, cuando actuaban como pastores.

Los problemas comenzaron a aparecer cuando la iglesia teocrática perdió su carisma, su poder espiritual. Los dirigentes se volvieron más conscientes del poder material terreno que de aquello que procedía de lo alto. Aunque mantuvieron la misma forma de gobierno, el espíritu no era el mismo. Eran como un porta lapicero sin el lapicero dentro. Exteriormente parecía que nada había cambiado, pero interiormente estaban vacíos.

El Papa siguió pensado que era infalible y comprendo por qué. Después de todo, las cartas que había escrito Pedro, las de Juan y de los otros, todas eran verdad. ¿Por qué no debía continuar eso? Podría haber continuado, pero al faltarle el carisma, la revelación divina celestial, la Iglesia pasó a ser algo peligroso en el mundo.

Algunos de los hijos de la Iglesia, como por ejemplo Savanarola, Huss, Lutero y otros, se esforzaron por renovarla, pero la Iglesia rechazó el ministerio de estos hombres. Podría haber traído nueva vida a la Iglesia Católica, pero en vez de permitírselo, la Iglesia los arrojó fuera de su seno. Así ocurre cuando se tiene poder pero falta revelación.

Fue así que las iglesias protestantes reaccionaron y se volcaron hacia la democracia. Dio resultado por un tiempo, porque hizo posible que los llamados laicos una vez más estuvieran involucrados en la obra de la iglesia. Una vez más podían pensar, votar, trabajar.

Pero esto no fue el remedio. En el período del oscurantismo, el Papa se había convertido en el substituto de la palabra de Dios. Más tarde entre los Protestantes el substituto llegó a ser el voto de la mayoría. El pueblo no sabía con certeza lo que Dios quería decirles. Por eso decían: --Votemos, y el que reciba más de la mitad de los votos, deber ser aquel que los quiere para nosotros".

Pero, lamentablemente, la mayoría no siempre es dueña de la verdad. Fue la mayoría la que decidió hacer el becerro de oro mientras el pueblo de Dios marchaba por el desierto. También fue la mayoría la que le dio las espaldas a Jesús después de las enseñanzas que El les impartió y que se registran en Juan, capítulo 6.

Y en estos días, cuando Dios está restaurando ministerios y carismas, la democracia nos va a traer un montón de problemas. Yo no me inclino por una forma de gobierno episcopal, pero tampoco puedo apoyar el gobierno democrático en la Iglesia, sin carisma ninguno de las dos es bíblico.

Es posible que cuando Dios envía un avivamiento la gente dentro de una iglesia regida por el sistema episcopal, sea más receptiva, yo no lo sé. Ya están habituados a recibir órdenes de personas que no tienen la plenitud del Espíritu y yo me pregunto, entonces, ¿qué es lo que pasaría si sus obispos estuvieran realmente en contacto con Dios?

La cuestión del gobierno de la Iglesia ha sido largamente discutido a través de la historia y personalmente no creo que esto pueda solucionarse, por cuanto un gobierno de acuerdo a las pautas bíblicas nos dará resultado en una iglesia que no sea bíblica.

La Biblia se refiera a la Iglesia solamente en dos dimensiones: la universal y la local. La Iglesia Universal es "la Iglesia en toda la faz de la tierra", mientras que la iglesia local es "la iglesia de una cierta localidad, pueblo, o ciudad".

Sin embargo, desde los tiempos en que se inició la llamada iglesia protestante, hemos tenido una nueva clase de iglesia, que no es ni universal ni tampoco local, y es la denominación. Las denominaciones han tratado todo tipo de gobierno que uno pueda imaginarse, desde la más rígidas formas episcopales a la derecha, las presbiterianas, en el centro y la congregacional, a la izquierda.

Y con todo no ha sido posible hallar una solución. ¿Por qué? Porque no es posible poner repuestos Ford en un Chevrolet. Para el Chevy es necesario usar repuestos Chevrolet.

Las denominaciones no son como fue la iglesia local en tiempos Neotestamentarios, y por lo tanto ninguna de las conjeturas que podamos hacer respecto de la estructura de la Iglesia en aquellos tiempos será la correcta.

En una ocasión visité el Ecuador y vi las grandes y dulces bananas que crecen allí, Admirado pregunté: --¿Sería posible que llevara algunas de esas plantas a mi casa? Los plátanos en mi país siempre son tan pequeños.

Alguien me contestó. –A decir verdad, no le serviría de mucho porque en Argentina hace demasiado frío para producir bananas tan grandes como éstas. Para que dieran allá bananas de este tamaño sería necesario que se llevara nuestro suelo, nuestra lluvia, nuestra temperatura, es decir, tendría que llevar todo el Ecuador a su país.

Lo mismo pasa a nosotros. Hicimos un viaje a la iglesia Primitiva y descubrimos el bautismo en el Espíritu Santo y tratamos de trasplantarlo a nuestra iglesia sin traer el mismo clima allí reinante. Y por eso acabamos teniendo unas bananas chiquitas y

desabridas. ¿Cuál ha sido el motivo? El Espíritu Santo es el mismo de antes, pero ahora parece estar diluido en la proporción de uno por ciento del Espíritu contra ciento por cien de agua halada. Es más agua que Espíritu.

La realidad es que no es posible contar con una forma de gobierno bíblico que sea eficaz en una estructura que no es bíblica.

¿Qué es la iglesia bíblica? La iglesia de la localidad. La iglesia de cada área es una sola. No hay tal cosa como dos, tres o diez iglesias, la iglesia es una, igual que Dios mismo.

Cuando Dios se lo manifestó a Moisés en la zarza ardiendo, Moisés quiso saber el nombre de quién se le había aparecido. En esencia, Dios le dijo: --Moisés, vienes de Egipto, allí hay muchos dioses y necesitas nombres para identificarlos. Pero hay un solo Dios. Yo soy y no hay otro aparte de mí.

Moisés no comprendió. Insistía en que le diera su nombre. Y entonces Dios le dijo: --Escúchame, si fuéramos muchos nos haría falta tener nombres. Pero yo no necesito nombre. Yo soy el que soy. Yo soy el único.

Moisés insistió: --Pero cuando vuelva a Egipto tendré que llamarte de alguna manera. ¿Qué diré?

--Diles que Yo soy me ha enviado a ustedes--. ¡Qué nombre tan extraño!

Exactamente igual ocurre con la iglesia. Con frecuencia la gente me pregunta: --¿A qué iglesia pertenece?

--A la iglesia –le respondo.

--¿A cuál?

--Pues, a la iglesia.

--Vamos, vamos. Usted bien sabe lo que quiero decir. ¿A qué iglesia pertenece usted?

Hay una sola Iglesia. En tiempos del Nuevo Testamento no había que pensar en un nombre para la iglesia, porque había solamente una. En ocasión de una visita que realicé a Charlotte, en Carolina del Norte, (Estados Unidos), me contaron que en aquella ciudad había cuatrocientas iglesias. No es cierto. En Charlotte hay una iglesia que ha sido despedazada en cuatrocientos trozos. Solamente puede haber una iglesia en cada localidad.

Por lo tanto es necesario que veamos cómo podemos volver a unir los pedazos. Sería bueno que subiéramos a la terraza del edificio más alto y dijéramos: --Señor, muéstrame la Iglesia en esta ciudad tal como la vez tú..- ¡Qué miopes somos! Pensamos que Dios desde el cielo mira nuestra congregación por medio de un gran tuvo y dice: --¡Qué hermoso se ve todo! ¡Qué lindo órgano compraron ¡. . . ¡Ah, qué preciosas alfombras tienen ahora!

Pero, El mira y llora. A través de sus lágrimas dice lo que dijera Jesús cuando lloró por Jerusalén: "¡Cuántas veces quise juntar tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste! He aquí vuestra casa os es dejada desierta" (Mateo 23:37,38).

Para El los pastores de la ciudad son co-pastores de su única iglesia. Si son sus co-pastores, deberían reunirse, tener confraternidad, amarse los unos a los otros. Casi tendrían que vivir juntos como los doce pastores de la iglesia de Jerusalén lo hicieron. Son el presbiterio de la ciudad, los ancianos a cargo del rebaño de Dios.

En algunas cosas estamos tan equivocados que a los diáconos los llamamos “ancianos”, sirven bajo las órdenes de los pastores. No nos damos cuenta que ambos términos son uno en el Nuevo Testamento. En la visión que tuvo Juan, según podemos apreciar en el capítulo 1 de Apocalipsis, Jesús es la cabeza que caminaba en medio de los candeleros (las iglesias). Cada iglesia en cada localidad es distinta; se adapta a las necesidades locales de la manera en que la iglesia de Jerusalén se desarrolló de una forma y la de Antioquia de otra. Pero todos estaban bajo el señorío de Jesucristo a través de la dirección de los apóstoles y ancianos; el Reino de Dios tiene que ser llevado a cada lugar.

¿Es éste un concepto extraño para nosotros? ¿Una amenaza para nuestras tradiciones? Es cierto que mediante un chasquido de nuestros dedos no podemos terminar con las denominaciones aun las autoridades de cada país han llegado a esperar que las tengamos. Sin embargo no debemos permitir que esto nos impida discernir el verdadero Cuerpo de Cristo en cada localidad. La santa tradición protestante no debe interponerse en el camino de nuestro crecimiento.

17

HACIENDO DISCÍPULOS

Por tanto, id, y hace discípulos ... (Mateo 28:19)..

Llegó el momento de referirnos a la "mecánica" de hacer discípulos. Vacilo al hacerlo, porque tengo temor de que usted pueda salir corriendo para poner en práctica esto, sin antes haber sido renovado por el Espíritu. Si quiere poner en práctica el discipulado sin haber experimentado una renovación, no pasará mucho tiempo sin que se sienta frustrado.

Es necesario que la congregación experimente una renovación en cuanto a su comprensión del Señorío de Jesucristo y cual es el papel del esclavo; cosas a que me he referido en la primera parte de este libro; para luego poder emplear esas "mecánicas". Hasta que no tenga vino nuevo no necesitará tener odres nuevas. Lo primordial es conseguir el vino nuevo; después puede ocuparse acerca de las "vasijas" o estructuras para contenerlo.

Estas "mecánicas" no las recibimos por la lectura de un libro o en un aula. Surgieron de haber vivido juntos. Comenzamos sin pensarlo, queríamos ensancharnos lo más posible para dejar que el vino nuevo comenzara su actividad.

En primer lugar el discipulado tiene que comenzar con los pastores. Si, como dijera en el capítulo anterior, los pastores no se reúnen y se ven a sí mismos como los ancianos de la única iglesia de Dios en su ciudad, nunca estarán capacitados para hacer de su gente discípulos. El discipulado no puede comenzar de abajo y seguir hacia arriba, sino que debe ir de arriba hacia abajo. A fin de hacer discípulos, nosotros tenemos que ser discípulos. El discipulado no es una enseñanza, una situación que se puede presentar en una aula, sino que es una vida. Ningún pastor debe pensar que valiéndose de sus viejos sermones podrá hacer discípulos, es imposible.

Hoy día Dios muestra su voluntad a través del grupo de ministros. Mientras que esperan delante del Señor, oran juntos se aman unos a otros. Dios revelará su voluntad para la ciudad de ellos en particular. Es así como Dios podrá hablar a sus pastores como grupo.

Si nosotros los pastores no nos sometemos unos a otros, ¿cómo podemos esperar que las personas se sometan a nosotros?

Los otros pastores de la única iglesia de Dios constituyen una garantía muy importante para los discípulos de que no se verán sometidos a los abusos de un dictador; saben que su pastor es también un discípulo y que está sujeto al discipulado en el presbiterio de su ciudad.

Aunque lleva tiempo para que un grupo de pastores se formen como discípulos, es algo que tiene que tener lugar. Es asombroso lo que se puede aprender al estar sujetos. Yo era un pentecostal muy pagado de mí mismo y nunca me imaginé que los Bautista, Presbiterianos, Hermanos Libres o los hermanos Católicos pudieran enseñarme algo. Me

creía dueños del “Evangelio pleno”. Pero cuando nos juntamos por primera vez allá por el año de 1967, empecé a darme cuenta que ni yo ni mi congregación éramos perfectos.

No todo ministro es profeta o evangelista. Pero juntos nos enriquecemos mutuamente compartiendo nuestros misterios. Ahora somos alrededor de veinte y cinco.

Este grupo llegó a ser una de las células madre de Buenos Aires. Una vez que empezó a marchar nos dedicamos a escoger algunos discípulos para cada anciano. Tuvimos que cuidarnos, no fuera que eligiéramos a alguien por el mero hecho de que nos resultaba simpático o porque se tratara de alguien con buena educación o buena posición social. Los discípulos tiene que ser escogidos solamente por medio de la dirección de Dios. En lo natural, Pablo nunca habría escogido a Timoteo. Además de ser joven, Timoteo era muy tímido. Vez tras vez Pablo tenía que escribirle cosas como éstas: “No te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo” (2 Timoteo 1:8). Y para colmo, Timoteo tenía un problema estomacal crónico. ¡Vaya un discípulo! Sin embargo Dios había escogido a Timoteo. Antes de escoger a sus doce discípulos, Jesús oró toda una noche (Lucas 6:12,13). La elección de discípulos es un asunto espiritual que no debe hacerse a la ligera.

Y las células comenzaron a multiplicarse. Cuanto más adelantábamos, tanto más esencial se hacía el señorío de Cristo.

Cada discípulo tiene siete noches por semana. (Nos referimos a las noches, porque por lo general, la persona trabaja todo el día.)

Una noche se dedica a la célula donde el discípulo recibe, mientras que otras dos noches están destinadas para dar de aquello que ha recibido. En una célula está formando las vidas de los nuevos convertidos mientras que en la otra forma la vida de los que serán los futuros dirigentes de células. El factor multiplicación está en constante funcionamiento. Es así que cuando una persona se convierte, al principio asiste solamente a una célula para recién convertidos o niños en Cristo. Al tiempo pasa a una célula para irse capacitando para dirigir un grupo. Después funciona como discípulo total, recibiendo de arriba y al mismo tiempo dando tanto a nuevos convertidos, como discípulos con menos tiempo en el discipulado. Pero no piense que este continuo dar hace que la persona en un determinado momento no tenga nada para dar. Pero tampoco ninguno se limita a sentarse y engordar.

En la cuarta noche de la semana (por lo general el domingo), nos juntamos todos.

Una noche tiene que consagrarse a la familia. Este es un mandato. Los solteros pueden dedicar esa noche a sus padres, después de todo, las relaciones con la familia son muy importantes en el discipulado, porque ésta es una nueva manera de vivir y no meramente una forma de hablar.

La secta noche está destinada al descanso. Esto también es un mandato. El descanso es necesario porque por lo general, las noches que nos reunimos en células difícilmente nos acostamos antes de la una de la mañana. Tenemos que descansar por amor al Reino. El Rey necesita que estemos descansados para cumplir con nuestra tarea. Es por esa razón que le dio a Moisés el cuarto mandamiento.

Muchos cristianos dicen que su domingo es un día de descanso. ¿Cómo pueden decir eso? Es el día que se cansan más que nunca. Madrugan para ir a la Escuela dominical, después se quedan para el culto matutino, por la tarde reparten tratados, luego se realiza el culto para los jóvenes y por último la reunión de la noche. Nosotros

repartimos nuestras cuatro reuniones a lo largo de la semana en tanto que ellos las comprimen todas en un solo día. Ese no es un día de descanso.

Cuando Dios señaló: "No hagas en el obra alguna", (Éxodo 20:10), fue eso lo que quiso decir. Los fabricantes de ropa, colocan a las prendas que fabrican rótulos que explican cómo debe lavarse y plancharse la prenda y otros consejos. Cuando Dios nos hizo dijo: "Un día por semana esta máquina tiene que descansar". Los médicos y los psiquiatras no ganarían tanto dinero si los hombres siguieran las instrucciones de Dios.

Es por eso que descontinuamos las reuniones de los domingos por la mañana. ¡Necesitamos dormir! Los domingos por la mañana la gente se queda en su casa y duerme hasta las diez o las once. Aunque sea algo distinto, sin embargo da buenos resultados.

Y por último, la séptima noche sirve como refuerzo. Si algo de las seis noches previas necesita más atención la recibe esta noche. Los discípulos van a ver a sus dirigentes para buscar ayuda en alguna área en la que no se siente seguros; o bien van a visitar a uno de sus discípulos, o trata de reforzar sus relaciones con su familia o descansa.

Y una vez por mes todas las células se reúnen para pasar el fin de semana fuera de casa. Algunas veces este fin de semana juntos da comienzo el viernes por la noche y concluye el domingo al mediodía. Compartimos, vivimos juntos y nos confesamos las faltas los unos a los otros, además de cimentar la relación comunitaria entre todos.

¡Ahora sí que se da cuenta por qué nuestra gente tiene que estar plenamente dedicada al Reino! Durante el día, mientras cumplen con sus obligaciones piensan lo que van a hacer al terminar su jornada de trabajo para extender el Reino. Son discípulos durante las veinte y cuatro horas del día. (Creo que no necesito preocuparme de que la gente quiera imitarnos sin estar sometida a Jesús, porque si no están sometidas, no podrán hacer esto mucho tiempo.)

¿Qué es una célula? Célula es el nombre que hemos dado provisoriamente a una reunión de varias personas para alcanzar ciertos objetivos. No es una palabra bíblica. La palabra adecuada sería iglesia en el hogar, pero muchos, si la empleamos, desvirtuarían el propósito de esta reunión. Si dijéramos iglesia en el hogar de inmediato pensarían que van a una casa para celebrar un culto: una canción, la lectura de la Biblia, una discusión, una oración y por fin la despedida. Yeso no sería una célula bajo ningún punto de vista. (Es posible que una vez que la gente se olvide cómo era aquella cosa vieja que llamábamos iglesia, podamos cambiar el nombre a la célula por el de iglesia en el hogar.)

Después de haber empleado el nombre de célula por espacio de un año más o menos, lo cambiamos por el de pequeña comunidad con el propósito de hacer énfasis en algo que es tan importante como el compartir unos con otros. Ahora estamos trabajando para tratar de erradicar para siempre la pobreza en nuestra congregación. Después de todo, es sabido que debemos ser la luz del mundo. ¿Cómo podremos hacer frente a los problemas sociales fuera de la iglesia si no hemos resuelto los problemas sociales dentro de la iglesia?

Algunos pastores quizá se envuelvan demasiado en la política para conseguir justicia social, pero no pueden conseguirla en su propia congregación. Es necesario que comencemos en el lugar donde nuestra palabra será escuchada y obedecida. Tenemos

que comenzar con aquellos que llevan una Biblia debajo del brazo. Son ellos los que tienen, antes que nadie, que llevar a cabo la justicia social.

Es imposible que un hermano en la congregación pueda tener dos televisores mientras que otro no tiene siquiera una cama. No es posible que uno tenga dos automóviles mientras que otro tiene que caminar veinte cuadras y esperar todos los días una hora el ómnibus. Sin embargo esto es algo que ocurre en nuestro país.

Es por ello que estamos haciendo énfasis sobre la comunidad en la congregación. Una vez que hayamos erradicado la pobreza en nuestra congregación, recién tendremos autoridad para decir al mundo que debe haber justicia social. Primero tenemos que limpiar nuestra casa.

Una célula tiene cinco a ocho personas. Si hubiera un número mayor, ya pasaría a ser una iglesia en sí misma. Queremos que la iglesia permanezca unida y que cada uno esté muy consciente respecto de cual es su lugar en el Cuerpo de Cristo. (No todas las personas en las células son de nuestra congregación. Hay Bautistas, Nazarenos y también Católicos que puede que vivan en el vecindario y sientan deseo de crecer en el discipulado.)

La persona que tiene a su cargo la célula no posee ningún título. Desde que Dios comenzara a renovarnos hemos tenido mucha cautela respecto de los títulos. Todavía no hemos impuesto las manos sobre nadie para nombrarlo diácono, anciano o para designar cualquier otra función. Siempre lo hacíamos anteriormente. Yo era el Reverendo, un ministro ordenado, pero ahora me doy cuenta que ni siquiera podría se un diácono de la Iglesia Primitiva, por cuanto ellos eran más espirituales, tenía más sabiduría, más poder, más dones, más de todo que lo que una persona poseedora del título eclesiástico de mayor jerarquía puede tener hoy día. Mi único título es el de siervo inútil.

La autoridad viene con la espiritualidad, no es algo que acompañe a los títulos. De otro modo se puede desilusionar muchísimo y desear vivamente no haber puesto a cierta persona como diácono o anciano. Si dicha persona crece espiritualmente, los discípulos se le someterán aun cuando no tenga ningún título, pero si esa persona no está autorizada por Dios, aun cuando posea el título de Reverendísimo, no le servirá de nada.

Con esto no quiero decir que no se tienen que escoger los dirigentes, sino que es conveniente esperar y permitir que Dios los haga funcionar. Después nos será fácil escogerlos.

Las células pueden reunirse en cualquier lugar y en cualquier momento. Si en el departamento hace mucho calor, pueden ir a la playa o al parque porque son cinco o como mucho ocho personas. La hora del día no tiene importancia. No es como en la iglesia, que en la mayoría de los lugares se abre solamente a las nueve en punto los domingos por la mañana y a las siete por la tarde para los cultos vespertinos, y si uno pierde esas reuniones, no puede hacer nada. (Si bien el camino del Señor es angosto, no lo es a tal extremo.)

La célula tiene en cuenta dos cosas importantes: el grupo y la tarea. Como pastor, yo daba muchísima importancia a las tareas. Tenía metas que quería alcanzar y no podía darme tiempo para pensar sobre las personas que estaba empleando para logar mis objetivos. Era como el ejecutivo de empresa que para él un empleado no era otra cosa que una máquina, una herramienta necesaria para conseguir un beneficio.

Esa actitud la había aprendido del sistema en el que había crecido. En mi juventud salí a predicar a los pueblos pequeños. Dondequiera que iba a las oficinas centrales de mi denominación, casi ni me tenían en cuenta. Cuando iba de visita a la escuela bíblica, nadie me saludaba. Iba a las aulas, visitaba a los estudiantes y eso era todo.

Pero después que llegué a ser el pastor de una gran iglesia, todo cambió. Cada vez que iba a las oficinas centrales o al Instituto Bíblico... –Hola, Pastor Ortiz. Permítame su saco... ¿Le gustaría tomar una taza de te? –Ahora yo era importante para ellos.

¡Pobrecito el pastor que cae en desgracia! De la noche a la mañana otra vez se convierte en un don nadie.

En la nueva vida del discipulado, sin embargo, amamos a la persona sin tener en cuenta cuál puede ser su contribución. Cada miembro de la célula es importante. El dirigente comprende que cada uno tiene sus propias aspiraciones y esperanzas. La célula está para ministrar a las necesidades de cada uno.

Es por eso que no hay que rogarle a nadie para que asista a una célula. Tampoco hay que llamar a nadie por teléfono diciéndole: --No te olvides de venir a la célula. Prométeme que vendrás--. No van a las células porque no pueden dejar de ir. En el grupo se ven realizados. La célula satisface su necesidad social, sus necesidades espirituales y aun las materiales; los libera de sus cargas y problemas de manera que puedan estar listos para llevar la carga del Reino.

Una célula no tiene que ser exclusiva, porque de otro modo no sería más que un club de personas buenas que van juntas a fiestas o de picnic. La célula tiene asimismo una tarea: la Gran Comisión del Señor Jesucristo. Tiene que hacer discípulos o de lo contrario no habría razón para la existencia de la célula.

Sin embargo la tarea nunca se llevará a cabo si los que integran el grupo no se aman unos a otros. La tarea y el grupo tienen que estar ligados entre sí.

18 LA CÉLULA

Y entrando Pablo en la sinagoga, habló con denuedo por espacio de tres meses, discutiendo y persuadiendo acerca del Reino de Dios . . . Así continuó por espacio de dos años, de manera que todos los que habitaban en Asia, judío y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús (Hechos 19:8-10).

¿Qué es lo que caracteriza a una célula? En qué se diferencia de una reunión de oración en una casa de familia? La célula tiene cinco componentes, a saber: devoción, discusión, programación, movilización y multiplicación.

Por supuesto que estos cinco elementos no se manifiestan todas las semanas. Una reunión puede estar totalmente dedicada a la devoción en tanto que la siguiente se usa para discusión. Pero esos cinco elementos tienen que incluirse en la vida de la célula. (Estos elementos los tomamos de Hechos, capítulo 19, donde Pablo hizo discípulos en Efeso y ellos llenaron toda la provincia de Asia con el Evangelio. Adoraban al Señor, recibían enseñanza, hacían planes sobre cómo se extenderían, iban a diversos lugares y fundaron muchas iglesias nuevas, algunas de las cuales se mencionan en los capítulos 2 y 3 de Apocalipsis.)

No creo que sea necesario explicar qué es la devoción. La oración, la adoración, alabanza, confesión y quebrantamiento delante del Señor, son todas partes de la vida devocional de la célula.

La discusión es la lección de la Palabra de Dios.

Esto lo hacemos distinto de lo que usted tal vez piense. No damos una lección nueva cada semana. Por lo general una lección dura unos dos o tres meses. ¿Por qué? Porque no pasamos a una lección nueva hasta que no ponemos en práctica la aprendida. ¿Es que acaso la Biblia no nos enseña que tenemos que ser hacedores y no tan solamente oidores?

La nuestra es una generación de oidores. La razón es obvia. Tenemos numerosos oradores. Si nosotros hablamos y hablamos y seguimos hablando, la gente no tendrá tiempo para hacer otra cosa que no sea oír.

Estudios realizados por gente especializada nos dicen que las personas recuerdan solamente el veinte por ciento de lo que oyen y si en el término de diez días no se refuerza lo que han aprendido, aun ese pequeño porcentaje se perderá. De modo que una vez que salimos de la iglesia recordamos solamente un veinte por ciento del sermón y hasta llegamos a olvidarnos de eso a menos que lo pongamos en práctica o que escuchemos otro sermón sobre el mismo tema.

¿Qué es lo que recuerda de sus días de escolar? Se acuerda de leer y escribir, sumar, restar, multiplicar y dividir por que continuó practicando esas cosas. Pero, ¿cuánto recuerda de lo que aprendió acerca de China o algún otro país?

Jesús no dijo: “Enséñeles a que sepan todas las que yo les he mandado a ustedes”, sino que señaló: “Enséñenles a que observen o guarden las cosas que yo les he mandado”.

Es por eso que la discusión en nuestras células incluyen también la práctica.

Anteriormente en nuestra iglesia seguíamos este plan: Los martes reunión de oración. En esa reunión predicábamos: --Hermanos, oren, oren. La oración cambia las cosas. La oración es lo más importante--. La gente se iba a su casa decidida a orar más que nunca.

Y el jueves volvían para el estudio bíblico. Estábamos por la mitad del libro de Nehemías. Nos referíamos al muro derrumbado de Jerusalén y cómo Nehemías lo reconstruyó ¡Que gran hombre que fue! ¡Hoy día necesitamos más Nehemías. Y así la gente se olvidaba de la oración y procuraba imitar a Nehemías.

El domingo por la mañana teníamos la Escuela Dominical. Estudiábamos el Tabernáculo con todos sus hermosos tipos de Cristo en el atrio, el lugar Santo...ah, eso también era importante.

Y al finalizar la Escuela Dominical pasábamos al devocional matutino. Yo predicaba sobre la santidad. –Sin santidad no podemos agradar al Señor, --les decía--. Dios quiere un pueblo santo--. De modo que volvían a sus casas meditando sobre la santidad, olvidándose todo sobre la oración, Nehemías y el Tabernáculo.

Y por la noche, el domingo volvía para escuchar. –Hermanos, ¡el Señor viene pronto! ¡Debemos prepararnos para la Segunda venida de Cristo!

Y así fue por años y años. ¿Qué podían hacer además de escuchar? Cinco mensajes en una semana, cincuenta y dos semanas por año: 260 mensajes. Les hubiera valido más haber dicho: “Voy a escuchar este mensaje y no voy a volver a la iglesia hasta que lo haya puesto en práctica en mi vida”.

Es así que ahora tenemos cuatro o cinco mensajes en un año. Desde que comenzamos con el discipulado en el año 1971, hemos tenido menos de veinte lecciones (en aproximadamente cuatro años). Sin embargo la iglesia ha cambiado realmente. ¿Por qué? Porque practicamos lo que oímos. Este es el verdadero punto de la Palabra. La doctrina que necesitamos en nuestras vidas no es tanto los artículos de fe o el credo como lo es la práctica.

Fíjese lo que Pablo le escribió a Tito: “Habla lo que está de acuerdo con la sana doctrina”. (Aquí debería entrar la teología de la Santísima Trinidad, ¿no le parece?) “Que los ancianos sean sobrios, serios, prudentes, sanos en la fe, en el amor, en la perseverancia. Las ancianas asimismo sean reverentes en su porte; no calumniadoras; no esclavas del vino; maestras del bien; que enseñen a las mujeres jóvenes a amar a sus maridos y a sus hijos, a ser prudentes, castas, cuidadosas de su casa, buenas, sujetas a sus maridos, para que la Palabra de Dios no sea blasfemada... Exhorta asimismo a los siervos a que se sujeten a sus amos, que agraden en todo, que no sean respondones... Recuérdales que se sujeten a los gobernantes y autoridades, que obedezcan, que estén dispuestos a toda buena obra” (Ttito 2:2-6, 9;3:1).

¡Qué doctrina sana! No tiene mucho que ver con la tribulación o el Milenio, pero es una doctrina sólida.

¿Qué es el credo? Es una declaración de las definiciones filosóficas de nuestra creencia.

¿Qué es la sana doctrina? Un empleado que no sea respondón. En las iglesias hay muy buenos diáconos que estampan su firma al pie de los artículos de fe cada año, creen en le nacimiento virginal y todo lo demás, pero no practican la sana doctrina. Todavía

siguen sobrepasando los límites de velocidad fijados cuando conducen sus automóviles; no tienen intención de sujetarse a "gobernantes y autoridades", sino para sacar partido.

Pedro dice a los esposo: "Vivid con ellas (las esposas) sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida" (1 Pedro 3:7). Muchísimos pastores y diáconos, dueños de una excelente Teología, sin embargo se muestran renuentes a aceptar esta clase de sana doctrina.

"Mujeres, estad sujetas a vuestros maridos", Es lo que Pedro dice en el versículo uno del mismo capítulo. Pero muchas de nuestras diaconisas son todo lo contrario.

En las células discutimos estas cosas. Supongamos, por ejemplo, que la lección trata sobre los esposos. La primera semana discutimos todo el material de la lección. A la semana siguiente repasamos el material por medio de preguntas y respuesta, para cerciorarnos de que todos comprendan cuál debería ser su relación con su esposa e hijos.

En la tercera semana volvemos a comenzar con el primer punto de la lección. "El esposo es la cabeza del hogar". Discutimos sobre cómo poner eso en práctica. El dirigente se vuelve a Roberto y le dice: ..Bueno, Roberto, ¿realmente eres cabeza de tu hogar?

--La verdad, es que, --dice Roberto--, últimamente estamos tendiendo problemas con esto. Me parece que no soy la cabeza de mi hogar porque no sé cómo resolver esto.

--¿Qué es lo que te pasa?

--Mi suegro falleció hace poco. Tenía un perro grande al que quería muchísimo. Al fallecer él, trajimos a mi suegra a vivir con nosotros y por supuesto, ella trajo al perro; porque para mi suegra es un recuerdo de su finado esposo.

--El problema es que el departamento es muy chico como para tener también un perro. De modo que discutimos por causa del perro. Yo digo que tenemos que deshacernos del perro. Mi esposa me dice; "pobre mamá. Es tan viejita. El perro le hace acordar de papá. Por favor, no seas así. Deja que el perro se quede'. No nos ponemos de acuerdo. Ni siquiera sé si quiero seguir viviendo más en mi casa.

Alguien en la célula dice: --escucha Roberto, yo puedo ayudarte. Vivo en los suburbios y tengo bastante terreno. Si quieres yo puedo hacerme cargo del perro por un tiempo.

Pero el dirigente señala: --No, Roberto, Es posible que Dios mandara al perro a tu casa para enseñarte algo. Escucha, no eres la cabeza

De tu hogar, pero no por el motivo que tú piensas. Una cabeza no es meramente alguien que imparte todas las órdenes. Es alguien que proporciona soluciones, que piensa en aquello que hay que hacer.

--¿Cómo es posible que un perro cause tantas preocupaciones? Está desmembrando la familia y ni siguiera es una persona.

Otro añade: --Escuchen, tal vez el perro no tendría que estar en el departamento, es posible que tengas razón, pero a lo mejor Dios quiere que aprendas a querer al perro. Vamos, Roberto, te estás distanciando de tu esposa, estás haciendo sufrir a esa ancianita. En realidad el problema eres tú, no el perro.

Roberto se defiende. –No, no. ¡No puedo!

--No te preocupes, --dice el dirigente--. Vamos a orar por ti para que Dios te ayude a aceptar el perro. Ven, siéntate aquí, Todos te vamos a rodear y oraremos por ti.

Señor, ayuda a Roberto. Dale victoria sobre ese animalito. Dale amor por su esposa y por su suegra. Por favor, Señor, ayúdalo.

Roberto empieza a sollozar. Quebrantado dice a los pocos momentos: --bueno, gracias, me parece que ahora puedo hacerlo.

--Perfecto,.—le decimos--. Ahora, cuando vas rumbo a tu casa, haz un alto en el camino y compra un lindo collar para el perro. Si no te alcanza el dinero, no te hagas problemas que entre todos te vamos a ayudar. Tienes que aprender a querer al perro. Estás tratando de solucionar un problema que tienes en tu hogar.

Pero lo que Roberto ignora es que en ese preciso momento su esposa está reunida en otra célula con mi esposa. Ella también se refiere al problema que les está causando el perro. Mi esposa le dice: --escucha, tu esposo es cabeza del hogar y tienes que someterte a él. Y ahora que tu madre vive con ustedes, ella también tiene que hacerlo.

--si tu esposo dice que el perro tiene que irse, pues tendrá que irse. ¿Por qué no tratas de encontrar un lugar para el perro a donde puedan ir a verlo una o dos veces por semana?

--La verdad que nunca se me hubiera ocurrido, --contesta la esposa de Roberto--. Es cierto que él es cabeza de nuestro hogar y debemos obedecerle. Voy a hablar con mamá. Ya en su casa, la mujer convence a su madre para que regalen al perro. Más o menos a la misma hora también llega Roberto y trae un collar para el animal.

Cosas así no se pueden lograr en un culto matutino del domingo.

Esa tercer semana, una vez que oramos por Roberto comenzamos con Felipe y después por otros. (Ahora me imagino que comprenderá por qué a veces las células duran de cuatro a seis horas.)

Y a la semana siguiente empiezan las noticias de lo ocurrido. Roberto nos dice: --Posiblemente no crean lo que pasó cuando llegué a casa... Todos nos gozamos con él.

Y para la quinta semana pasamos al punto siguiente de la lección: “los esposos deben a amar a sus esposas”. Aquí tenemos la parte mística del matrimonio. Todos decidimos llevar flores o dulces a nuestras esposas, y entonces el ahogar es un pedazo de cielo aquí en la tierra.

El paso de las semanas nos permite llegar al tercer punto de la lección: “Los esposos deben proveer para las necesidades de la familia”. Y aquí empiezan las quejas por el alza del costo de vida. De pronto, entre las quejas, alguien cuenta cómo él, con algunos vecinos, compran papas y carne al por mayor, lo que les permite ahorrar dinero. Alguien cuenta de qué manera es posible hacer cuentas parar distribuir bien el dinero.

¿Comprende? Las células no son meramente para hablar sobre el cielo, los serafines y demás. Conversamos sobre el costo de la vida, la política, de otras cosas también, porque somos personas integrales. No somos meramente “almas”. En el Reino de dios no hay tal cosa como un Evangelio espiritual y un Evangelio social. Todo forma parte del Evangelio del Reino.

Y lo que es más, en mis ilustraciones usted puede ver lo importante que es la sumisión. Si Roberto poseyera un espíritu rebelde, nada daría resultado. El quebrantamiento no es cuestión de lágrimas, sino de obediencia. Muchas veces he visto a personas empapar más de un pañuelo durante una reunión y aún así no estar quebrantados. No es tanto el llorar sino el obedecer.

La obediencia y la sumisión, lógicamente, están presentes porque existe amor y confianza.

Luego, quizá después de unos dos o tres meses, acabamos de ver la lección respecto de los esposos. Y en ese tiempo ha habido una revolución en los hogares. ¿Por qué? Porque de oidores pasamos a ser hacedores de la Palabra.

Las células son los verdaderos huesos y músculos de la iglesia. La reunión dominical no es más que la epidermis.

Las células internas tienen que ser fuertes y sanas porque de lo contrario, con el tiempo la epidermis irá muriendo.

Pero cuando las células están vivas y los discípulos se van formando durante las veinte y cuatro horas del día a lo ancho y lo largo de una ciudad, las reuniones sí que estarán rebosantes de salud.

Cumplamos el mandato de Jesús. Procuremos que la Iglesia vuelva a su pristina posición y demos comienzo a la nueva vida del discipulado.

19

LA PROMESA DEL PADRE: UN CORAZON NUEVO

He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalén, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto (Lucas 24:49)..

Todo cuanto he escrito hasta aquí es importante para la renovación de la Iglesia. Sin embargo, antes de que esta renovación pueda tener lugar necesitamos conocer y comprender la promesa del Padre.

Por lo tanto, este capítulo y el siguiente son, en primer lugar para alentarlo, hacerle un desafío y anunciarle que llegará el día en que esta promesa será restaurada. En segundo término es para que seamos más humildes en nuestra relación unos con los otros como hermanos y hermanas.

Cuando Jesús se refirió a la promesa del Padre no dijo: "He aquí yo envío *una* de las promesas de mi Padre".

Algunos dicen que si Adán y Eva no hubieran caído, nosotros estaríamos gozando de otra clase de vida. Y no falta quien diga con melancolía: --¡Oh, si yo hubiera sido tan inocente como Adán!—Es cierto, Adán fue inocente, pero fracasó. La inocencia no garantiza el éxito. Si Adán y Eva no hubieran fracasado, tal vez Caín, Abel o algún otro lo hubiera hecho, por cuanto el hombre fue hecho con capacidad para fracasar. Cuando Dios hizo al hombre, sabía que fracasaría, pero en este fiasco Dios tenía un propósito: glorificarse a sí mismo de la nada.

Antes de la caída de Adán y Eva, Dios les había dicho que no podrían comer del fruto de cierto árbol. Pero desobedecieron. Por su desobediencia llegaron a estar conscientes del bien y del mal y esto los condujo a elegir qué era lo que harían. Pero el hombre era tan débil que no podía hacer el bien y olvidarse del mal. Debido a su fracaso su conciencia lo condenaba continuamente.

--Qué es lo que puede hacer el hombre? –gemía--. ¿Cómo pudo agradar a Dios?—Sé cual es el buen camino y también conozco el mal camino. Quiero hacer lo correcto, pero no lo hago. Oh, Dios, ¡esto no es vida! ¿cómo podré hacer frente a tus requerimientos?".

Fue así que Dios mandó la Ley por medio de Moisés; esta ley era la palabra escrita. Con todos sus mandamientos, sus cosas positivas y también las negativas, era sencilla y poderosa. La gente iba a la piedra para tratar de hallar consuelo en ella. La leían, siempre contenía los mismos requerimientos, los mismos mandamientos. Y aun así continuaban en sus fracasos con los mismo problemas.

Realmente querían cumplir con los requerimientos de Dios y vivir una vida santa, pero no podían. Era como sino obstante cuánto hicieran o cuán arduamente se esforzaran, nunca podrían vivir una vida agradable delante de Dios.

Fue así que Dios prometió hacer algo para ayudar a su pueblo. Esta promesa está en toda la Escritura. Toda la Biblia se basa en la promesa del Padre. Veamos lo que Dios promete en Jeremías 31:31-34:

> *He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto con que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque yo fui un marido para ellos, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado.*

Dios señaló que este nuevo pacto sería completamente distinto del pacto que había hecho cuando sacó a su pueblo de Egipto. No iba a ser un mandamiento externo, sino un *deseo que manaría del interior.* Había manifestado: "Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré..."

Por lo general la única parte del nuevo pacto que enseñamos y predicamos, es la última: "Perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado".

Pero eso no es todo respecto de ese nuevo pacto. Hay algo más. ¿Cuál es la diferencia entre "ser gobernado exteriormente" y "ser instado interiormente?" Es posible que esta ilustración sirva para ayudarlo. Cuando la madre le dice a sus hijas que se ocupen de los quehaceres de la casa, las jóvenes ponen reparo; no quieren que se las obligue a hacer algo. Pero el día que reciben por primera vez la visita del novio en su casa, están prontas para hacer cualquier cosa que les pida su madre. El cambio se debe a que ahora tienen una motivación interior.

Así es cómo Dios quieres que le sirvamos: voluntariamente.

Los 10 mandamientos, sin embargo, son un pálido reflejo de la voluntad de Dios; vienen a ser como la envoltura. Al pronunciar el Sermón del Monte, Jesús dijo: "Oísteis que fue dicho: Amarás a tu próximo, y aborrecerás a tu enemigo" (Mateo 5:43).

Pero la voluntad de Dios es mucho más que eso.

Aun el más riguroso cumplimiento de la Ley divina no exalta a Dios, porque su pueblo lo está sirviendo por obligación, porque se ven obligados a hacerlo. Las personas que sirven a Dios causa de la letra de la Ley, que los obliga a hacerlo, aun se encuentran bajo el viejo pacto. No han aprendido nada tocante al nuevo pacto y la mayoría de los creyentes hoy día continúan viviendo debajo del viejo pacto.

Dicen he *tratado* de hacer esto o aquello. Con sus palabras están afirmando que no pueden hacer lo que está bien.

Los tales viven bajo condenación. Aun cuando cantan, alaban y personalmente pertenecen al pueblo de Dios, conservan grandes dudas y se ven acosados por problemas y luchas. En la iglesia con un ejemplo, pero si uno los visita en sus hogares no tardarán en darse cuenta de cuál es su prójimo.

Viven bajo el viejo pacto.

Algunos piensa que el viejo pacto es el Antiguo Testamento y que el nuevo pacto es el Nuevo Testamento. Están equivocados. El viejo pacto es la ley escrita mientras que el nuevo pacto es un corazón nuevo.

> *Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra (Ezequiel 36:27).*

Note que Dios no dijo: "voy a darles un nuevo código de ética, una nueva lista de mandamientos". No, dijo que nos daría un *corazón nuevo,* un corazón muy moderno, y dentro del cual ya estaría escrita su voluntad.

Esto no es algo que podamos hacer por nosotros mismos.

El que aprendamos de memoria los mandamientos divinos, no significa que los tengamos dentro del corazón. Bajo el viejo pacto el hombre había aprendido los mandamientos de Dios, pero aun aspa no pudo cumplirlos. Hoy día algunos siguen usando su corazón viejo aun cuando tienen a su disposición un corazón nuevo, que les fuera impartido en el momento de su conversión.

Es con el corazón nuevo, con la palabra de Dios cimentada dentro de él mismo, que el hombre puede finalmente hacer frente a los requerimientos divinos. Es solamente mediante la gracia de Dios que puede lograrlo. No es una gracia posicional o teórica, sino que es una gracia práctica. Es una relación dinámica con Dios mientras que impulsados por su Espíritu Santo, El hace que caminemos en su voluntad.

Debemos tener presente que el viejo pacto está basado en leyes escritas que tienen que *obedecerse,* mientras que el nuevo se basa en recibir el Espíritu Santo, y que es algo que debe *seguirse.* Cuando usted alcance a comprender esto será la persona más dichosa del mundo y además vivirá una vida nueva.

El Espíritu Santo no es parte de la voluntad de Dios, sino que es toda su voluntad, como lo era el viejo pacto. A los que se encontraban debajo del viejo pacto se les había dicho: no robe, no fornique, no mienta. Pero en el día de Pentecostés, Pedro no recibió un nuevo rollo con nuevos versículos y otros mandamiento. No, tanto él como los otros discípulos recibieron el Espíritu de la promesa del Padre, tal como había prometido Jesús.

En muchas oportunidades el Señor había hecho referencia a la promesa. En Juan 14:26 leemos: "Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho". Cuando recibieron el Espíritu Santo sus vidas fueron cambiadas. Empezaron a vivir una vida por encima de aquello que demandaba la Ley. ¡Qué glorioso!

Los discípulos comenzaron a compartir cosas unos con otros, principiaron a amarse unos a otros, a gozarse cuando padecían persecución. No poseían Biblias ni tampoco material para la Escuela Dominical. O grabadores. Contaban tan solamente con aquello que Dios les daba: una fe cimentad, una fe interior, que los hacía andar en los caminos de Dios. Por eso podían cantar mientras se encontraban presos, aun cuando habían sido golpeados y encadenados.

Veamos cuál era el significado de tener un corazón nuevo en la Iglesia Primitiva.

> *... sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón. Y tal confianza tenemos mediante Cristo para con Dios; no que seamos competentes por nosotros mismo para pensar algo como de nosotros mismo, sino que nuestra competencia proviene de Dios, el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica (2 Corintios 3:3-6).*

Tanto usted como yo somos cartas de Cristo al mundo, cartas escritas con el Espíritu Santo. Esa es la Promesa del Padre.

Solamente siendo ministros del nuevo pacto podremos escribir cartas del Espíritu. Si somos ministros del viejo pacto podremos escribir solamente en papel, no en nuestros corazones. Cualquier Seminario o Escuela Bíblica puede hacer ministros de la letra o del viejo pacto, pero solamente Dios puede formar ministros del Espíritu en el nuevo pacto. El ministerio del Espíritu es dar el Espíritu. No es decir: “Mire lo que dice la Ley y hágalo”.

Cada creyente debería preguntarse: “¿Qué es lo que estoy ministrando? ¿Estaré ministrando la letra que mata o el Espíritu que da vida?

Yo tengo que confesar que durante muchos años maté a la gente por cuanto con la letra tenía un ministerio de condenación. Aun cuando era sincero y hacía lo mejor que podía, la mayor parte de mi ministerio era tan solamente del viejo pacto.

Si ministramos la letra de la Ley, matamos o condenamos, en cambio si ministramos el Espíritu damos vida a la gente. Les proporcionamos los medios con los cuales pueden hacer la voluntad de Dios.

Este es el desafío de la Promesa del Padre que es el Espíritu Santo en el nuevo pacto.

20

LA PROMESA DEL PADRE: UN NUEVO PODER

Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder (1 Corintios 4:20).

Muchas veces parecería que aquel que sabe más versículos bíblicos y el que puede explicarlos mejor, es el predicador más popular o el laico más espiritual. Pero no debería ser así.

No estoy hablando contra de la Biblia, sino que estoy poniendo esta preciosa Palabra en el lugar donde pueda brillar con mayor intensidad. Si alguien pone una lámpara debajo de una mesa nadie la verá, pero si se le acerca a la vista, le quemará. Es necesario colocar la lámpara en el lugar apropiado, donde todos puedan verla.

Si ponemos la Biblia debajo de la cama, por ejemplo, estará fuera de lugar. Si la ponemos por encima del Espíritu Santo, no será el lugar donde deber ir. Debemos ubicarla donde Dios quiere que la pongamos. La Biblia es el libro que nos guía a la verdad total. Cuanto más leo las Escrituras tanto más sed siento por aquello de lo cual habla.

El libro santo es un medio, no un fin en sí mismo. Pienso que muchos de nosotros hemos hecho un ídolo de las Escrituras. Si los magos de oriente hubieran adorado la estrella en lugar de adorar a Jesús, hubieran creado un ídolo. La estrella fue nada más que para ayudarlos en su búsqueda; era la sombra de aquello que era verdadero.

En algunas ediciones del Nuevo Testamento vienen "ayudas" para diversas circunstancias. "Si necesita consuelo, le el Salmo 23". "Si está atravesando por momentos difíciles, lea el Salmo 46". ¡Ministros del viejo pacto!

Nosotros damos una sombra de la realidad Pablo, en cambio, dio la realidad de la cual la sombra de la realidad Pablo, en cambio, dio la realidad de la cual la sombra hablaba (Hebreos 10:1). Podemos ser ministros de la sombra o de la realidad. Si seguimos la sombra llegaremos a lo real. Debemos ser ministros del Espíritu. Es necesario que ministremos realidad. Si citamos un versículo que hable *acerca* de la paz, estamos ministrando la sombra, pero si *damos* paz, estaremos ministrando lo auténtico. El ministrar lo genuino es posible cuando seguimos al Espíritu.

Cuando Jesús envío a los setenta les dijo: "En cualquier casa donde entréis, primeramente decir: Paz sea a esta casa. Y si hubiera allí algún hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; y si no, se volverá a vosotros" (Lucas 10:5,6). Los discípulos no entregaban a la gente versículos referentes a la paz, sino que les daban la paz misma.

El nuevo pacto en vez de *hablar* sobre el amor, pone en acción el amor. El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; es mucho más que Ley. Es más, por cuanto el amor es el cumplimiento de la

Ley. Si posee amor tiene también el resto del fruto. El fruto del Espíritu es el fruto del nuevo pacto.

Si nosotros tan *solamente* hablamos acerca de paz o hablamos respecto del amor, si meramente proporcionamos algunos versículos de la Escritura tocante a esas cosas, en realidad estamos ministrando la sombra de la paz y el amor o viejo pacto. Pero si *damos* paz y *damos* amor, estaremos dando la realidad de esas cosas, o nuevo pacto.

Esa es la diferencia entre el viejo y el nuevo pacto. La letra es la sombra de la realidad; el Espíritu *es* la realidad.

Bajo el viejo pacto la realidad estaba detrás del velo. Allí estaba el Arca del Pacto, y en el Arca estaba la vara de Aarón; aquella vara seca que reverdeció y dio fruto que representa el restablecimiento de la autoridad del nuevo pacto. Es la ley incorporada a la que hice mención anteriormente.

"No tocar –Pintura fresca". Esa es la ley, pero nosotros no podemos dejar de tocar para ver si es realmente pintura fresca.

La ley dice; "Prohibido arrojar basura", pero nosotros arrojamos basura. La ley es buena, pero no nos impide que hagamos lo que nos place.

Pero el Espíritu Santo nos capacita para cumplir la ley del nuevo Pacto.

> *Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que*
> *están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la*
> *carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley Espíritu de vida*
> *en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.*
> *Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por*
> *la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de*
> *pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne;*
> *para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que*
> *no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu*
> *(Romanos 8:1-4).*

Este es el nuevo pacto.

Si usted quiere seguir con el viejo pacto es asunto suyo. Pero estos son días cuando el Espíritu Santo está ocupado en la restauración de la autoridad del nuevo pacto. La autoridad o supremacía de Cristo está volviendo a restablecerse en la Iglesia. El siempre fue la Cabeza, pero nosotros no siempre estuvimos unidos a El como Cabeza. La alabanza está siendo restablecida y la adoración también. Los dones del Espíritu nuevamente se están manifestando, pero lo más grande que está volviendo a restablecerse es la Promesa del Padre. En su plenitud: el nuevo pacto.

Los que son guiados por el Espíritu no predican herejías, porque éstas son el resultado de quiénes estudian las Escrituras y las interpretan mal. Note cuántas doctrinas diferentes existen y todas reclaman como su fuente la Escritura: Mormones, Adventistas del Séptimo Día, Pentecostales, Presbiterianos, Bautistas. Casi todos los años nos enteramos de que alguien ha comenzado una nueva doctrina basándose en las Escrituras.

Sin embargo, las Escrituras en sí no son peligrosas. Yo creo en el empleo de la Escritura. De modo que aunque esta enseñanza puede parecer peligrosa para algunos: El nuevo pacto es Espíritu mientras que el viejo pactos es letra escrita.

Es necesario que hablemos las palabras que son espíritu y vida y no meramente repitamos la palabra escrita. La Palabra se cumple cuando El nos imparte la vida de eso. Jesús dijo: "El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua de vida. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en El; pues aún no había venido el Espíritu Santo" (Juan 7:38,39).

Esa es la Promesa del Padre. Es en el *interior* donde está la fuente de vida y no en la lectura y el tratar de cumplir las Escrituras.

Una cosa es buscar un vaso con agua y otra es tener los río de agua dentro de uno.

La plenitud de la Promesa del Padre es más que el "pequeño" bautismo en el Espíritu Santo que hemos heredado de nuestros amados hermanos Pentecostales, (de los que yo soy uno). En los primeros días de este siglo el Espíritu Santo una vez más empezó a manifestarse en la Iglesia y los Pentecostales se juntaron para hacer una declaración de fe, Institucionalizaron una experiencia que recién estaba siendo restaurada. Dijeron algo más o menos así, (refiriéndole a su Iglesia): "Nosotros creemos en el Bautismo en el Espíritu Santo según Hechos 2:4".

Si usted cree solamente en Hechos 2:4, recibirá solamente Hechos 2:4, ¿Y qué hay de los versículos 5,6,7,8,31,32 y 33? ¿Qué me dice acerca de compartir, vender, etc.? Nuestro problema es que a esos versículos no les prestamos mucha atención.

¿Por qué, me pregunté a mí mismo durante tanto años he declarado creer en Hechos 2:4 y nunca manifesté cree desde Génesis hasta Apocalipsis?

Por lo tanto si usted también tiene esa declaración de fe, los Hechos 2:4 y ponga luego "yo creo en el bautismo en el Espíritu Santos de acuerdo con las Escrituras, desde Génesis hasta Apocalipsis". Hechos 2:4 es meramente una pequeña porción de lo que es en realidad la Promesa del Padre.

Es un hecho que no se puede negar, que en lo que va de este siglo, Dios usó a la iglesia Pentecostal. Es de todos conocido que es la denominación que crece más rápidamente en toda la América Latina. Fue esta denominación que sacó a la luz algo que por muchísimo tiempo había estado oculto y además hace énfasis en el hecho de que los dones del Espíritu son algo para la iglesia contemporánea.

Pero lo trágico es cuando alguien al hacer de una doctrina una denominación pierde las otras doctrinas, por cuanto la verdad residen en Jesús y toda la iglesia y no solamente en un sector de ésta.

Jesús facilita a cada dirigente de la Iglesia una pieza del rompecabezas. Si cada uno de lo que tiene una pieza ese rompecabezas se unen, entonces se podrá ver todo el cuadro. Pero aquel que recibe una experiencia y de la misma funda una denominación, ha equivocado el camino. La Iglesia Católica cometió una tremenda equivocación al expulsar a Martín Lutero. Si le hubiera escuchado toda la Iglesia Católica hubiera podido ser renovada. ¿Cuántos fieles hijos a su iglesia madre han sido arrojados de su seno porque no estaban de acuerdo con eso?

Sin embargo, nosotros, los así llamados evangélicos, hacemos lo mismo. Contamos como pertenecientes a los nuestros solamente a los que piensan como nosotros. Pero, permítame hacer énfasis en algo: si la Iglesia Pentecostal hubiera hecho tanto énfasis en la propagación del amor como recalcó el hablar en lenguas, la historia de este sigo sería diferente. Si la Iglesia Pentecostal, con el éxito tenido en especial en los países del llamado Tercer Mundo, hubiera puesto su énfasis en el fruto del Espíritu,

según se indica en Gálatas 5:22,23, como lo puso en el don de lenguas, todo el mundo hubiera sufrido un cambio para mejor.

Comenzamos en el Espíritu, pero acabamos en la letra y lo que es peor, nos hemos distanciado unos a otros.

Entonces, ¿qué es le "pequeño" bautismo en el Espíritu Santo en contraste con la Promesa del Padre? Adoramos al Señor en lenguas, eso es bueno, pero aun así no es la Promesa del Padre.

La experiencia que tuvimos es como el internarse en un río con el agua llegándonos hasta los tobillos. Lógicamente aquellos que viven en un desierto espiritual, que se encuentran secos, sedientos de agua durante años y años, cuando apenas están vadeando el agua creen que es la plenitud.

Y se quedan allí. Cuando les decimos a nuestros hijos: "Vamos al río", estamos significando que vamos a la orilla del río. Pero cuando es Dios el que dice: "Vamos al río", nos está diciendo que nos metamos dentro del *río.*

Sucede algunas veces que viene un evangelista y chapotea un poco en esa agua. Nosotros nos mojamos y gritamos "¡Avivamiento! ¡Avivamiento!" Pero cuando el evangelista se va, volvemos a estar con el agua que apenas nos moja los tobillos.

Ya hemos tenido muchas de esas experiencias.

Ahora, empero, es necesario que entremos en el río hasta que no hagamos pie, hasta que el río nos arrastre. El río de Dios nos lleva aguas dentro porque ese es el curso seguido por Dios. En la actualidad *nosotros* somos los que en muchas maneras estamos dirigiendo el Espíritu, es porque todavía tocamos fondo, lo que nos hace posible ir donde queremos. Pero cuando estemos metidos en aguas profundas, el río será quién nos llevará por donde él quiere.

Ese río es el nuevo pacto.

En la Escritura hay solamente una Promesa del Padre: el Espíritu Santo. Todas las otras promesas son tributarias de ésta. Pero, gloria sea nuestro Señor por cuanto si somos fieles en este "pequeño" o menor a bautismo en el Espíritu, Dios hará que podamos disfrutar de toda la Plenitud.